

# INVERSIONES ETERNAS

CÓMO INVERTIR UNA VIDA LIMITADA  
PARA OBTENER GANANCIAS  
QUE JAMÁS SE PERDERÁN

DOW JONES

-2.35%  
-825.12

EUROSTOCK

-3.42%  
-912.34

S&P 500

-2.81%  
-132.86

FTSE 100

-1.89%  
-98.21

NIKKEI 225

-2.91%  
-912.87

DAX

-2.45%  
-250.43

CAC 40

-1.75%  
-123.41

SHANGHAI

-3.15%  
-109.32

IBOVESPA

-2.65%  
-187.11

REINO DE DIOS  
LA INVERSIÓN QUE NUNCA PIERDE  
Y SIEMPRE DA FRUTO

VIDAS TRANSFORMADAS  
+10.25%  
GANANCIA ETERNA

CARÁCTER DE CRISTO  
+8.75%  
VALOR INCORRUPCIÓN

ALMAS ALCANZADAS  
+12.40%  
FRUTO QUE PERMANECE

OBEDIENCIA  
+9.15%  
RECOMPENSA ETERNA

GENEROSIDAD  
+11.30%  
SIEMPRE QUE MULTIPLICA

SERVICIO  
+7.85%  
REINO Y JUSTICIA

FE  
+14.20%  
LO QUE ES IMPOSIBLE  
PARA EL HOMBRE

ORACIÓN  
+13.50%  
PODER QUE TRANSFORMA

AMOR  
+15.60%  
EL MAYOR  
DE LOS DIVIDENDOS

EL SISTEMA ESTÁ CONDENADO  
AL FRACASO

TODO LO QUE EL HOMBRE CONSTRUYE  
PASARÁ, PERO LO QUE DIOS ESTABLECE  
PERMANECERÁ PARA SIEMPRE.

NO OS HAGÁIS TESOROS EN LA TIERRA,  
DONDE LA POLILLA Y EL ÓXIDO DESTRUYEN,  
Y DONDE LADRONES MINAN Y HURTAN;  
SINO HACED TESOROS EN EL CIELO...

MATEO 6:19-20

OSVALDO REBOLLEDA

# INVERSIONES ETERNAS

**“Cómo invertir una vida limitada para obtener ganancias que jamás se perderán”**



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD - IA -**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

|                          |          |
|--------------------------|----------|
| <b>Introducción.....</b> | <b>5</b> |
|--------------------------|----------|

|                                      |          |
|--------------------------------------|----------|
| <b>Una experiencia personal.....</b> | <b>9</b> |
|--------------------------------------|----------|

## PARTE I: EL CAPITAL DE UNA VIDA

Capítulo uno:

|                                     |           |
|-------------------------------------|-----------|
| <b>Todos somos inversores .....</b> | <b>23</b> |
|-------------------------------------|-----------|

Capítulo dos:

|                                                      |           |
|------------------------------------------------------|-----------|
| <b>Invertir en una empresa que va a quebrar.....</b> | <b>39</b> |
|------------------------------------------------------|-----------|

Capítulo tres:

|                                    |           |
|------------------------------------|-----------|
| <b>Dios, el gran inversor.....</b> | <b>56</b> |
|------------------------------------|-----------|

## PARTE II: LA ECONOMÍA DEL REINO

Capítulo cuatro:

|                               |           |
|-------------------------------|-----------|
| <b>Perder para ganar.....</b> | <b>72</b> |
|-------------------------------|-----------|

Capítulo cinco:

|                                      |           |
|--------------------------------------|-----------|
| <b>Los negocios de mi Padre.....</b> | <b>87</b> |
|--------------------------------------|-----------|

Capítulo seis:

|                                                     |            |
|-----------------------------------------------------|------------|
| <b>La profecía no es un cheque para cobrar.....</b> | <b>103</b> |
|-----------------------------------------------------|------------|

Capítulo siete:

|                                  |            |
|----------------------------------|------------|
| <b>No es un desperdicio.....</b> | <b>117</b> |
|----------------------------------|------------|

## PARTE III: EL RETORNO ETERNO

Capítulo ocho:

|                                         |            |
|-----------------------------------------|------------|
| <b>En el Reino nunca se pierde.....</b> | <b>134</b> |
|-----------------------------------------|------------|

|                                                         |            |
|---------------------------------------------------------|------------|
| Capítulo nueve:                                         |            |
| <b>Cuando el fuego pruebe nuestras inversiones.....</b> | <b>149</b> |
| Capítulo diez:                                          |            |
| <b>¿Es correcto esperar recompensas? .....</b>          | <b>165</b> |

#### PARTE IV: UNA CARTERA DE INVERSIONES

|                                   |            |
|-----------------------------------|------------|
| Capítulo once:                    |            |
| <b>Invertir en personas.....</b>  | <b>180</b> |
| Capítulo doce:                    |            |
| <b>Invertir en el Reino.....</b>  | <b>198</b> |
| Capítulo trece:                   |            |
| <b>Invertir en la verdad.....</b> | <b>217</b> |
| <b>Conclusión .....</b>           | <b>236</b> |
| <b>Reconocimientos.....</b>       | <b>151</b> |
| <b>Sobre el autor.....</b>        | <b>153</b> |



# INTRODUCCIÓN

***“Vale la pena invertir para obtener la verdad, la sabiduría, el aprendizaje y el entendimiento; invierte en ellos y no los vendas”.***

Proverbios 23:23 PDT

Hay palabras que parecen pertenecer a determinados ámbitos y que, por esa razón, rara vez utilizamos fuera de ellos. La palabra inversión es una de esas palabras. Cuando alguien habla de invertir, inmediatamente pensamos en dinero, propiedades, empresas, acciones o negocios. Pensamos en personas que poseen cierto capital y procuran colocarlo estratégicamente esperando obtener algún beneficio futuro, porque nadie invierte esperando perder.

Por supuesto, toda inversión implica algún grado de riesgo, pero la lógica es siempre la misma: entregar algo en el presente esperando obtener un resultado en el futuro. Quien invierte acepta desprenderse momentáneamente de un recurso porque considera que existe una posibilidad de recibir algo de mayor valor. Puede equivocarse, puede calcular mal y hasta puede perderlo todo, pero nadie realiza conscientemente una inversión convencido de que su única recompensa será una pérdida segura.

Por eso, antes de invertir, las personas prudentes analizan, preguntan, comparan, observan, procuran obtener

información. Un pequeño dato puede cambiar completamente una decisión. La noticia correcta, recibida en el momento oportuno, puede hacer que alguien retire inmediatamente todo su capital de un lugar o que decida colocarlo allí con absoluta determinación. No necesariamente cambió el dinero disponible. Cambió la información que la persona posee respecto del futuro.

Quizá por eso la Escritura otorga tanto valor a la sabiduría. Evidentemente, el Reino conoce perfectamente el lenguaje de las inversiones y la importancia de hacerlas sabiamente. Sin embargo, hay una pregunta que pocas veces nos hacemos. Una pregunta sencilla, pero suficientemente profunda como para obligarnos a detenernos y revisar muchas de nuestras decisiones. ¿Qué es lo más valioso que poseemos para invertir?

Probablemente algunos responderían que el dinero. Otros pensarían en sus conocimientos, en sus capacidades o en las oportunidades que han recibido. Sin embargo, existe algo mucho más valioso que todo eso. Algo que utilizamos diariamente, aunque pocas veces evaluamos cuidadosamente dónde lo estamos colocando. “Nuestra propia vida”.

No pretendo desarrollar todavía esta idea. Tendremos tiempo para hacerlo a lo largo de estas páginas. Solo deseo que, al comenzar este libro, aceptemos una verdad tan evidente que quizá precisamente por eso solemos ignorarla: “estamos vivos y tenemos la oportunidad de decidir que hacer en cada momento”.

Parece una afirmación demasiado simple, pero vivir significa que algo está ocurriendo con nosotros de manera irreversible. Mientras lean estas palabras, el tiempo avanza. No dramáticamente. No con una alarma que anuncie cada segundo perdido. Simplemente avanza. Y nosotros inevitablemente avanzamos con él.

Tal vez mañana podamos recuperar dinero perdido. Quizá podamos reconstruir una empresa, restaurar una propiedad o volver a adquirir algo que alguna vez tuvimos. Hay pérdidas dolorosas que, con esfuerzo y oportunidad, pueden ser revertidas. Pero hay cosas que nunca regresan y el tiempo perdido es una de ellas.

No escribo esto para producir tristeza ni para despertar una conciencia enfermiza respecto de la brevedad de la existencia. Por el contrario, creo profundamente que comprender el valor de algo nos permite disfrutarlo y administrarlo de una manera mucho más sabia.

Quien ignora el valor de un objeto puede tratarlo descuidadamente. Puede dejarlo abandonado, utilizarlo de manera incorrecta o incluso entregarlo a cambio de algo insignificante. No actúa necesariamente con maldad. Simplemente desconoce el valor de aquello que tiene en sus manos. ¿Será posible que nos ocurra lo mismo con la vida?

¿Será posible poseer algo extraordinariamente valioso y utilizarlo sin haber comprendido plenamente su verdadero valor? ¿Será posible llegar al final de nuestros días y

descubrir que estuvimos demasiado ocupados obteniendo cosas que finalmente tuvimos que abandonar? Estas preguntas no tienen la intención de condenarnos. Son una invitación.

Tal vez todavía tenemos tiempo, tiempo para observar, tiempo para aprender, tiempo para revisar, tiempo para decidir. Porque si la vida es aquello que inevitablemente estamos entregando mientras vivimos, quizá la pregunta más importante no sea cuánto hemos logrado acumular, sino qué estamos obteniendo a cambio de todo eso.

Este libro es una invitación a reflexionar, y a la vez un desafío a realizar las mejores inversiones del mundo.

***“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.”***

2 Corintios 4:18



# UNA EXPERIENCIA PERSONAL

Hace muchos años, cuando todavía era un joven que comenzaba a descubrir la gracia de Dios y procuraba comprender qué significaba verdaderamente seguir a Cristo, encontré una frase que produjo un profundo impacto en mi corazón.

No recuerdo haber desarrollado entonces una gran reflexión teológica sobre aquellas palabras. Simplemente supe que expresaban algo que deseaba para mi vida. La frase decía: *“No es un tonto el que da lo que no puede retener, para ganar lo que no puede perder”*.

Aquellas palabras me impactaron tanto que decidí escribirlas en un cartel y colocarlas en mi negocio. En ese momento no podía imaginar todo lo que Dios haría conmigo, tampoco sabía que muchos años después estaría escribiendo un libro sobre inversiones eternas. Solo había comenzado a sospechar algo, tal vez existía una manera de invertir la vida y tal vez algunas ganancias jamás podrían perderse.

No recuerdo con exactitud cuándo leí esta frase por primera vez, pero sí recuerdo perfectamente el efecto que produjo en mí. Hay palabras que uno escucha y olvida casi inmediatamente, frases que parecen profundas durante algunos minutos y luego se pierden entre tantas otras cosas que ocupan nuestra mente. Sin embargo, hay expresiones que

llegan en un momento determinado de la vida y encuentran dentro de nosotros un terreno preparado. No sabemos explicar demasiado bien por qué, pero permanecen. Nos acompañan, nos confrontan y, en ocasiones, terminan poniendo palabras a decisiones que nuestro corazón ya había comenzado a tomar. Eso fue lo que me ocurrió con aquella frase.

Yo era muy joven y había sido alcanzado por la gracia de Dios. Cuando digo alcanzado, no estoy utilizando simplemente una expresión evangélica para referirme al momento de mi conversión. Verdaderamente sentía que Dios había irrumpido en mi existencia y que, después de haberlo conocido, ya no podía continuar viviendo de la misma manera.

Mi encuentro con Cristo no había agregado una nueva actividad a mi agenda ni había incorporado algunas costumbres religiosas a mi rutina semanal. Algo mucho más profundo estaba ocurriendo dentro de mí. Había comenzado a mirar la vida con otros ojos y, aunque todavía ignoraba casi todo lo que Dios haría en los años siguientes, comprendía que había encontrado algo demasiado valioso como para tratarlo superficialmente.

Hasta entonces había vivido como viven tantos jóvenes. Tenía amigos, proyectos, diversiones y deseos completamente normales para mi edad. Había cosas que disfrutaba y ambientes en los que me desenvolvía con naturalidad. No provenía de una estructura religiosa que

hubiera condicionado toda mi existencia ni tenía una larga historia de formación bíblica detrás de mí. Simplemente había recibido la vida de Cristo y, cuanto más lo descubría, menos podía relacionarme con Él desde la indiferencia.

Comencé a buscarlo con intensidad. Quería aprender. Quería comprender Su Palabra. Deseaba orar, congregarme, escuchar, preguntar y absorber todo aquello que pudiera ayudarme a conocer mejor al Señor. Muchas de las cosas que antes ocupaban naturalmente mi tiempo comenzaron a perder atractivo, no porque alguien me hubiera entregado una lista de prohibiciones ni porque estuviera intentando demostrar una espiritualidad superior, sino porque mi corazón había encontrado un nuevo centro de gravedad. Cuando algo adquiere verdadero valor delante de nuestros ojos, inevitablemente modifica el valor relativo de todo lo demás.

Por supuesto, no todos comprendían lo que estaba ocurriendo conmigo. Algunos de mis amigos observaban mis decisiones con extrañeza. Probablemente pensaban que estaba atravesando una etapa de entusiasmo religioso que tarde o temprano terminaría. Personas que estimaba mucho, tenían sus lógicos cuestionamientos y, curiosamente, incluso algunos hermanos en la fe consideraban que estaba exagerando.

Para ellos, una cosa era creer en Dios y otra muy diferente permitir que esa fe afectara tantas áreas de la vida. Había aceptado a Cristo, me congregaba y procuraba vivir correctamente; aparentemente eso debería haber sido

suficiente. Sin embargo, dentro de mí existía una inquietud que no podía silenciar. Yo no quería simplemente tener una religión, quería conocer a Dios y experimentar una profunda comunión con Él.

Con el paso de los años comprendí que aquellas dos cosas pueden parecer semejantes desde lejos, pero producen vidas completamente diferentes. La religión puede encontrar un espacio razonable dentro de nuestra existencia y adaptarse perfectamente al resto de nuestros intereses.

Podemos asignarle un día, determinados horarios, algunas prácticas y hasta una porción de nuestros recursos sin permitir que altere profundamente la dirección de nuestra vida. Dios, en cambio, nunca se presentó ante los hombres procurando ocupar un pequeño lugar entre sus muchas prioridades. Cuando Él se revela verdaderamente, Su presencia comienza a reorganizarlo todo. Él no reclama un tiempo de calidad, Él se convierte en nuestra vida misma.

En aquel tiempo yo no podía explicar estas cosas como puedo hacerlo ahora. No conocía profundamente la teología del Nuevo Pacto, no comprendía muchas de las dimensiones del Reino y jamás hubiera imaginado que algún día dedicaría mi vida a enseñar la Palabra en diferentes naciones del mundo y mucho menos escribir libros como este.

Mi vocabulario espiritual era limitado y mi conocimiento bíblico apenas comenzaba a desarrollarse, pero había algo que sí comprendía: la vida que había recibido de

Dios merecía una respuesta. Quizá por eso aquella frase me impactó tanto.

*“No es un tonto el que da lo que no puede retener, para ganar lo que no puede perder”.*

Años después conocería mejor la historia de Jim Elliot, el joven misionero a quien se atribuyen estas palabras y que terminaría entregando su vida mientras procuraba alcanzar con el evangelio a un pueblo indígena de Ecuador. Su historia otorgaría todavía mayor peso a la frase, pero cuando aquellas palabras llegaron a mí, lo que me confrontó no fue primeramente la biografía de quien las había escrito, sino la verdad que encerraban.

Había cosas que yo no podría retener. Por más que lo intentara, mi juventud no permanecería para siempre. Mis fuerzas cambiarían, los años pasarían y muchas de las oportunidades propias de aquella etapa desaparecerían. Mis amigos tomarían diferentes caminos, las circunstancias se modificarían y el mundo que conocía continuaría transformándose. Incluso aquello que pudiera alcanzar mediante el esfuerzo, el trabajo o la capacidad personal tendría un límite inevitable. Tarde o temprano tendría que soltar todo.

No necesitaba ser un teólogo para comprenderlo. Bastaba mirar alrededor. Había visto a personas dedicar toda su vida a conseguir cosas que finalmente no pudieron conservar. Había observado el esfuerzo desesperado por

alcanzar posiciones, acumular bienes o conquistar una aprobación que parecía desvanecerse demasiado rápido. La vida ofrecía muchas posibilidades y yo no pensaba que todas fueran malas, pero comenzaba a percibir que existía una enorme diferencia entre disfrutar algo temporal y entregar la existencia entera para obtenerlo.

Fue entonces cuando decidí escribir aquella frase en un cartel y colocarla en mi negocio. No recuerdo que haya organizado una ceremonia especial para hacerlo. No hubo música de fondo ni una voz audible del cielo confirmando mi decisión. Simplemente coloqué aquellas palabras en un lugar visible porque quería leerlas. Necesitaba recordarlas. De alguna manera, aquel cartel se convirtió en una conversación silenciosa conmigo mismo y, cada vez que mis ojos pasaban sobre él, la misma verdad volvía a confrontarme.

Debo reconocer que mis clientes y mis amigos leían ese llamativo cartel y ninguno de ellos podían comprender la magnitud de esa frase. No porque no tuvieran capacidad intelectual, varios de ellos eran profesionales. Lo que no tenían era la vida y la luz de Cristo para comprender lo que me estaba sucediendo. Y para ser sincero, yo nunca trataba de explicar esa frase, creo que la idea era alumbrar mi corazón ante las decisiones trascendentes que estaba tomando en esos días.

Como un hombre joven, fue duro para mí determinar cambios drásticos en mi conducta. No porque un pastor me las estuviera demandando, sino porque el Espíritu Santo me

traía convicción de Su voluntad de manera irresistible. Al final, solo pensaba que de todas maneras, había ciertas cosas que inevitablemente perdería, entonces ¿por qué no entregarlas voluntariamente a una causa eterna y trascendente?

Por supuesto, esta pregunta era mucho más profunda de lo que yo alcanzaba a comprender en aquellos días, pero con el tiempo descubrí que una de las mayores expresiones de sabiduría consiste en aprender a soltar voluntariamente aquello que inevitablemente tendremos que entregar.

Un agricultor no puede conservar eternamente la semilla en su mano y al mismo tiempo esperar una cosecha. En algún momento debe abrir los dedos y permitir que aquello que posee desaparezca bajo tierra. Quien desconoce el proceso podría pensar que acaba de perderla, pero el agricultor sabe que existe una diferencia fundamental entre perder una semilla y sembrarla.

Tal vez yo estaba comenzando a aprender a sembrar mi vida. No digo esto procurando presentar mi juventud como un ejemplo de perfección espiritual. Cometí errores, tuve que aprender muchas cosas y, como todo creyente que verdaderamente camina con Dios, fui corregido innumerables veces.

Hubo decisiones que sin duda podría haber tomado mejor y momentos en los que seguramente no comprendí correctamente lo que el Señor estaba haciendo. No deseo

romantizar mi historia ni construir la imagen de un joven extraordinariamente consagrado que nunca tuvo luchas, dudas o debilidades. Esa persona no existió.

Lo que sí existía era una convicción inquebrantable. Yo había encontrado algo que consideraba más valioso que aquello que estaba dejando y convertí eso en mi pasión.

Hoy lo comparto, porque entender esto es fundamental, porque durante mucho tiempo se presentó la consagración cristiana casi exclusivamente desde la perspectiva de la renuncia por causa de las demandas divinas. Se hablaba de todo aquello que debíamos abandonar, de los lugares a los que ya no debíamos asistir, de las conductas que teníamos que modificar y de los deseos que necesitábamos crucificar.

Sin dudas, seguir a Cristo implica decisiones y existen cosas que deben quedar definitivamente atrás, pero nadie puede vivir saludablemente toda su vida contemplando aquello a lo que renunció como un sacrificio a cambio de algo que puede no llegar en esta vida. La verdadera entrega no se sostiene mirando la pérdida, sino contemplando el valor de lo encontrado.

Pablo pudo decir: ***“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7).*** Resulta interesante observar que el apóstol utiliza un lenguaje casi contable. Habla de ganancias y pérdidas, como si estuviera revisando el balance de su propia existencia y reclasificando cada uno de sus activos.

Cosas que anteriormente aparecían en la columna de las ganancias comenzaron a ser consideradas pérdida, pero semejante cambio no ocurrió porque Pablo hubiera desarrollado desprecio por la vida. Había sucedido algo mucho más poderoso: había conocido a Cristo.

Por eso continúa diciendo: ***“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor” (Filipenses 3:8).*** La excelencia de una cosa modificó el valor de las demás.

Creo que algo semejante, aunque en una dimensión mucho más sencilla e inmadura, estaba ocurriendo conmigo. Mis amigos podían observar las cosas que estaba dejando y concluir que estaba perdiendo demasiado. Algunos hermanos podían considerar exagerado el tiempo que dedicaba a buscar a Dios. Desde afuera, mis decisiones podían analizarse únicamente por aquello a lo que estaba renunciando, pero yo no estaba mirando principalmente lo que dejaba. Estaba fascinado con lo que había encontrado.

Cuando alguien encuentra un tesoro escondido en un campo, Jesús dijo que ***“gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo” (Mateo 13:44).*** Durante años hemos enfatizado que aquel hombre vendió todo, pero quizá no siempre hemos destacado suficientemente una pequeña palabra utilizada por el Señor: ***“gozoso”***. No vendió sus posesiones llorando con gran sufrimiento, lo hizo con gozo, por saber que era la mejor inversión de su vida.

No caminó hacia el mercado lamentando cada objeto que debía entregar ni pasó el resto de su vida contando a todos el enorme sacrificio que había realizado. Había visto el tesoro. Después de verlo, vender dejó de ser una tragedia y se convirtió en una estrategia. Quien ignorara lo que había en aquel campo seguramente lo consideraría un tonto, pero él poseía información que los demás desconocían.

Tal vez allí se encuentra una de las claves más profundas de toda verdadera inversión: el valor de nuestras decisiones siempre estará relacionado con la información que poseemos.

Noé construyó un arca cuando nadie veía lluvia. Abraham salió de su tierra sin conocer el destino final de su viaje. Moisés renunció a ser llamado hijo de la hija de Faraón y escogió identificarse con un pueblo esclavizado. Los discípulos dejaron redes, barcas y mesas de tributos para seguir a un Maestro que no les ofreció comodidades terrenales. Pablo consideró pérdida aquello que durante años había construido como parte de su prestigio religioso.

Vistos desde determinada perspectiva, todos parecían estar perdiendo, pero habían recibido información del cielo. Habían visto algo, habían oído algo, habían conocido a Alguien. Y cuando el cielo revela el verdadero valor de las cosas, nuestras decisiones comienzan a parecer extrañas para quienes continúan utilizando únicamente las cotizaciones de la tierra.

Hoy, después de muchos años, puedo mirar hacia atrás y recordar aquel cartel colgado en mi negocio. He recorrido un camino que aquel joven jamás hubiera podido imaginar. He predicado la Palabra, he viajado por muchas naciones del mundo, he conocido personas extraordinarias, he atravesado procesos, he experimentado alegrías y también dolores.

He dedicado incontables horas al estudio, a la enseñanza y a la escritura. Muchas veces hice cosas que probablemente nunca producirán un retorno económico y entregué gratuitamente trabajos que demandaron meses y meses de esfuerzo.

Curiosamente, la pregunta puede seguir apareciendo. ¿Para qué? ¿Por qué invertir tanto tiempo? ¿Por qué escribir libros y entregarlos gratuitamente? ¿Por qué viajar? ¿Por qué enseñar? ¿Por qué dedicar horas a preparar una palabra que quizá será escuchada una sola vez? ¿Por qué continuar sembrando cuando no siempre podemos ver inmediatamente el fruto?

La respuesta que hoy puedo ofrecer es mucho más elaborada teológicamente que la que hubiera dado aquel joven, pero en esencia continúa siendo la misma. “Porque no quiero gastar mi vida en algo que inevitablemente perderé, prefiero dar lo que perecerá a cambio de lo que no puedo perder eternamente”.

No sé cuánto tiempo me queda de vida en esta tierra. Nadie lo sabe. Tampoco escribo estas palabras desde la

nostalgia de quien considera que sus mejores años han pasado. Mientras haya vida, existe capital para administrar y oportunidades para participar del propósito de Dios. Sin embargo, los años me han permitido comprender con mayor claridad aquello que apenas intuía cuando coloqué aquella frase en mi negocio: En el Reino, no todo lo que entregamos se pierde y no todo lo que conservamos permanece. Hay cosas que retenemos y finalmente desaparecerán, y hay cosas que entregamos que nos esperan en la eternidad.

Por eso quiero invitarlos a realizar conmigo un recorrido. No pretendo enseñarles técnicas para alcanzar prosperidad ni ofrecerte una fórmula religiosa para obligar a Dios a multiplicar aquello que les entregue. Este libro no trata de cómo invertir dinero para obtener más dinero ni de cómo realizar sacrificios espirituales esperando una recompensa terrenal.

Quiero hablarles de algo mucho más serio, quiero hablarles de sus propias vidas. Porque mientras lean estas palabras están invirtiendo algo que jamás podrán recuperar. Los minutos utilizados en esta lectura no volverán a ustedes en restitución horaria. Sin embargo, espero que no los consideren perdidos y que aquello que podamos descubrir juntos produzca un fruto que justifique ampliamente el tiempo invertido, transformando esa inversión en ganancias eternas.

Pero antes de continuar necesito hacerles un par de preguntas. No tienen que responderlas rápidamente.

Tampoco necesitan ofrecerme una respuesta espiritualmente correcta. Solo deseo que permitan que estas preguntas les acompañen mientras avanzamos por las próximas páginas: ¿En qué están invirtiendo aquello que jamás podrán recuperar? ¿En qué están invirtiendo sus vidas?



## PARTE I

# EL CAPITAL DE UNA VIDA

# Capítulo uno

## TODOS SOMOS INVERSORES

***“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos”.***

Efesios 5:15 y 16

Hace algún tiempo escuché a un economista hablar acerca de la educación financiera y una de sus afirmaciones capturó particularmente mi atención. Él decía que uno de los grandes problemas de nuestra sociedad es que las personas son preparadas durante años para producir dinero, pero casi nunca son enseñadas a administrarlo.

Desde muy pequeños somos enviados a estudiar, luego procuramos obtener una profesión, aprendemos un oficio o desarrollamos determinadas capacidades con la expectativa de ingresar al mundo laboral y generar recursos. Sin embargo, después de invertir buena parte de nuestra vida aprendiendo a producir, podemos descubrir que nadie nos enseñó qué hacer con aquello que producimos.

El resultado es evidente. Personas con excelentes ingresos atraviesan permanentemente dificultades económicas, profesionales altamente capacitados viven endeudados y hombres o mujeres que durante décadas generaron importantes recursos llegan a determinada etapa de la vida sin comprender dónde quedó todo aquello que pasó por sus manos. El problema no siempre fue la falta de ingresos. En muchas ocasiones, el verdadero problema fue la ausencia de administración.

Mientras escuchaba aquella explicación pensé inmediatamente en la vida espiritual. Durante años hemos predicado acerca de todo lo que los creyentes reciben en Cristo. Hablamos correctamente de gracia, salvación, vida eterna, dones, capacidades y oportunidades. Enseñamos que hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, tal como escribió Pablo a los efesios, y celebramos la extraordinaria herencia que hemos recibido mediante el Nuevo Pacto. Sin embargo, me pregunto si hemos dedicado el mismo esfuerzo a enseñar a los hijos de Dios cómo administrar aquello que han recibido. Porque recibir no es lo mismo que administrar.

Una persona puede recibir una gran cantidad de recursos y desperdiciarlos completamente. Puede heredar una fortuna y terminar en la ruina, recibir una extraordinaria oportunidad y dejarla pasar, poseer una capacidad excepcional y jamás desarrollarla. El valor de aquello que recibimos no garantiza automáticamente la calidad de los

resultados que obtendremos. Entre la recepción y el fruto existe un territorio llamado administración.

El apóstol Pedro escribió: ***“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4:10).*** Me resulta profundamente significativa la expresión utilizada por el apóstol. Pedro no presenta a los creyentes como propietarios de la gracia, sino como administradores. Han recibido algo que tiene su origen en Dios y ahora tienen la responsabilidad de gestionarlo correctamente conforme al propósito de Aquel que lo entregó.

La palabra administración puede resultar poco espiritual para algunos. Estamos acostumbrados a relacionar la vida cristiana con la oración, la adoración, la fe o la comunión con Dios, pero difícilmente pensamos en la administración como una disciplina espiritual. Sin embargo, gran parte de las enseñanzas de Jesús estuvieron relacionadas con personas que recibieron algo y debieron responder por la manera en que lo utilizaron. Mayordomos, labradores, siervos, administradores y hombres que recibieron diferentes cantidades de recursos aparecen repetidamente en Sus parábolas.

Jesús parecía profundamente interesado en lo que las personas hacían con aquello que había sido colocado en sus manos. Quizá nosotros deberíamos estarlo también, y justamente esa es la carga que ha dado vida a este libro.

Cuando pensamos en capital, generalmente pensamos en dinero. Sin embargo, el dinero es solamente una de las muchas formas de capital que una persona puede poseer. Algunos tienen pocos recursos económicos, pero poseen una extraordinaria capacidad para relacionarse con otros. Otros no tienen una posición de influencia pública, pero han acumulado décadas de experiencia. Hay quienes poseen conocimientos, habilidades, contactos, oportunidades o capacidades que podrían producir un enorme beneficio si fueran correctamente administradas.

Todos hemos recibido algo. El problema es que solemos valorar aquello que otros poseen y subestimar lo que Dios colocó en nuestras propias manos. Miramos al predicador y pensamos que invertiríamos en el Reino si tuviéramos su capacidad para enseñar. Observamos al empresario y creemos que seríamos generosos si poseyéramos sus recursos. Admiramos a quien tiene influencia y suponemos que serviríamos mejor a Dios si miles de personas escucharan nuestra voz. Mientras tanto, aquello que efectivamente recibimos permanece sin utilizar porque estamos demasiado ocupados deseando el capital de otro.

Moisés también tuvo ese problema. Cuando Dios lo llamó desde la zarza y le anunció que sería enviado a Faraón para sacar a Israel de Egipto, Moisés comenzó a presentar sus limitaciones. “***¿Quién soy yo para que vaya a Faraón?***”, preguntó. Más tarde argumentó que los israelitas podían no creerle y finalmente declaró que nunca había sido hombre de

fácil palabra. Cada respuesta de Moisés estaba relacionada con aquello que consideraba no poseer.

Entonces Jehová le hizo una pregunta extraordinariamente sencilla: “**¿Qué es eso que tienes en tu mano?**” (Éxodo 4:2). Una vara... Nada particularmente impresionante. Un instrumento común utilizado por un pastor en sus actividades cotidianas. Moisés probablemente había sostenido aquella vara cientos de veces sin imaginar que pudiera tener alguna relevancia para el propósito de Dios. Sin embargo, el Señor no comenzó Su conversación preguntándole qué le faltaba. Le preguntó qué tenía.

Creo que esa pregunta continúa siendo profundamente vigente. ¿Qué tenemos en nuestra mano? Quizá la respuesta no les impresione. Tal vez lo que posean les parece demasiado común porque han convivido con ello durante años. Estamos tan acostumbrados a determinadas capacidades que dejamos de reconocer su valor. Lo que para nosotros resulta natural puede ser precisamente aquello que Dios desea utilizar para bendecir a otros.

Hay personas que saben escuchar. Parece algo sencillo, pero vivimos en una generación desesperada por encontrar a alguien capaz de prestar verdadera atención. Otros tienen facilidad para enseñar, organizar, crear, administrar, servir o animar. Algunos han atravesado experiencias dolorosas y, aunque jamás hubieran elegido vivirlas, ahora poseen una comprensión que podría convertirse en refugio para quienes están transitando caminos semejantes.

Todo eso es capital. El tiempo es capital. La atención es capital. Las fuerzas son capital. La juventud es capital. La experiencia es capital. Los conocimientos son capital. Las relaciones son capital. Las oportunidades son capital. La influencia es capital. Las palabras son capital. Incluso nuestra historia puede convertirse en capital cuando es rendida al propósito de Dios.

Esto no significa que debamos mercantilizar la vida espiritual ni comenzar a medir cada acción según parámetros de productividad humana. El Reino no es una corporación y nosotros no somos empleados procurando mejorar estadísticas para satisfacer a un director celestial. Estoy utilizando deliberadamente el lenguaje de las inversiones porque deseo que comprendamos un principio: aquello que recibimos tiene valor y la manera en que lo utilizamos produce consecuencias.

Pablo escribió: ***“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos”*** (Efesios 5:15 y 16). La expresión ***“aprovechando bien el tiempo”*** contiene una idea profundamente relacionada con la adquisición de una oportunidad. Algunas traducciones hablan de redimir el tiempo y otras de sacar el mejor provecho de cada ocasión.

Pablo no estaba enseñando a los creyentes a vivir acelerados. Es necesario aclararlo porque nuestra generación ha confundido peligrosamente el aprovechamiento del tiempo con la hiperactividad. Hay personas que consideran

productivo un día solamente cuando terminan agotadas. Corren de una actividad a otra, responden mensajes mientras comen, escuchan algo mientras trabajan y procuran realizar varias tareas simultáneamente porque sienten que detenerse es desperdiciar la vida. Sin embargo, estar ocupado no significa necesariamente estar invirtiendo correctamente. También podemos desperdiciar la vida haciendo muchas cosas.

Jesús vivió aproximadamente treinta y tres años sobre la tierra y jamás pareció gobernado por la ansiedad de la productividad. Caminaba. Se detenía. Comía con personas. Visitaba casas. Podía dedicar tiempo a conversar con una mujer junto a un pozo mientras Sus discípulos procuraban resolver cuestiones prácticas. Dormía en medio de una tormenta y permitía que niños interrumpieran actividades que otros consideraban más importantes.

Sin embargo, al final de Su vida pudo decir al Padre: ***“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4).*** No terminó todas las obras posibles. Terminó la obra que el Padre le había dado. Esta diferencia puede transformar completamente nuestra comprensión de la administración espiritual. Aprovechar la vida no significa hacer todo lo que podemos, sino aprender a discernir aquello que debemos hacer. La sabiduría no consiste solamente en administrar correctamente nuestros recursos; también consiste en identificar dónde deben ser colocados.

Un inversor puede tener mucho capital y aun así fracasar si lo coloca en el lugar equivocado. De la misma manera, podemos tener dones, fuerzas, oportunidades y buenas intenciones, pero invertirlos en asuntos que no corresponden al propósito de Dios para nuestra vida. Incluso podemos estar haciendo cosas buenas y, sin embargo, descuidar aquello que verdaderamente nos fue asignado.

Esto explica por qué algunas personas llegan a determinadas etapas profundamente cansadas y, al mismo tiempo, extrañamente insatisfechas. Han hecho mucho. Han trabajado, corrido, construido y respondido a innumerables demandas, pero en algún momento una pregunta comienza a surgir silenciosamente en su interior: ¿para qué hice todo esto? No siempre es una crisis de ingratitud. A veces es la conciencia descubriendo que actividad y propósito no son necesariamente sinónimos.

El salmista escribió: ***“Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican”*** (Salmo 127:1). Observemos que los hombres mencionados en este texto estaban trabajando. No eran perezosos. Estaban edificando. Tenían herramientas, proyectos y probablemente una enorme voluntad de avanzar. Sin embargo, existía la posibilidad de que todo aquel esfuerzo fuera vano.

La palabra “vano” debería confrontarnos, porque uno de los grandes temores de un inversor no es solamente perder capital mediante una decisión evidentemente absurda. También teme dedicar años a una inversión que parecía

prometedora y descubrir demasiado tarde que no produjo nada. ¿Será posible que algo semejante ocurra con nuestra existencia?

Moisés oró: ***“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (Salmo 90:12).*** Esta oración adquiere una dimensión diferente cuando comprendemos que fue pronunciada por un hombre que había aprendido dolorosamente el valor del tiempo.

Moisés vivió ciento veinte años y su existencia puede observarse en tres grandes períodos de cuarenta años. Pasó sus primeros cuarenta años en Egipto, otros cuarenta en el desierto de Madián y los últimos cuarenta conduciendo al pueblo de Israel. No sabemos exactamente en qué momento escribió el **Salmo 90**, pero sus palabras revelan a un hombre profundamente consciente de la brevedad de la vida humana.

***“Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos.”***

Salmo 90:10

Pronto pasan... Probablemente cuando somos jóvenes estas palabras parecen exageradas. La vida se extiende delante de nosotros como un territorio aparentemente interminable. Creemos que habrá tiempo para todo. Tiempo para aprender, para servir, para reparar relaciones, para obedecer, para comenzar proyectos y para responder a aquellas inquietudes que Dios ha colocado en nuestro

corazón. Después descubrimos que los años tienen una extraña capacidad para acelerarse y escaparse de nuestro control.

Un día miramos fotografías antiguas y nos sorprendemos al reconocer cuánto tiempo ha transcurrido. Los niños que conocimos ahora tienen hijos. Los jóvenes se han convertido en adultos y aquellos que parecían indestructibles comienzan a mostrar la fragilidad propia del paso de los años. No ocurrió repentinamente. Sucedió día tras día, casi imperceptiblemente. La vida no se pierde de una sola vez. Se gasta minuto a minuto.

Tal vez esta sea una de las razones por las que nos resulta tan difícil percibir su valor. Si al comenzar cada año alguien colocara delante de nosotros una enorme cantidad de monedas y nos informara que cada una representa una hora de nuestra vida, probablemente observaríamos con mayor atención cómo disminuye nuestro capital. Veríamos físicamente cómo cada conversación, cada preocupación, cada entretenimiento y cada decisión consume una parte de aquello que recibimos. Pero el tiempo es invisible, por eso podemos desperdiciarlo sin escuchar el ruido de su caída.

Nadie oye cómo se va la juventud. No existe una alarma que suene cuando perdemos una oportunidad ni recibimos un informe mensual detallando cuántas horas entregamos a pensamientos inútiles, discusiones innecesarias o preocupaciones que jamás llegaron a ocurrir. Simplemente vivimos y, mientras vivimos, nuestro capital disminuye. Por

esta razón la Escritura relaciona la correcta administración del tiempo con la sabiduría.

El necio no necesariamente es una persona intelectualmente incapaz. Bíblicamente, la necedad está relacionada con vivir ignorando realidades que deberían gobernar nuestras decisiones. Jesús habló de un hombre rico cuya tierra había producido abundantemente. Aquel hombre enfrentó un problema que muchos desearían tener: no poseía suficiente espacio para guardar todo lo que había cosechado. Entonces decidió derribar sus graneros y construir otros mayores.

Desde una perspectiva empresarial, la decisión parecía impecable. Había analizado su crecimiento, identificado una limitación logística y diseñado una estrategia de expansión. Incluso desarrolló una proyección personal: ***“Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate” (Lucas 12:19).*** Pero Dios le dijo: ***“Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Lucas 12:20).***

El problema de aquel hombre no fue haber prosperado. Tampoco fue construir graneros. Su necedad consistió en realizar todos sus cálculos ignorando el verdadero capital que estaba administrando. Había preparado bienes para muchos años sin considerar que quizá no tenía muchos años. Había realizado una excelente proyección económica y una pésima evaluación existencial. Sabía cuánto grano poseía, pero ignoraba cuánto tiempo le quedaba.

Esto debería hacernos pensar. Vivimos en una generación obsesionada con medir. Medimos ingresos, gastos, rendimiento, audiencias, seguidores, resultados y crecimiento. Nuestros dispositivos pueden informarnos cuántos pasos caminamos, cuántas horas dormimos y cuánto tiempo permanecemos mirando una pantalla. Tenemos más datos sobre nosotros mismos que cualquier generación anterior.

Sin embargo, podemos conocer todas nuestras estadísticas y continuar ignorando la pregunta más importante: ¿Qué estamos haciendo con la vida recibida? No cuánto tenemos, no cuánto tienen otros, no cuánto deseáramos tener, sino ¿Qué estamos haciendo con lo recibido?

Jesús jamás enseñó que todos recibiríamos la misma cantidad. En la parábola de los talentos, uno recibió cinco, otro dos y otro uno. Las diferencias eran evidentes y el Señor no intentó eliminarlas. No demandó al que recibió dos que produjera cinco ni comparó su resultado con el de otro siervo. Cada uno fue evaluado en relación con aquello que había recibido. Esto debería liberarnos de la comparación y, al mismo tiempo, confrontarnos con nuestra responsabilidad.

No necesito administrar la vida de otros, necesito administrar la mía. No tendré que responder por los dones que Dios les entregó a ustedes, ni por las oportunidades que colocó delante de otros. Tampoco seré evaluado según la influencia de los demás, los recursos de otro o la asignación

de otro. El Reino no trabaja con comparaciones humanas. El Señor conoce perfectamente aquello que entregó a cada uno.

Por eso Pedro dijo: ***“Cada uno según el don que ha recibido”***. Cada uno... Todos hemos recibido algo y, por lo tanto, todos tenemos algo para administrar.

Un niño tiene tiempo y capacidad para aprender. Un joven posee fuerzas y oportunidades propias de su etapa. Un adulto ha desarrollado capacidades, relaciones y experiencia. Un anciano puede poseer una sabiduría que solamente los años producen. Incluso una persona limitada físicamente continúa teniendo la posibilidad de orar, amar, hablar, bendecir y participar del propósito de Dios. Mientras hay vida, hay capital.

Tal vez no sea el mismo que teníamos hace veinte años. Quizá algunas oportunidades ya pasaron y ciertas fuerzas no regresarán. Sería ingenuo negar que existen temporadas y que determinadas posibilidades tienen un tiempo específico. Sin embargo, la pregunta de Dios a Moisés continúa vigente: ***“¿Qué es eso que tienes en tu mano?”***

No qué tuvimos, no qué perdimos, no qué tiene otro, sino ¿Qué tenemos nosotros? Porque aquello que hoy parece pequeño puede adquirir una dimensión completamente diferente cuando es colocado en las manos de Dios y administrado conforme a Su propósito.

Cinco panes y dos peces parecían insuficientes para alimentar a una multitud, pero eran suficientes para comenzar. Una vara parecía insignificante frente al poder de Egipto, pero era lo que Moisés tenía en su mano. Una pequeña cantidad de aceite parecía irrelevante frente a las deudas de una viuda, hasta que el profeta preguntó: ***“¿Qué tienes en casa?” (2 Reyes 4:2).***

Dios tiene una extraña costumbre de comenzar preguntándonos por aquello que ya poseemos. Quizá porque nosotros estamos esperando recibir más para comenzar a invertir y Él está esperando que administremos correctamente lo que ya nos entregó.

La vida cristiana no debería reducirse a una interminable lista de peticiones. “Señor, dame más”. Más recursos, más oportunidades, más influencia, más unción, más capacidad, más puertas abiertas. No hay nada incorrecto en anhelar crecimiento y creo profundamente que Dios puede ampliar nuestra capacidad, pero existe una pregunta previa que no deberíamos evitar: ¿Qué estamos haciendo con lo que ya recibimos?

Tal vez pedimos más tiempo mientras desperdiciamos horas. Pedimos mayores oportunidades mientras ignoramos las pequeñas. Deseamos influencia sobre multitudes, pero no edificamos correctamente a las personas que ya nos escuchan. Anhelamos recursos para participar en grandes proyectos del Reino mientras administramos descuidadamente aquello que hoy pasa por nuestras manos.

La multiplicación bíblica casi siempre comienza con buena administración. Por eso, antes de avanzar en este libro, necesito establecer una verdad que nos acompañará durante todo nuestro recorrido: “todos somos inversores”. No importa nuestra edad, posición económica, nivel de educación o función dentro del Cuerpo de Cristo. Cada día recibimos una nueva porción de existencia y debemos utilizarla. No podemos guardarla. No podemos transferirla. No podemos pedir que el reloj se detenga mientras decidimos qué hacer.

Vivir es gastar vida. La pregunta es dónde. Tal vez nunca hayan pensado en ustedes mismos como inversores. Quizá consideren que las inversiones pertenecen al mundo de quienes poseen grandes capitales y conocimientos financieros. Sin embargo, mientras yo escribí estas páginas y ustedes leen estas palabras estamos administrando el recurso más extraordinario que Dios ha colocado temporalmente en nuestras manos. “Nuestra existencia”.

Cada día invertimos pensamientos, palabras, fuerzas, atención y tiempo. Invertimos en personas, proyectos, preocupaciones, sueños y deseos. Algunas de esas inversiones producirán fruto. Otras desaparecerán sin dejar nada. Algunas tendrán consecuencias durante unos pocos días y otras pueden continuar produciendo resultados cuando ya no estemos sobre esta tierra.

Por eso, la gran pregunta no es cuánto capital tenemos. La pregunta es qué estamos haciendo con lo recibido. Y antes

de decidir dónde deberíamos invertir nuestra vida, quizá sea necesario observar con sinceridad una realidad incómoda: gran parte de la humanidad está colocando su mejor capital en una empresa cuya quiebra ha sido anunciada de antemano, en lugar de invertir en el Reino eterno del Señor.

Está bien, es lógico no poder considerar esta vanidad en quienes no conocen a Dios, pero que pasa con nosotros, que pasa con los hijos de Dios que hemos recibido la gracia de la regeneración. ¿Estamos invirtiendo primeramente en el Reino de Dios, o acaso estamos desperdiciando las riquezas recibidas en Cristo?



## Capítulo dos

### INVERTIR EN UNA EMPRESA QUE VA A QUEBRAR

*“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.*

1 Juan 2:15 al 17

Imaginemos por un momento que alguien nos ofrece una extraordinaria oportunidad de inversión. La persona que presenta el negocio parece entusiasmada y nos asegura que pocas veces tendremos delante una posibilidad semejante. Nos habla de una importante empresa, nos muestra sus instalaciones, describe la cantidad de personas que trabajan para ella y destaca la enorme influencia que ha logrado obtener en el mercado. Todo parece impresionante hasta que, en medio de la conversación, recibimos una información inesperada: la quiebra de aquella compañía es absolutamente segura.

No estamos hablando de un rumor ni de una posibilidad remota. No existe un cincuenta por ciento de probabilidades de que la empresa sobreviva ni estamos frente a una situación que podría revertirse mediante una correcta administración. Tenemos información confiable de que, tarde o temprano, aquella compañía desaparecerá completamente.

Entonces nuestro asesor nos hace una propuesta todavía más sorprendente. Quiere que invirtamos todos nuestros ahorros, nuestros recursos y aquello que hemos acumulado durante años. Incluso nos sugiere vender algunas propiedades y desprendernos de otras inversiones para concentrar la totalidad de nuestro capital en aquella empresa. Cuando expresamos nuestra preocupación por la información recibida, simplemente sonrío y nos dice que no deberíamos pensar tanto en el futuro. Después de todo, mientras la compañía continúa funcionando podemos disfrutar de ciertos beneficios.

Probablemente ninguno de nosotros aceptaría semejante propuesta. No sería necesario poseer una gran educación financiera para comprender que estamos frente a una pésima inversión. Podríamos admirar las instalaciones de la empresa, disfrutar temporalmente de algunos de sus productos e incluso reconocer que durante muchos años fue extraordinariamente exitosa, pero si sabemos con absoluta certeza que su destino final es la quiebra, jamás colocaríamos allí todo nuestro capital. Sin embargo, millones de personas están haciendo exactamente eso con sus vidas.

El apóstol Juan escribió una frase que debería modificar profundamente nuestra manera de observar el sistema presente: ***“El mundo pasa, y sus deseos”*** (1 Juan 2:17). El mundo pasa... No dice que quizá pasará. No presenta una posibilidad ni ofrece una interpretación pesimista de la historia humana. Juan escribe desde una comprensión espiritual y declara que el sistema presente tiene un carácter transitorio. Aquello que parece tan sólido, permanente e imprescindible está pasando.

Pedro desarrolla esta misma verdad utilizando un lenguaje todavía más contundente: ***“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”*** (2 Pedro 3:10). Luego formula una pregunta profundamente relacionada con el tema que estamos desarrollando: ***“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!”*** (2 Pedro 3:11).

Observemos cuidadosamente el razonamiento apostólico. Pedro no está procurando satisfacer la curiosidad escatológica de sus lectores mediante una descripción de los acontecimientos finales. La revelación del futuro tiene para él una consecuencia presente. Si sabemos qué ocurrirá con determinadas cosas, esa información debería afectar la manera en que vivimos ahora.

Eso es exactamente lo que hace un inversor prudente. La información acerca del futuro modifica sus decisiones presentes. Si alguien sabe que una compañía está a punto de desaparecer, no necesita odiarla para retirar su capital. No tiene que organizar manifestaciones frente a sus oficinas ni declarar que todos sus empleados son personas malvadas. Simplemente comprende que existe una enorme diferencia entre utilizar temporalmente los servicios de una empresa e invertir en ella todo aquello que posee.

Tal vez esta aclaración sea necesaria porque, durante mucho tiempo, algunos sectores de la Iglesia interpretaron la separación del mundo como una especie de desprecio general por la vida terrenal. Se llegó a considerar sospechoso todo aquello que produjera disfrute, comodidad o progreso. La pobreza fue confundida con espiritualidad y el abandono de ciertas responsabilidades fue presentado como una evidencia de consagración. Pero el Reino de Dios no nos convierte en enemigos de la creación.

La tierra es del Señor y su plenitud. Dios creó los sentidos con los que apreciamos un paisaje, la capacidad de disfrutar un alimento y la posibilidad de desarrollar relaciones significativas. No hay virtud espiritual en despreciar aquello que Dios nos permite recibir con gratitud. Pablo tuvo que confrontar enseñanzas que prohibían cosas que ***“Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellas los creyentes y los que han conocido la verdad”*** (1 Timoteo 4:3).

El problema nunca fue simplemente tener cosas. El problema comienza cuando las cosas nos tienen a nosotros. Podemos trabajar, prosperar, adquirir una casa, viajar, disfrutar de un descanso y utilizar los recursos que Dios coloca en nuestras manos. Podemos desarrollar proyectos, emprender negocios y procurar mejorar las condiciones de vida de nuestra familia. Nada de eso constituye automáticamente una traición al Reino.

La pregunta es cuánto de nuestra vida estamos invirtiendo para obtener aquello que sabemos que no podremos conservar. Porque existe una diferencia entre utilizar lo temporal y vivir para lo temporal.

Pablo escribió a los corintios: ***“Los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa” (1 Corintios 7:31)***. No les ordenó abandonar toda participación en la vida cotidiana. Les enseñó a relacionarse con las cosas presentes desde una perspectiva superior. Podían utilizarlas, pero no debían olvidar su carácter transitorio.

Este es uno de los grandes desafíos de la vida espiritual: tocar cosas temporales sin permitir que nuestro corazón les atribuya valor eterno. El sistema presente trabaja exactamente en la dirección opuesta. Toda su estructura necesita convencernos de que las cosas temporales son extraordinariamente importantes. La economía de consumo depende, en gran medida, de mantener viva una sensación de insuficiencia. Si millones de personas despertaran mañana

profundamente satisfechas con todo lo que poseen, una parte importante del sistema tendría serios problemas.

Por eso, permanentemente recibimos mensajes de que algo nos falta. Ese mensaje, no siempre se expresa con palabras, pero la idea está presente. Te falta un automóvil más moderno, una casa más grande, un teléfono con nuevas funciones, una experiencia diferente, otro viaje, otra prenda, otra posición o una nueva forma de reconocimiento.

Lo interesante es que muchas veces no sabíamos que necesitábamos algo hasta que alguien nos mostró que existía. Vivíamos perfectamente sin determinado producto, pero después de verlo repetidamente comenzamos a sentir que nuestra vida sería considerablemente mejor si pudiéramos obtenerlo. La publicidad no siempre vende objetos; muchas veces vende insatisfacción. Primero debe convencernos de que nuestra situación actual es insuficiente y luego ofrecernos aquello que promete resolverla.

Por supuesto, no estoy desarrollando una teoría conspirativa contra el mercado ni sugiriendo que toda estrategia comercial sea malvada. He trabajado durante años en el ámbito comercial y comprendo perfectamente que las personas producen, ofrecen y comercializan bienes. El problema no es la existencia de productos. El problema es la facilidad con la que nuestro corazón puede convertir deseos fabricados en necesidades aparentemente imprescindibles.

Hace años escuché una frase que me pareció extraordinariamente sencilla: rico no es el que más tiene, sino el que menos necesita. Podríamos discutir la precisión económica de semejante afirmación, pero espiritualmente contiene una verdad profunda. Una persona puede poseer enormes recursos y vivir permanentemente atormentada por aquello que todavía no consiguió. Otra puede tener mucho menos y experimentar una libertad interior que ningún mercado puede venderle.

Pablo había aprendido ese secreto, asumo esto porque escribió: ***“Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad”*** (Filipenses 4:12). Generalmente citamos el versículo siguiente: ***“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”***, pero muchas veces lo arrancamos de su contexto. Pablo no estaba declarando que Cristo le permitiría conquistar cualquier objetivo que se propusiera. Estaba afirmando que había recibido fortaleza para no ser gobernado por las circunstancias externas.

Lo que Pablo dice es que podía tener y podía no tener, lo cual evidencia una libertad extraordinaria. El sistema tiene una enorme capacidad para gobernarnos cuando logra convencernos de que necesitamos aquello que ofrece. En el momento en que consideramos imprescindible algo que no poseemos, comenzamos a estar dispuestos a entregar una parte de nuestra vida para obtenerlo.

Porque las cosas no se compran solamente con dinero. Se compran con vida. Tal vez esta afirmación parezca exagerada, pero pensemos detenidamente. ¿De dónde proviene el dinero que utilizamos? En la mayoría de los casos, de una porción de nuestra capacidad, nuestro esfuerzo y nuestro tiempo. Trabajamos determinadas horas, desarrollamos una actividad y recibimos recursos a cambio.

Cuando compramos algo, no estamos entregando simplemente billetes. Estamos entregando una porción de la vida que utilizamos para obtenerlos.

Si una persona necesita trabajar cien horas para adquirir determinado objeto, podríamos decir que aquel objeto le costó cien horas de vida. Esto no significa que la compra sea incorrecta. Quizá aquello sea necesario, útil y perfectamente razonable. Pero observar nuestras adquisiciones desde esta perspectiva puede modificar algunas decisiones.

La pregunta ya no es solamente: ¿puedo pagarlo? Tal vez deberíamos preguntarnos: ¿vale la porción de vida que debo entregar para obtenerlo? Nuestra generación ha desarrollado sofisticados mecanismos para impedirnos sentir el verdadero costo de las cosas. Podemos comprar ahora y pagar después. Podemos dividir el precio en pequeñas cuotas y disfrutar inmediatamente aquello que todavía no hemos producido. No pretendo enseñar finanzas personales ni demonizar el crédito, pero existe algo espiritualmente

significativo en una cultura que ha aprendido a comprometer su futuro para satisfacer deseos presentes.

Entregamos vida que todavía no vivimos para obtener cosas que deseamos disfrutar ahora. Y muchas veces, cuando finalmente terminamos de pagarlas, ya estamos deseando reemplazarlas. El sistema necesita movimiento. Necesita que lo nuevo envejezca rápidamente en nuestra percepción.

Un dispositivo que hace pocos meses nos parecía extraordinario comienza a resultar insuficiente cuando aparece la siguiente versión. Una prenda perfectamente útil pierde atractivo porque cambió una tendencia. El automóvil que alguna vez produjo entusiasmo comienza a parecer viejo cuando nuestro vecino cambia el suyo. Nada cambió realmente en el objeto, solo cambió nuestra percepción de su valor.

Juan habló de *“los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida”*. Comprendía que existe una dimensión del deseo profundamente vinculada con aquello que vemos y con la manera en que deseamos ser vistos. No compramos solamente por utilidad. Muchas veces adquirimos símbolos. Cosas que comunican posición, éxito, actualidad o pertenencia. Entonces la mirada de otros comienza a determinar nuestras inversiones.

Trabajamos para obtener cosas que impresionen a personas que quizá están haciendo exactamente lo mismo para impresionarnos a nosotros.

Salomón observó esta dinámica miles de años antes de la existencia de las redes sociales. ***“He visto asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras despierta la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y aflicción de espíritu” (Eclesiastés 4:4).*** La comparación es una de las grandes impulsoras de malas inversiones.

Mientras una persona observa exclusivamente aquello que necesita, sus decisiones pueden mantener cierta racionalidad. Pero cuando comienza a observar constantemente lo que otros tienen, el parámetro cambia. Ya no procura satisfacer una necesidad, sino alcanzar una posición relativa.

Por eso las redes sociales han amplificado de manera extraordinaria un problema que siempre existió en el corazón humano. Nunca antes habíamos tenido la posibilidad de observar diariamente tantas vidas editadas. Vemos viajes, casas, celebraciones, logros, comidas y momentos cuidadosamente seleccionados. Después comparamos el resumen de los mejores instantes de otros con la totalidad de nuestra vida cotidiana.

El resultado suele ser insatisfacción. Y la insatisfacción es un excelente cliente. Una persona satisfecha puede observar algo hermoso y disfrutarlo sin sentir que necesita poseerlo. Puede celebrar el éxito de otro sin interpretar su propio camino como un fracaso. Puede reconocer que determinada experiencia sería agradable y, al

mismo tiempo, decidir que no merece la inversión que demandaría. Esto no es conformismo, es libertad.

Pablo escribió: ***“Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar”*** (1 Timoteo 6:6 y 7). Otra vez aparece el lenguaje de las ganancias. ***“Gran ganancia”***. El apóstol realiza un cálculo completamente diferente al del sistema. Para el mundo, ganar significa agregar. Más dinero, más propiedades, más experiencias y más reconocimiento. Pablo presenta la posibilidad de una ganancia que no depende exclusivamente de la acumulación, sino del contentamiento. ¿Por qué? Porque quien necesita menos puede invertir mejor.

Si toda nuestra existencia está comprometida en sostener un estilo de vida cada vez más costoso, tendremos poca libertad para responder cuando Dios nos convoque a participar de algo diferente. Si cada aumento de ingresos produce inmediatamente un aumento proporcional de nuestras necesidades, nunca tendremos suficiente.

No importa cuánto ganemos. Nuestro nivel de insatisfacción crecerá junto con nuestros recursos. Jesús contó la historia de un hombre que se acercó a Él con una pregunta extraordinariamente importante: ***“Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”*** (Lucas 18:18). Aquel hombre era principal, joven según el relato de Mateo y poseía muchas riquezas. Humanamente parecía tenerlo todo.

Jesús lo miró y lo amó, según registra Marcos. Después le dijo que todavía le faltaba una cosa. Resulta casi irónico. Un hombre que tenía muchas posesiones descubrió que le faltaba algo. Sin embargo, aquello que le faltaba no podía comprarse agregando una nueva posesión. Jesús tocó precisamente el lugar donde sus inversiones habían capturado su corazón: ***“Vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme”*** (Lucas 18:22).

El Señor estaba delante de él. La vida eterna estaba hablando con él. El Reino lo estaba invitando, pero sus inversiones anteriores condicionaron su capacidad para responder a una oportunidad eterna. ***“Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico”*** (Lucas 18:23). No era simplemente un hombre que poseía riquezas, era un hombre poseído por aquello que había acumulado.

Sus bienes se habían convertido en una especie de ancla. Había invertido tanto de sí mismo en ellos que la posibilidad de soltarlos le produjo tristeza. Jesús no estaba estableciendo una doctrina universal según la cual todo creyente debe vender absolutamente sus propiedades. Si así fuera, deberíamos aplicar la orden literalmente a todos. El Señor estaba revelando el corazón de aquel hombre.

***“Donde esté vuestro tesoro,  
Allí estará también vuestro corazón.”***

Mateo 6:21

El corazón había seguido la inversión. Esto debería hacernos pensar seriamente acerca de aquello en lo que estamos colocando nuestra vida. Porque cada inversión no solamente consume capital; también desarrolla vínculos. Cuanto más entregamos a algo, más difícil puede resultar soltarlo.

Hay personas que no pueden abandonar determinadas posiciones porque invirtieron décadas construyéndolas. Otras permanecen en relaciones destructivas porque sienten que han entregado demasiados años como para comenzar nuevamente. Algunos continúan defendiendo proyectos evidentemente agotados porque reconocer su final implicaría aceptar que una parte de su inversión no produjo el resultado esperado.

Los economistas hablan del costo hundido para describir recursos que ya fueron invertidos y no pueden recuperarse. Uno de los errores frecuentes consiste en continuar colocando capital en una mala inversión simplemente porque ya hemos invertido demasiado. “Después de todo lo que puse aquí, no puedo abandonar ahora...” Pero seguir invirtiendo en algo destinado al fracaso no recupera lo perdido. Solamente aumenta la pérdida.

Quizá espiritualmente necesitamos aprender esta verdad. El hecho de haber entregado años a algo no significa que debamos entregarle los años que todavía tenemos. Puede que hayamos invertido demasiado tiempo procurando la aprobación de personas que jamás estarán satisfechas. Tal

vez dedicamos una enorme cantidad de energía a construir una imagen que ya no deseamos sostener. Quizá perseguimos durante años objetivos que, al alcanzarlos parcialmente, demostraron no tener el valor que imaginábamos.

La sabiduría no consiste en defender eternamente nuestras inversiones anteriores. A veces la sabiduría es reconocer que recibimos nueva información.

Pablo tenía una extraordinaria inversión en su carrera religiosa. Había sido circuncidado al octavo día, pertenecía al linaje de Israel, era de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos y fariseo en cuanto a la ley. Había estudiado, desarrollado reputación y avanzado por encima de muchos de sus contemporáneos.

Entonces conoció a Cristo. Y la nueva información modificó completamente su balance. ***“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7)***. Pablo no podía recuperar los años invertidos en construir su antigua posición. Tampoco podía regresar al pasado y comenzar nuevamente. Pero podía decidir qué haría con el capital que todavía tenía.

Eso es exactamente lo que hizo. No pasó el resto de su vida lamentando sus inversiones equivocadas. Cambió de mercado, colocó todo en el Reino. Por eso escribió a los colosenses: ***“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra***

***de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:1 y 2).***

***“Poned la mira...”*** La expresión habla de dirección, pensamiento y orientación. Pablo no estaba enseñando a los creyentes a caminar mirando literalmente hacia el cielo ni a desentenderse de las responsabilidades terrenales. Estaba hablando de una perspectiva desde la cual evaluar la vida.

Un ciudadano del Reino debe aprender a realizar sus cálculos desde arriba. Desde la tierra, algunas inversiones parecen absurdas. Desde arriba, son perfectamente razonables. Desde la tierra, entregar tiempo para servir puede parecer improductivo. Perdonar puede parecer una pérdida. Dar puede parecer una disminución. Renunciar a una oportunidad por obediencia puede parecer un fracaso. Dedicar años a formar personas sin recibir reconocimiento público puede parecer una pésima estrategia.

Pero todo depende del mercado desde el cual observamos el valor. Jesús dijo: ***“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo” (Mateo 6:19 y 20).*** La enseñanza es sorprendente porque Jesús no condena el concepto de tesoro. Nos enseña dónde colocarlo. No dice: “No inviertan”, sino que dice, en esencia: “Revisen dónde están invirtiendo”.

Hay lugares donde la polilla puede llegar. Hay inversiones que el orín puede corroer y capitales que un

ladrón puede quitar. Hay cosas que una crisis económica puede destruir, una enfermedad puede impedarnos disfrutar y la muerte inevitablemente nos obligará a abandonar. Pero Jesús afirma que existe otro lugar. Existe una dimensión de inversión que la temporalidad no puede consumir.

Todavía debemos descubrir profundamente cómo funciona esa economía. Necesitamos comprender por qué el Reino habla de sembrar, entregar, perder, multiplicar, recompensar y recibir. Tendremos que observar a hombres que realizaron inversiones aparentemente absurdas porque poseían información que otros desconocían. Pero antes de avanzar necesitamos reconocer una verdad. Este mundo está pasando.

Podemos utilizarlo. Podemos disfrutar con gratitud aquello que Dios nos concede dentro de él. Podemos trabajar, construir, producir y administrar. Pero sería una enorme necesidad invertir toda nuestra existencia en aquello que Dios ya nos informó que desaparecerá. Nadie sensato colocaría todo su capital en una empresa cuya quiebra está absolutamente asegurada.

Sin embargo, eso es exactamente lo que hacemos cuando entregamos nuestras mejores fuerzas, nuestros pensamientos, nuestros recursos y nuestros años exclusivamente a construir una vida limitada a este siglo. El engaño no consiste solamente en amar descaradamente al mundo. A veces el engaño es mucho más sutil. Consiste en

invertir desproporcionadamente en aquello que sabemos que no podremos conservar.

Por eso necesitamos levantar la mirada. Existe otra economía. Existe otro Reino. Y, antes de aprender cómo invertir en él, quizá debamos observar algo extraordinario. Dios mismo es el gran y primer inversor.



## Capítulo tres

### DIOS, EL GRAN INVERSOR

***“Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”.***

Isaías 55:10 y 11

Hasta aquí he utilizado deliberadamente palabras relacionadas con el mundo de las inversiones. He hablado de capital, administración, ganancias y pérdidas porque considero que este lenguaje puede ayudarnos a observar nuestra existencia desde una perspectiva diferente. Sin embargo, antes de continuar necesito realizar una aclaración importante: no estoy procurando tomar principios empresariales modernos para aplicarlos artificialmente a la vida espiritual. El Reino de Dios no necesita aprender del mercado.

Si encontramos ciertas semejanzas entre algunos principios económicos y las dinámicas espirituales, no deberíamos apresurarnos a concluir que estamos modernizando el evangelio mediante conceptos empresariales. Mucho antes de que existieran las bolsas de valores, los bancos, las corporaciones y los complejos sistemas financieros que hoy conocemos, la Escritura ya hablaba de sembrar, esperar, administrar, multiplicar, cosechar y recibir conforme a lo producido.

La lógica de la inversión atraviesa toda la revelación bíblica porque tiene su origen en algo mucho más profundo que una estrategia económica. Tiene su origen en Dios. Esto puede resultar extraño para quienes han construido una imagen de Dios completamente distante de toda idea de expectativa o resultado.

Durante mucho tiempo, algunas enseñanzas cristianas presentaron la soberanía divina de tal manera que cualquier referencia a Dios esperando fruto parecía disminuir Su omnipotencia. Si Dios es autosuficiente y no necesita absolutamente nada, ¿cómo podríamos hablar de Él como alguien que invierte? La respuesta exige comprender correctamente el significado de la inversión.

Dios no invierte porque tenga carencias. No entrega procurando completar algo que le falta ni busca un beneficio que aumente Su esencia. Él es Dios antes de la creación, plenamente suficiente, eterno y perfecto. Padre, Hijo y Espíritu Santo no necesitaban crear al hombre para resolver

una soledad divina ni para encontrar una fuente externa de satisfacción. ***“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay”***, declaró Pablo en Atenas, ***“no es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas”*** (Hechos 17:24 y 25).

Dios no necesita. Dios da. Y precisamente allí comienza a revelarse la extraordinaria dinámica que deseo que observemos. Cuando Dios entrega, lo hace conforme a un propósito.

La primera página de la Biblia ya nos permite contemplar esta verdad. Génesis no presenta a un Dios realizando actos aleatorios de poder simplemente para demostrar Su capacidad creadora. Cada intervención divina manifiesta orden, dirección y propósito. La luz aparece, las aguas son separadas, la tierra produce vegetación, las lumbreras son colocadas en los cielos y los seres vivientes llenan los ambientes que previamente fueron preparados para ellos.

Entonces Dios dijo: ***“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree”*** (Génesis 1:26). Detengámonos allí... Dios formó una criatura a Su imagen y semejanza y depositó en ella una asignación. El hombre no apareció simplemente para ocupar un espacio dentro de la creación. Recibió una responsabilidad relacionada con el propósito divino: fructificar, multiplicarse, llenar la tierra y ejercer gobierno.

***“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla” (Génesis 1:28).*** Fructificad... La primera bendición pronunciada sobre la humanidad contiene una expectativa de fruto.

Dios colocó Su imagen en el hombre y esperaba una expresión. Delegó autoridad y esperaba gobierno. Entregó capacidad reproductiva y esperaba multiplicación. Preparó un huerto y colocó allí al hombre ***“para que lo labrara y lo guardase” (Génesis 2:15).*** La gracia de recibir nunca estuvo divorciada de la responsabilidad de administrar.

Adán no creó el huerto, simplemente lo recibió. No produjo los árboles, los recibió. No diseñó el ecosistema ni inventó las leyes que permitían a la tierra producir, todo le fue entregado. Pero aquello que recibió debía ser administrado conforme al propósito de Dios.

Aquí encontramos un principio que recorrerá toda la Escritura: Dios es la fuente, pero el hombre es convocado a participar responsablemente de aquello que Dios desea expresar en la tierra. La caída alteró dramáticamente esa administración.

El hombre tomó lo recibido y lo sometió a una voluntad independiente. La imagen permaneció, pero fue afectada por el pecado; la autoridad delegada fue pervertida y la tierra que debía ser escenario de una expresión del gobierno divino comenzó a manifestar las consecuencias de

la rebelión humana. Sin embargo, Dios no abandonó Su propósito. Esto es extraordinario.

Nosotros solemos retirarnos rápidamente de una inversión cuando algo sale mal. Si un proyecto fracasa, una persona nos decepciona o los resultados no aparecen conforme a nuestras expectativas, evaluamos nuestras pérdidas y procuramos proteger aquello que todavía conservamos. Dios, en cambio, continuó avanzando hacia aquello que había determinado desde antes de la fundación del mundo. Es decir, la caída no sorprendió a Dios ni obligó al cielo a improvisar un plan de emergencia.

El Cordero estaba destinado desde antes de la fundación del mundo (**1 Pedro 1:19 y 20**). El propósito eterno no nació como reacción al pecado. Dios no comenzó a pensar en Cristo después de escuchar el crujido del fruto prohibido en el huerto. Antes de que el hombre cayera, el propósito ya estaba establecido en el corazón eterno de Dios. Por eso la historia bíblica no es simplemente el relato de Dios procurando reparar los errores humanos. Es la revelación de un propósito avanzando.

Después de la caída encontramos una promesa. En medio del juicio pronunciado sobre la serpiente, Dios anunció que la simiente de la mujer heriría su cabeza (**Génesis 3:15**). La humanidad acababa de fracasar en su administración y, sin embargo, Dios colocó una palabra dentro de la historia. Una palabra es una inversión extraordinaria.

Quien habla compromete algo de sí mismo. Expresa intención, revela pensamiento y establece una expectativa. Por eso Isaías compara la Palabra de Dios con la lluvia y la nieve que descienden del cielo. No caen simplemente para tocar la tierra y regresar inmediatamente. Penetran, riegan, producen y hacen germinar.

***“Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía”.*** Dios espera retorno de Su Palabra. No porque exista la posibilidad de que Su propósito fracasase y Él deba observar nerviosamente los resultados. Su expectativa descansa en la eficacia de aquello que procede de Sí mismo. Cuando Dios envía Su Palabra, sabe perfectamente que posee capacidad para cumplir el propósito por el cual fue enviada.

Esto nos permite comprender por qué la historia bíblica está llena de palabras divinas depositadas en personas, familias y generaciones. Dios habló a Noé, Dios habló a Abraham, Dios habló a Isaac, Dios habló a Jacob, Dios habló a Moisés, Dios habló a Israel. Dios levantó profetas y continuó colocando Su Palabra dentro de la historia humana.

Cada intervención parecía pequeña si era observada únicamente desde el momento en que ocurría. Un anciano sin hijos recibió una promesa acerca de una descendencia innumerable. Un fugitivo que pastoreaba ovejas en Madián escuchó que sería enviado a confrontar al imperio más poderoso de su tiempo. Una nación de esclavos recibió una

identidad y fue llamada a convertirse en reino de sacerdotes y gente santa.

Dios parecía colocar enormes propósitos dentro de recipientes sorprendentemente frágiles. Pablo comprendió esta dinámica cuando escribió: ***“Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Corintios 4:7)***. El tesoro y el vaso nunca tuvieron el mismo valor.

La grandeza del propósito no dependía de la grandeza humana de quienes lo recibían. Dios podía colocar una palabra extraordinaria en un hombre limitado porque la capacidad de producir fruto estaba en la semilla y no en la apariencia del terreno. Jesús explicaría siglos después que ***“la semilla es la palabra de Dios” (Lucas 8:11)***.

Otra vez aparece la lógica de la siembra. Dios siembra... La parábola del sembrador suele ser enseñada concentrando toda la atención en los diferentes terrenos, y correctamente debemos considerar la condición del corazón humano. Sin embargo, hay algo fascinante en la actitud del sembrador: sale a sembrar.

Tiene semilla y la distribuye. Una parte cae junto al camino, otra sobre pedregales, otra entre espinos y finalmente otra en buena tierra. El sembrador conoce la naturaleza de la semilla y sabe que, cuando encuentra las condiciones adecuadas, puede producir ***“a ciento por uno” (Lucas 8:8)***.

Dios siempre ha conocido el potencial de aquello que entrega. Nosotros vemos a Abraham, pero Dios ve naciones. Nosotros vemos a Jacob huyendo de su hermano, pero Dios ve Israel. Nosotros vemos a José dentro de una cisterna, pero Dios ve provisión para una generación. Nosotros vemos a Moisés tartamudeando delante de una zarza, pero Dios ve un libertador confrontando a Faraón. Nosotros vemos a David cuidando unas pocas ovejas, pero Dios ve un rey conforme a Su corazón.

Esto no significa que Dios ignore nuestras debilidades o viva en una especie de optimismo celestial respecto de la condición humana. Él conoce perfectamente el barro. Simplemente también conoce el tesoro que ha decidido colocar dentro. Por eso Dios puede invertir procesos donde nosotros solamente vemos demoras.

Puede dedicar años a formar un hombre antes de utilizarlo públicamente. Puede trabajar silenciosamente en una persona mientras nadie reconoce su potencial y permitir temporadas que, desde nuestra perspectiva, parecen improductivas. Moisés pasó cuarenta años en Madián, José atravesó años de esclavitud y prisión, David fue ungido mucho antes de sentarse en el trono. Juan el Bautista permaneció en lugares desiertos ***“hasta el día de su manifestación a Israel”*** (Lucas 1:80).

Jesús mismo vivió aproximadamente treinta años antes de comenzar un ministerio público que duraría apenas unos pocos años. Nosotros probablemente hubiéramos intentado

acelerar todos esos procesos. Dios no parecía tener prisa. Un buen inversor comprende que algunas cosas necesitan tiempo para madurar. No exige fruto a una semilla al día siguiente de haberla colocado en tierra ni interpreta el silencio del terreno como evidencia de fracaso. Sabe que debajo de la superficie pueden estar ocurriendo procesos que todavía no tienen una expresión visible.

Dios conoce perfectamente los tiempos de Sus propósitos. Por eso poda... Jesús dijo: ***“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (Juan 15:2).*** Esta declaración nos permite observar otra dimensión del corazón del Padre. Él no solamente espera fruto; interviene para aumentar la capacidad productiva de aquello que le pertenece.

La poda parece pérdida. El agricultor corta ramas que están vivas. Desde una observación superficial podría parecer que está dañando la planta, disminuyendo su tamaño y eliminando parte de aquello que había crecido. Sin embargo, su intervención está gobernada por el conocimiento. Sabe qué desea obtener. Por eso corta.

Hay cosas que pueden crecer en nuestra vida y, aun así, no contribuir al propósito principal. No todo crecimiento es fruto y no toda expansión merece ser conservada. A veces Dios toca áreas que nosotros considerábamos exitosas porque Él no está comprometido con sostener todo lo que hemos

desarrollado; está comprometido con producir aquello que se corresponde con Su propósito.

El Padre es el labrador. Jesús lo dijo claramente: ***“Mi Padre es el labrador” (Juan 15:1)***. La imagen es poderosa. Un labrador trabaja pensando en fruto. Observa, cuida, limpia y espera. Conoce las estaciones y comprende que cada intervención tiene un momento. No arranca la planta porque todavía no produjo fuera de temporada ni permite indefinidamente aquello que impide su desarrollo. Existe intención detrás de su trabajo.

Eso es lo que encontramos en Dios desde Génesis hasta Apocalipsis. Intención, propósito, dirección. La historia humana puede parecer caótica cuando es observada únicamente desde la tierra. Imperios aparecen y desaparecen, generaciones nacen y mueren, guerras modifican fronteras y decisiones humanas producen consecuencias imprevisibles. Sin embargo, la Escritura nos permite levantar la mirada y contemplar algo que atraviesa toda la historia.

Dios está trabajando... Jesús dijo: ***“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17)***. El Padre no abandonó Su propósito después de la caída. Continuó hablando, llamando, formando, enviando y preparando. Escogió a Abraham y depositó en él una promesa que alcanzaría a todas las familias de la tierra. Formó una nación, entregó pactos, levantó sacerdotes y envió profetas.

Cada etapa agregaba revelación, cada palabra avanzaba, cada figura señalaba, cada sombra anunciaba. Hasta que, llegado el cumplimiento del tiempo, ocurrió algo incomparable. ***“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16).*** Ha dado... No existe inversión comparable. Hasta ese momento Dios había entregado palabras, promesas, leyes, señales y hombres. Había enviado profetas que hablaron en Su nombre y levantado siervos que participaron de Su propósito. Pero el escritor de la carta a los hebreos declara:

***“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo.”***

Hebreos 1:1 y 2

El Hijo no fue simplemente otro mensajero. Era el resplandor de Su gloria y la imagen misma de Su sustancia. Dios entregó al Unigénito. Debemos ser cuidadosos con nuestras palabras, porque ninguna metáfora financiera puede contener la profundidad del amor revelado en Cristo. No estamos hablando de una transacción fría realizada por un Dios calculador. Estamos contemplando el corazón del Padre entregando aquello que ninguna mente humana podría valorar adecuadamente.

Cristo es la entrega suprema del Padre. Y el Padre sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Isaías había profetizado: ***“Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad***

***de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:10 y 11). Verá linaje, verá fruto, quedará satisfecho...***

El Calvario no fue el fracaso de un proyecto divino. Jesús no terminó en la cruz porque las circunstancias escaparon al control del Padre. Pedro declaró en Pentecostés que Cristo fue ***“entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hechos 2:23)***. Había propósito en la entrega.

Entonces Jesús utilizó una imagen que nos permite comprender la dinámica espiritual de aquello que estaba a punto de ocurrir: ***“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan 12:24)***. El grano era perfecto. No murió porque tuviera un defecto. No fue colocado en tierra porque hubiera perdido su valor. Precisamente porque tenía valor fue sembrado.

Esto modifica profundamente nuestra comprensión de la cruz. El Padre no descartó al Hijo, lo entregó. Y el Hijo no fue una víctima involuntaria de la decisión del Padre. Jesús dijo: ***“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo” (Juan 10:18)***. En la unidad perfecta del propósito eterno, el Padre dio y el Hijo se entregó.

El grano cayó en tierra. Durante algunas horas pareció que todo había terminado. El cuerpo de Jesús fue colocado en un sepulcro. Los discípulos se dispersaron, las autoridades

religiosas creyeron haber eliminado una amenaza y el silencio de la tumba pareció confirmar la derrota. Pero una semilla debajo de la tierra no es una semilla perdida, por eso al tercer día Cristo resucitó, y algo extraordinario comenzó a manifestarse.

El Unigénito había sido entregado y el propósito eterno estaba llevando muchos hijos a la gloria. El escritor de Hebreos declara: ***“Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”*** (Hebreos 2:10). Muchos hijos...

Pablo escribió que aquellos a quienes Dios conoció de antemano también los predestinó ***“para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”*** (Romanos 8:29). Primogénito entre muchos.

Ahora podemos mirar nuevamente Génesis. ***“Hagamos al hombre a nuestra imagen”***. La caída no logró cancelar el propósito. En Cristo aparece el Hombre conforme al diseño eterno de Dios. Él es ***“la imagen del Dios invisible”*** (Colosenses 1:15), el postrer Adán, la cabeza de una nueva humanidad. Y mediante Su muerte y resurrección, Su vida comienza a expresarse en un cuerpo compuesto por muchos miembros.

El grano produjo fruto. Dios invirtió al Unigénito y está obteniendo una familia de hijos conformados a Su imagen. Por supuesto, utilizo la palabra “invirtió” con reverencia y dentro de los límites de la metáfora que estamos desarrollando. El Padre no arriesgó a Cristo como quien coloca capital en una operación de resultado incierto. El propósito eterno jamás estuvo sujeto a las probabilidades humanas.

Pero existe una dinámica imposible de ignorar. Dios entrega para producir. Siembra para cosechar. Habla para cumplir. Da para multiplicar. Poda para aumentar el fruto. Envía para alcanzar. Y en Cristo nos permite contemplar la expresión suprema de esta verdad: el Reino no considera pérdida aquello que es entregado conforme a un propósito eterno.

Tal vez la cruz parecía pérdida, pero era una siembra. El sepulcro parecía final, pero era proceso. El silencio parecía derrota, pero la vida estaba trabajando donde los ojos humanos no podían verla. Quizá por eso nosotros tenemos tantos problemas para comprender determinadas inversiones del Reino. Evaluamos demasiado rápido. Necesitamos resultados visibles para sentir que algo tuvo sentido y, cuando no los encontramos inmediatamente, comenzamos a considerar desperdiciado aquello que entregamos.

Pero Dios nos mostró en Cristo que la verdadera naturaleza de una inversión no siempre puede determinarse en el momento de la entrega. Hay semillas que deben

desaparecer antes de multiplicarse. Hay procesos que deben atravesar el silencio. Hay propósitos que necesitan tiempo. Y hay cosas que, vistas desde la tierra, parecen pérdidas porque todavía no hemos contemplado el fruto.

Dios lo sabía desde el principio, por eso entregó, por eso sembró, por eso el grano cayó en tierra. Y si queremos comprender verdaderamente la economía del Reino, tendremos que aprender una de sus paradojas más difíciles. ¡A veces, para ganar, es necesario perder!



**PARTE II**

**LA ECONOMÍA  
DEL REINO**

## Capítulo cuatro

### PERDER PARA GANAR

***“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”.***

Mateo 16:25

Una de las mayores dificultades que enfrentamos al procurar comprender el Reino de Dios es que muchas de sus verdades parecen contradecir inicialmente la lógica con la que hemos aprendido a interpretar la vida. No porque el Reino sea irracional ni porque Dios disfrute confundiendo nuestra mente mediante declaraciones misteriosas, sino porque hemos sido formados dentro de un sistema cuyos valores, prioridades y conclusiones no siempre coinciden con los pensamientos del cielo. Por eso, cuando Jesús comenzó a enseñar, muchas de Sus afirmaciones resultaron desconcertantes incluso para quienes decidieron seguirlo.

Jesús habló de los últimos llegando a ser primeros, de los pobres siendo bienaventurados, de los mansos heredando la tierra y de los grandes convirtiéndose en servidores. Enseñó que quien deseaba ser exaltado debía humillarse, que

era mejor dar que recibir y que el camino hacia la verdadera grandeza no consistía en dominar a otros, sino en servirlos. Cada una de estas declaraciones parecía alterar el orden natural de las cosas y obligaba a Sus oyentes a reconsiderar los parámetros con los que evaluaban la realidad.

Sin embargo, pocas afirmaciones resultaron tan radicales como aquella que relacionó la pérdida con la ganancia. ***“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 16:25).*** Si estas palabras no hubieran sido pronunciadas por Jesús, probablemente procuraríamos corregirlas.

Desde nuestra lógica, quien desea conservar algo debe protegerlo y quien lo pierde simplemente deja de poseerlo. Retener parece la estrategia natural de la conservación, mientras que entregar es asociado inevitablemente con disminución. Sin embargo, Cristo presenta una dinámica completamente diferente: existe una manera de procurar conservar la vida que termina perdiéndola y existe una forma de entregarla que permite encontrarla.

No estamos frente a una invitación al descuido ni a una glorificación espiritual del sufrimiento. Jesús nunca enseñó que el dolor tuviera valor por sí mismo ni presentó la pérdida como una virtud independiente. A lo largo de la historia cristiana, algunas personas desarrollaron una relación extraña con el sacrificio, como si cuanto más dolorosa fuera una experiencia, mayor fuera necesariamente su valor delante de

Dios. De esa manera, la negación personal llegó a convertirse en una especie de moneda religiosa y el sufrimiento comenzó a ser exhibido como evidencia de espiritualidad.

Pero Dios no ama la pérdida. Dios ama el fruto. Esta diferencia es fundamental para comprender la economía del Reino. El sacrificio bíblico jamás encuentra su valor exclusivamente en aquello que se entrega, sino en el propósito al cual esa entrega responde. Una renuncia sin obediencia puede ser solamente una pérdida innecesaria, así como una privación nacida del orgullo religioso puede alimentar precisamente aquello que pretende destruir.

Pablo comprendía este peligro cuando escribió a los corintios: ***“Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Corintios 13:3).*** Resulta difícil imaginar acciones más radicales que repartir todos los bienes o entregar el propio cuerpo, pero el apóstol declara que incluso semejantes sacrificios pueden carecer de verdadero valor espiritual. Esto significa que no toda pérdida es inversión.

Una persona puede perder tiempo por malas decisiones, recursos por negligencia y oportunidades por temor. Puede sacrificar relaciones para alimentar una ambición personal y destruir su salud procurando sostener una imagen de éxito. Puede incluso realizar grandes esfuerzos religiosos motivada por la necesidad de reconocimiento. El simple hecho de entregar algo valioso no

convierte automáticamente esa entrega en una inversión del Reino.

La pregunta siempre será: ¿a qué propósito responde? Jesús no dijo simplemente: ***“El que pierda su vida la hallará”***. Agregó palabras indispensables: ***“por causa de mí”***. Allí se encuentra la diferencia. El Reino no celebra la pérdida; revela una causa suficientemente valiosa como para justificar la entrega.

Quizá por eso la fe bíblica ha sido tan mal comprendida por quienes la observan únicamente desde afuera. Cuando una persona toma decisiones sobre la base de una realidad que otros no perciben, sus acciones pueden parecer absurdas. La lógica de toda inversión depende, en gran medida, de la información que posee quien decide realizarla. Dos personas pueden observar exactamente la misma oportunidad y llegar a conclusiones completamente diferentes porque una de ellas conoce algo que la otra ignora.

El relato del capítulo once de la carta a los hebreos está lleno de personas que actuaron sobre la base de información recibida de Dios. ***“Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase” (Hebreos 11:7)***. Noé recibió información acerca de cosas que todavía no podían verse. Este detalle es esencial.

Si las aguas del diluvio hubieran comenzado a cubrir la tierra antes de que Dios le hablara, construir un arca no

habría requerido fe; habría sido simplemente una reacción lógica frente a una amenaza visible. Pero Noé comenzó a invertir fuerzas, tiempo y recursos cuando el escenario anunciado por Dios todavía no tenía manifestación delante de sus ojos.

No sabemos exactamente cuánto tiempo demandó la construcción del arca, y sería imprudente afirmar cifras precisas que la Escritura no establece con claridad. Lo que sí sabemos es que aquella tarea requirió un proceso considerable, que pudo ser de casi cien años. Noé tuvo que sostener una obediencia prolongada mientras construía algo extraordinariamente grande para enfrentar un acontecimiento que todavía no había ocurrido.

Imaginemos la escena. Cada árbol utilizado, cada jornada de trabajo y cada esfuerzo realizado estaban siendo invertidos sobre la base de una palabra. Noé no tenía fotografías del diluvio. No podía mostrar registros históricos de acontecimientos semejantes ni presentar estadísticas meteorológicas que respaldaran su decisión. Solo tenía una advertencia divina.

Para quienes no poseían esa información, probablemente el arca era una construcción absurda. Para Noé, era la inversión más razonable de su vida. La fe no convirtió a Noé en un hombre irracional. Le permitió actuar conforme a una realidad que todavía no era visible.

Esto es importante porque frecuentemente se presenta la fe como una especie de salto ciego hacia lo desconocido. Algunas personas creen que tener fe significa tomar decisiones sin fundamento, abandonar toda evaluación y esperar que Dios respalde cualquier acto suficientemente atrevido. Pero la fe bíblica no es una apuesta espiritual. La fe responde a Dios.

Noé construyó porque fue advertido. Abraham salió porque fue llamado. Moisés regresó a Egipto porque fue enviado. La acción de fe no nace simplemente de un deseo humano intenso, sino de una respuesta a la iniciativa divina. Por eso ***“la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17)***. Cuando Dios habla, entrega información que puede modificar completamente el valor de nuestras decisiones.

Abraham constituye otro ejemplo extraordinario. ***“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8)***. Generalmente destacamos la última expresión: ***“sin saber a dónde iba”***. Y ciertamente existe algo profundamente desafiante en abandonar una tierra sin conocer todos los detalles del destino. Sin embargo, Abraham no salió sin saber absolutamente nada. Sabía quién lo había llamado.

Tal vez desconocía la geografía, pero conocía la voz. No poseía un mapa completo del recorrido, pero había recibido una promesa. Su decisión no estaba fundamentada

en la claridad de las circunstancias, sino en la confiabilidad de Aquel que había hablado. ***“Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”*** (Génesis 12:1). Salir implicaba pérdida.

Abraham debía abandonar estructuras conocidas, relaciones, seguridades y un ambiente dentro del cual sabía cómo desenvolverse. No podemos leer estas palabras con la velocidad de quien conoce toda la historia. Para nosotros, Abraham es el padre de la fe y sabemos que de él surgiría una nación. Conocemos las promesas, los pactos y el desarrollo posterior del propósito divino.

Abraham todavía no había vivido nada de eso. Solamente tenía una palabra. Pero esa palabra cambió el valor de Ur. Lo que hasta entonces había representado hogar, seguridad y pertenencia comenzó a convertirse en algo que debía ser dejado atrás. No porque la tierra se hubiera vuelto repentinamente malvada, sino porque una nueva información había llegado desde el cielo. Dios le había hablado de otro lugar.

Cuando Dios revela destino, permanecer también puede convertirse en una pérdida. Esto resulta difícil de comprender porque generalmente asociamos la pérdida con aquello que abandonamos. Vemos a Abraham salir y pensamos en todo lo que dejó. Pero pocas veces consideramos qué habría perdido si hubiera decidido quedarse.

Habría conservado su casa. Habría mantenido sus estructuras conocidas. Tal vez habría disfrutado de una existencia mucho más previsible. Pero habría perdido la participación consciente en un propósito eterno. No siempre perdemos cuando soltamos, a veces perdemos cuando retenemos.

Jesús estaba revelando precisamente esta paradoja cuando dijo que quien procurara salvar su vida terminaría perdiéndola. Existe una manera de protegernos tanto que finalmente quedamos fuera de aquello para lo cual fuimos llamados. Podemos aferrarnos a nuestra comodidad, seguridad y control hasta convertirlos en una prisión cuidadosamente decorada.

Nada malo parece ocurrir. Simplemente nada eterno ocurre a través de nosotros. Quizá este sea uno de los mayores peligros para la Iglesia contemporánea. Hemos aprendido a identificar con relativa facilidad los pecados que pueden destruir una vida, pero no siempre reconocemos las seguridades que pueden esterilizarla. Sabemos advertir acerca de vicios, inmoralidad y rebelión, pero pocas veces confrontamos la obsesión por conservar.

Conservar tiempo, conservar dinero, conservar comodidad, conservar reputación, conservar control. El problema es que el Reino avanza mediante personas dispuestas a responder cuando Dios convoca. Noé tuvo que construir, Abraham tuvo que salir, Moisés tuvo que regresar, los hebreos tuvieron que marchar, los discípulos tuvieron que

dejar sus redes. Cada uno encontró una palabra divina que demandaba una respuesta y, en cada caso, la obediencia implicaba colocar algo valioso en juego.

Por eso Santiago, hablando de Abraham, escribió: ***“¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?”*** (Santiago 2:22). La fe que nunca afecta nuestras inversiones puede terminar reducida a una convicción teórica.

Podemos afirmar que creemos en la eternidad y, sin embargo, organizar toda nuestra existencia como si esta vida fuera la única realidad. Podemos cantar acerca del Reino y continuar tomando cada decisión exclusivamente sobre la base de conveniencias terrenales. Podemos declarar que Dios es nuestro proveedor y vivir gobernados por un temor permanente a perder aquello que poseemos.

No estoy sugiriendo que debamos actuar irresponsablemente para demostrar nuestra fe. La imprudencia no se vuelve espiritual porque utilicemos vocabulario bíblico para justificarla. Jesús mismo enseñó acerca de calcular el costo antes de edificar una torre y utilizó la figura de un rey que evalúa sus posibilidades antes de enfrentar una guerra (**Lucas 14:28 al 32**).

El Reino no cancela la sabiduría. Cambia la información con la que hacemos nuestros cálculos. Un hombre que solamente conoce la tierra calcula según la tierra. Evalúa cuántos años puede vivir, cuánto dinero puede

acumular, qué posición puede alcanzar y cuánto placer puede obtener antes de morir. Dentro de esos parámetros, muchas decisiones del Reino parecen financieramente, socialmente e incluso emocionalmente absurdas, pero cuando la eternidad entra en la ecuación, todos los cálculos cambian.

Moisés es un ejemplo extraordinario. El autor de la carta a los hebreos declaró que ***“hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado”*** (Hebreos 11:24 y 25). Desde una perspectiva natural, Moisés realizó una pésima operación.

Tenía acceso a la estructura de poder de Egipto. Había sido criado dentro del ambiente de Faraón y disfrutaba de privilegios extraordinarios. Israel, en cambio, era un pueblo esclavizado. Moisés tuvo que escoger entre un palacio y un pueblo oprimido, y escogió a los esclavos. ¿Por qué?

El texto responde: ***“Teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón”*** (Hebreos 11:26). Moisés realizó una valoración, consideró algo “mayor”. Pesó riquezas contra riquezas y llegó a una conclusión que solamente puede comprenderse cuando aceptamos que su mirada alcanzaba una realidad superior a Egipto. ***“Tenía puesta la mirada en el galardón”***.

La expectativa de retorno no es ajena a la fe. Esto puede incomodar a quienes consideran que toda obediencia

verdaderamente espiritual debería realizarse sin ninguna conciencia de recompensa. Según esa idea, esperar algo de Dios disminuiría la pureza de nuestra entrega. Sin embargo, la Escritura no tiene problemas en hablar de galardón o recompensas.

Hebreos declara que quien se acerca a Dios debe creer que Él existe ***“y que es galardonador de los que le buscan”*** (Hebreos 11:6). Jesús habló de recompensa, los apóstoles hablaron de coronas, Pablo habló de premio. El problema no es esperar retorno, el problema es utilizar parámetros equivocados para definirlo.

Pedro expresó con absoluta sinceridad una inquietud que probablemente también ocupaba la mente de los demás discípulos. Después del encuentro de Jesús con el joven rico, dijo: ***“He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?”*** (Mateo 19:27). La pregunta podría parecer interesada. Pedro estaba haciendo cuentas. Había observado a un hombre incapaz de desprenderse de sus posesiones y repentinamente recordó su propia historia. Él había dejado redes, barca y una actividad conocida. Entonces preguntó lo que muchos quizá hubieran preferido callar: ¿qué tendremos?

Lo sorprendente es que Jesús no lo reprendió. No le dijo: “Pedro, me decepciona que pienses en recompensas”. Tampoco cuestionó la pureza de su motivación ni le enseñó que un verdadero discípulo jamás debería esperar recibir algo. Jesús le habló de retorno diciéndole: ***“Y cualquiera que***

***haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mateo 19:29).***

Debemos interpretar estas palabras con responsabilidad. Jesús no estaba presentando una fórmula matemática para transformar el discipulado en un mecanismo de enriquecimiento. La historia de los apóstoles sería suficiente para destruir semejante interpretación. Muchos de ellos atravesaron persecución, sufrimiento y martirio.

Sin embargo, Cristo afirmó claramente que ninguna entrega realizada verdaderamente por Su causa quedaría sin respuesta en la economía del Reino. Dios no es deudor de nadie. Esto no significa que podemos manipularlo mediante sacrificios. No colocamos cien monedas en una máquina celestial esperando que Dios nos entregue diez mil. El Reino no funciona según la codicia humana disfrazada de fe.

La recompensa de Dios siempre debe ser interpretada conforme a los valores de Dios. A veces recibiremos provisión. Otras veces, relaciones que jamás hubiéramos conocido. Recibiremos oportunidades, crecimiento, autoridad espiritual o una profundidad de comunión con Dios que no puede expresarse en cifras. Algunas inversiones producirán fruto delante de nuestros ojos y otras tendrán un retorno que solamente será plenamente revelado en la eternidad.

La fe no exige controlar la forma del retorno. Confía en el carácter del que prometió. Abraham murió sin ver físicamente todo lo anunciado. Hebreos dice que él y otros ***“conforme a la fe murieron sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo”*** (Hebreos 11:13). ¿Fueron malos inversores? De ninguna manera. El problema aparece cuando cerramos el balance antes de tiempo.

Si hubiéramos evaluado a José mientras estaba en prisión, probablemente habríamos considerado que sus años de fidelidad no estaban produciendo ningún beneficio. Si observáramos a David escondido en una cueva mientras Saúl ocupaba el trono, podríamos preguntarnos para qué había servido la unción de Samuel. Si analizáramos a Pablo dentro de una cárcel, quizá concluiríamos que su obediencia apostólica lo había conducido al fracaso. Pero una inversión eterna no puede evaluarse correctamente utilizando solamente resultados temporales.

Aquí la fe se vuelve indispensable. No porque nos obligue a negar la realidad presente, sino porque nos impide convertir el presente en la totalidad de la realidad. Noé construyó mirando algo que todavía no veía. Abraham caminó hacia una tierra que aún no conocía. Moisés dejó Egipto mirando el galardón. Los discípulos abandonaron sus redes siguiendo a un Rey cuyo Reino todavía no comprendían completamente. Todos entregaron algo, todos parecieron perder algo. Pero la pérdida adquirió otra

naturaleza porque estaba vinculada con una palabra, una causa y un propósito eterno.

Quizá ahora podamos comprender mejor las palabras de Jesús. ***“El que quiera salvar su vida, la perderá”***. Quien hace de la conservación el objetivo supremo de su existencia terminará descubriendo que conservó algo que inevitablemente debía entregar. Habrá protegido sus días, sus fuerzas y sus recursos, pero finalmente la muerte abrirá sus manos y le quitará aquello que procuró retener.

***“Y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”***. Aquí está el misterio. Cristo nos invita a entregar voluntariamente aquello que, de todas maneras, un día tendremos que soltar. Pero nos permite hacerlo antes, conscientemente y conforme a un propósito que transforma la pérdida en inversión.

La fe no es una apuesta ciega. Es la respuesta de alguien que ha recibido información del cielo. Por eso algunas decisiones parecerán absurdas para quienes no escucharon lo que nosotros escuchamos. Algunas renunciaciones serán incomprensibles para quienes no han visto aquello que nosotros hemos contemplado. No debemos despreciarlos ni utilizar nuestra obediencia para sentirnos superiores. Simplemente estamos realizando nuestros cálculos con información diferente.

Sabemos que existe un Reino, sabemos que hay eternidad, sabemos que Dios es fiel, sabemos que ninguna

obediencia nacida verdaderamente de Su voluntad será finalmente olvidada. Y sabemos algo más, que la vida no encuentra su verdadero valor cuando logramos conservarla intacta, la encuentra cuando descubrimos una causa suficientemente eterna como para entregarla.

Jesús tenía doce años cuando expresó una conciencia que gobernaría toda Su existencia terrenal. Sus padres lo habían buscado angustiados y finalmente lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley. Cuando María le habló de la preocupación que habían experimentado, Él respondió con una pregunta sorprendente: “*¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?*” (Lucas 2:49). Tal vez allí encontremos la siguiente gran pregunta de nuestro recorrido. Si verdaderamente hemos recibido vida del Padre, ¿conocemos Sus negocios?



## Capítulo cinco

### LOS NEGOCIOS DE MI PADRE

***“Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”***

Lucas 2:49

Jesús tenía apenas doce años cuando pronunció estas palabras. La escena es conocida. José y María habían viajado a Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua y, terminado aquel tiempo, emprendieron el regreso junto con la compañía de peregrinos. Después de una jornada de camino descubrieron que Jesús no estaba entre sus familiares y conocidos, por lo que regresaron angustiados a la ciudad para buscarlo. Tres días después lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

María reaccionó como probablemente hubiera reaccionado cualquier madre, diciéndole: ***“Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia”*** (Lucas 2:48). Entonces Jesús respondió mediante una pregunta que revela una conciencia

extraordinaria para alguien de Su edad: ***“¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”***

No pretendo entrar en las diferentes posibilidades de traducción de esta expresión. Algunas versiones dicen “en la casa de mi Padre”, mientras otras hablan de “los asuntos de mi Padre” o de ocuparse “de las cosas de mi Padre”. Todas comunican una idea fundamental: Jesús poseía una profunda conciencia de pertenencia y propósito. Sabía quién era Su Padre y comprendía que los intereses del Padre tenían relación directa con Su propia existencia.

Esto me resulta profundamente confrontativo. Muchos creyentes conocen la casa del Padre, pero pocos parecen interesados en Sus asuntos.

Disfrutamos de aquello que recibimos mediante nuestra relación con Dios. Celebramos Su amor, descansamos en Su gracia, buscamos Su protección y confiamos en Su provisión. Hemos aprendido correctamente que no somos esclavos procurando ganar un lugar mediante nuestros esfuerzos, sino hijos recibidos en Cristo. El Nuevo Pacto nos ha introducido en una relación que jamás hubiéramos podido alcanzar mediante méritos humanos y el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

Todo esto es glorioso. Sin embargo, existe una diferencia entre disfrutar de la paternidad y comprender el corazón del Padre. Un niño pequeño puede vivir felizmente

dentro de la casa sin tener la menor idea de aquello que ocupa a sus padres. Come, duerme, juega y disfruta de la seguridad del hogar. Si necesita algo, simplemente lo pide. No conoce las responsabilidades que permiten sostener la casa ni comprende los proyectos familiares. Su ignorancia no es incorrecta; corresponde a su etapa de desarrollo. El problema aparece cuando pasan los años y nada cambia.

Pablo escribió a los gálatas: ***“Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo”*** (Gálatas 4:1). El apóstol estaba desarrollando una verdad relacionada con la ley y la llegada del cumplimiento en Cristo, pero la figura utilizada contiene un principio evidente: alguien puede ser heredero y, sin embargo, vivir sin comprender la dimensión de aquello que le pertenece. “La herencia determina su posición, pero solo la madurez determina su participación”.

Hay hijos que solamente conocen el lenguaje de la necesidad. Toda su relación con el Padre está organizada alrededor de aquello que esperan recibir. Oran cuando necesitan una respuesta, buscan dirección cuando enfrentan una decisión y se acercan con intensidad cuando una crisis amenaza su estabilidad. No necesariamente son personas hipócritas. Aman sinceramente a Dios y creen en Él, pero su comprensión de la relación continúa girando principalmente alrededor de sí mismos.

Señor, ayúdame. Señor, sáname. Señor, provéeme. Señor, protégeme. Señor, abre una puerta. Señor, resuelve este

problema. No hay nada incorrecto en estas oraciones. Jesús mismo enseñó a pedir y la Escritura nos invita a presentar nuestras peticiones delante de Dios. Un Padre que conoce nuestras necesidades no se molesta porque Sus hijos se acerquen buscando ayuda. El problema no está en pedir. El problema aparece cuando nunca preguntamos qué desea Él.

Tal vez hemos pasado años hablando con Dios acerca de nuestros negocios sin interesarnos demasiado por los negocios del Padre. Jesús vivió de una manera completamente diferente. Él decía: ***“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34).*** Estas palabras fueron pronunciadas después de Su conversación con la mujer samaritana. Los discípulos habían ido a comprar alimentos y, cuando regresaron, insistieron para que Jesús comiera. Él respondió que tenía una comida que ellos no conocían y luego explicó que hacer la voluntad del Padre y terminar Su obra producía en Él una satisfacción comparable con el alimento.

Jesús no participaba del propósito del Padre como quien cumple una pesada obligación religiosa. Encontraba alimento en ello. Esto revela algo extraordinario acerca de la madurez espiritual. Cuando una persona comienza a comprender el corazón de Dios, servir a Su propósito deja de ser exclusivamente una demanda y comienza a convertirse en satisfacción. Aquello que desde afuera parece sacrificio puede producir una profunda plenitud en quien ha descubierto para qué vive.

He conocido personas agotadas haciendo cosas que Dios nunca les pidió y otras profundamente fortalecidas mientras entregaban enormes cantidades de energía al propósito divino. La diferencia no siempre estaba en la intensidad del trabajo, sino en la fuente de la asignación.

La voluntad del Padre alimentaba a Jesús. Por eso podía decir: ***“Me es necesario hacer las obras del que me envió” (Juan 9:4).*** Observemos nuevamente la expresión: ***“me es necesario”***. A los doce años dijo que le era necesario estar en los asuntos de Su Padre y, años después, continuaba utilizando un lenguaje semejante.

Existía una necesidad interior, no una presión religiosa, no una culpa, no el temor de perder el amor del Padre. Jesús vivía desde una identidad perfectamente establecida. Antes de comenzar públicamente Su ministerio, antes de sanar enfermos, multiplicar panes o predicar a las multitudes, escuchó la voz del Padre declarando: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17).***

La aprobación precedió a la obra. Esto es esencial dentro del Nuevo Pacto. Nosotros tampoco trabajamos para convertirnos en hijos. No invertimos nuestra vida procurando obtener una aceptación que Cristo ya nos otorgó. No participamos de los asuntos del Padre para demostrar que merecemos permanecer en Su casa. Hemos sido recibidos por gracia y unidos al Hijo. Pero precisamente porque somos hijos podemos comenzar a interesarnos en aquello que interesa al Padre.

La gracia no produce indiferencia. La verdadera gracia nos introduce en comunión. Pablo escribió: ***“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor”*** (1 Corintios 1:9). Comunión significa participación, compartir, tener algo en común. Dios no nos llamó simplemente a recibir beneficios procedentes de Cristo, sino a participar de Su vida. Y la vida de Cristo está completamente orientada hacia el Padre.

Por eso una Iglesia verdaderamente cristocéntrica no puede permanecer eternamente concentrada en sí misma. Si Cristo vive en nosotros, Su pasión por la voluntad del Padre comenzará inevitablemente a confrontar nuestra obsesión con nuestros propios intereses.

Pablo lo expresó de una manera dolorosa cuando escribió a los filipenses acerca de Timoteo: ***“Pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús”*** (Filipenses 2:20 y 21). ***“Todos buscan lo suyo propio”***. La frase resulta inquietantemente contemporánea.

Podemos vivir dentro de la Iglesia y continuar buscando principalmente lo nuestro. Podemos utilizar vocabulario espiritual, participar de reuniones y conocer correctamente la doctrina mientras nuestra energía interior continúa gobernada por intereses personales.

Podemos pensar en función de nosotros mismos y decir continuamente: Mi crecimiento, mi ministerio, mi reconocimiento, mi familia, mi bienestar, mi sueño, mi propósito... Incluso la palabra “propósito”, tan utilizada en nuestros días, puede volverse peligrosamente antropocéntrica cuando olvidamos que el propósito eterno no nació dentro de nosotros.

Dios no existe para ayudarnos a cumplir nuestros sueños. Nosotros fuimos creados en Cristo para participar de Su propósito. Pablo habla del **“propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor” (Efesios 3:11)**. Antes de que nosotros apareciéramos, Dios ya tenía propósito. Antes de que descubriéramos nuestros dones, Él ya estaba obrando. Antes de que aprendiéramos a pronunciar la palabra “ministerio”, el Padre ya estaba avanzando hacia aquello que determinó en Sí mismo.

La gran pregunta no es cómo podemos convencer a Dios para que participe de nuestros proyectos. La pregunta es cómo podemos participar de aquello que Él está haciendo. Jesús dijo: **“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19)**. Qué declaración extraordinaria. ¡Jesús observaba al Padre!

Su ministerio no nacía simplemente de la capacidad que poseía. Si pensamos en términos de potencial, nadie tuvo jamás mayor potencial espiritual que Cristo. Sin embargo, Él no recorría las aldeas realizando todo aquello que podía

hacer, solo hacía lo que veía hacer al Padre. Esto significa que tener capacidad no define automáticamente una asignación.

Jesús podía sanar, pero no sanó a todos los enfermos de Israel. Podía multiplicar alimentos, pero no eliminó el hambre del Imperio romano. Podía enseñar, pero hubo ciudades que apenas recibieron Su ministerio. La necesidad humana era inmensa y Su capacidad extraordinaria, pero Jesús nunca permitió que la necesidad definiera independientemente Su agenda. Vivía atento al Padre.

Quizá nosotros necesitamos recuperar esa conciencia. La Iglesia contemporánea ha desarrollado una extraordinaria capacidad para crear actividades. Podemos organizar programas, congresos, reuniones, proyectos y estrategias. Si algo funciona en determinado lugar, rápidamente procuramos reproducirlo en otros. Observamos resultados y construimos modelos.

No necesariamente hay algo incorrecto en aprender de otros. La sabiduría puede observar y recibir. Sin embargo, existe un peligro cuando sustituimos la revelación de lo que el Padre está haciendo por la imitación de aquello que otros están haciendo. Los negocios del Padre no se administran mediante franquicias espirituales. Necesitamos ver, oír, discernir.

Jesús dijo: ***“Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace” (Juan 5:20).*** El Padre muestra,

el Hijo participa. Aquí encontramos una de las expresiones más hermosas de la relación entre paternidad y propósito. Jesús no trabajaba intentando impresionar al Padre. El Padre amaba al Hijo y, dentro de esa relación de amor, le mostraba aquello que hacía. La revelación precedía a la participación.

Tal vez hemos intentado involucrar a demasiadas personas en actividades del Reino sin ayudarlas primero a conocer el corazón del Padre. Les entregamos tareas, horarios y responsabilidades, pero no siempre les permitimos comprender por qué hacemos lo que hacemos. Entonces producen actividad sin desarrollar conciencia. Un empleado puede cumplir instrucciones sin conocer los intereses del dueño. Un hijo maduro desea comprenderlos.

Recuerdo haber observado en diferentes ámbitos empresariales cómo determinadas personas realizaban exactamente aquello que se les pedía y nada más. Cumplían su horario, completaban una tarea y consideraban terminada su responsabilidad. Otras, en cambio, comenzaban a comprender el funcionamiento general del negocio. Detectaban problemas antes de recibir una orden, cuidaban recursos y proponían soluciones porque habían desarrollado una conciencia más amplia.

No trabajaban solamente en el negocio, sino que habían comenzado a pensar en el negocio. Espiritualmente ocurre algo semejante. Hay creyentes que preguntan permanentemente qué deben hacer. Necesitan instrucciones precisas para cada acción. ¿Tengo que orar? ¿Cuánto tiempo?

¿Debo servir? ¿En qué horario? ¿Tengo que dar? ¿Cuánto exactamente? Su relación con Dios parece necesitar permanentemente una lista de obligaciones, pero no son impulsadas por la revelación.

La madurez comienza a formular otra clase de preguntas. Padre, ¿qué estás haciendo? ¿Qué amas? ¿Qué deseas expresar? ¿Qué estás procurando formar en esta generación? ¿Dónde puedo participar?

No se trata de vivir buscando experiencias místicas ni de inventar respuestas divinas para justificar nuestras preferencias. Dios ya ha revelado en las Escrituras la esencia de Su propósito y jamás nos conducirá en contradicción con Su Palabra. Pero dentro de ese propósito eterno existen asignaciones, temporadas y oportunidades que necesitan ser discernidas.

Pablo comprendía esto. Cuando el Señor lo alcanzó camino a Damasco, realizó dos preguntas fundamentales: “¿*Quién eres, Señor?*” y “¿*Qué quieres que yo haga?*” (**Hechos 9:5 y 6**). Identidad y asignación. Conocer al Señor y comprender cómo participar de Su voluntad.

La primera pregunta sin la segunda puede producir una espiritualidad contemplativa que nunca se convierte en obediencia. La segunda sin la primera puede generar activismo religioso. Necesitamos ambas. “¿Quién eres?” “¿Qué quieres que haga?”

Cuando conocemos al Señor, Su voluntad deja de ser una orden procedente de un desconocido. Cuando comprendemos Su corazón, comenzamos a confiar incluso en asignaciones que no entendemos completamente. Por eso Jesús pudo llegar a Getsemaní y decir: ***“No se haga mi voluntad, sino la tuya”*** (Lucas 22:42). No era resignación fatalista, era confianza filial. El Hijo conocía al Padre, sabía que detrás de la copa existía un propósito eterno y, aunque Su humanidad experimentaba la angustia real de aquello que enfrentaría, Su vida estaba completamente rendida a los intereses del Padre.

Aquí debemos ser cuidadosos. Participar de los negocios del Padre no significa abandonar nuestras familias, empleos y responsabilidades para pasar todo el día dentro de un edificio congregacional. Esa interpretación ha producido mucho daño y ha creado una división artificial entre actividades espirituales y seculares.

Jesús vivió treinta años antes de comenzar Su ministerio público. Trabajó, participó de la vida familiar, conoció la realidad cotidiana de Su pueblo y se desenvolvió normalmente. El Reino no convierte cada actividad en una reunión religiosa.

Los negocios del Padre pueden involucrar a una madre formando a sus hijos, a un empresario administrando con justicia, a un maestro enseñando con excelencia o a un creyente manifestando el carácter de Cristo en un ambiente

completamente hostil a la fe. El asunto no es dónde estamos. El asunto es para quién vivimos.

Pablo escribió: ***“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres” (Colosenses 3:23). “Todo lo que hagáis”.*** Cuando la conciencia del Reino gobierna nuestra vida, actividades aparentemente comunes pueden adquirir propósito eterno. Una conversación puede convertirse en una oportunidad divina. Una profesión puede ser un territorio de influencia. Una casa puede transformarse en un lugar de hospitalidad y una capacidad administrativa puede servir al avance de proyectos que jamás podrían sostenerse sin ella.

No todos participamos de la misma manera, pero todos podemos participar. Jesús explicó esta verdad mediante parábolas que contienen un lenguaje sorprendentemente relacionado con los negocios. En **Mateo 25** habló de un hombre que, yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. ***“A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad” (Mateo 25:15).***

Los bienes pertenecían al señor. Los siervos recibieron administración. El que recibió cinco talentos ***“fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos”***. El que recibió dos hizo lo mismo. Ambos comprendieron que aquello colocado en sus manos tenía una finalidad. El tercer siervo actuó de manera diferente. Cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. No lo robó, no lo gastó en una vida desordenada, no huyó con el capital. Simplemente lo conservó y lo escondió.

Cuando el señor regresó, el siervo pudo entregarle exactamente aquello que había recibido: *“Aquí tienes lo que es tuyo”* (Mateo 25:25). Humanamente podríamos considerar que había sido cuidadoso, porque no produjo pérdidas. Pero el señor lo llamó *“malo y negligente”*. Esto es profundamente confrontativo. Porque nuestra comprensión de la fidelidad puede estar demasiado relacionada con la conservación.

Hay creyentes que consideran haber cumplido correctamente con Dios porque evitaron determinados pecados. No adulteraron, no robaron, no abandonaron la congregación y procuraron mantener una conducta moralmente aceptable. Todo eso tiene valor y la santidad jamás debería ser minimizada.

Pero quizá un día la pregunta no sea solamente qué evitamos hacer. También puede ser qué hicimos con aquello que recibimos. Tal vez el Señor mirándonos a los ojos nos pregunte: ¿Qué hiciste con la gracia que te entregué? ¿Qué hiciste con tu capacidad? ¿Qué hiciste con las oportunidades? ¿Qué hiciste con aquello que aprendiste? ¿Qué hiciste con la influencia que te permití tener? ¿Qué hiciste con la palabra que puse en tu boca? ¿Qué hiciste con lo mío?

El tercer siervo tenía una respuesta, simplemente dijo “Lo enterré”. Esta parábola debería producir en nosotros una seria reflexión. Es posible proteger algo hasta volverlo improductivo. Podemos cuidar tanto nuestra vida que jamás llegue a ser verdaderamente útil. Podemos evitar riesgos,

conservar fuerzas y mantenernos dentro de territorios perfectamente controlados mientras el propósito del Padre permanece esperando nuestra participación. La negligencia no siempre tiene apariencia de rebelión. A veces parece prudencia.

En **Lucas 19** encontramos otra parábola semejante, aunque con diferencias que no deberíamos ignorar. Un hombre noble se fue a un país lejano para recibir un reino y volver. Antes de partir llamó a diez siervos, les entregó diez minas y les dijo: ***“Negociad entre tanto que vengo”*** (**Lucas 19:13**). La expresión es extraordinaria: ***“Entre tanto que vengo”***.

Existe un período entre la entrega y el regreso. Ese es el tiempo de la administración. Los siervos no podían controlar cuándo regresaría el señor, pero sí podían decidir qué hacer mientras tanto. Habían recibido capital y una instrucción. Él les dijo: ***“Negociad”***. No les dijo duerman cuidando los recursos. Les dijo, hagan algo con lo recibido.

La Iglesia vive precisamente en ese “entre tanto”. Cristo vino, Cristo venció, Cristo resucitó, Cristo ascendió y Cristo volverá. ¿Qué hacemos entre tanto? Podemos dedicar décadas a discutir fechas, señales y posibles escenarios escatológicos mientras descuidamos la instrucción fundamental del Rey. No sabemos el día ni la hora de Su regreso, pero sabemos perfectamente que no fuimos llamados a enterrar aquello que recibimos. ***“Negociad entre tanto que vengo...”***

Los negocios del Padre continúan, el evangelio del Reino debe ser anunciado, los santos necesitan ser perfeccionados, las generaciones deben ser formadas, la verdad necesita ser enseñada, los quebrantados necesitan encontrar restauración, la justicia del Reino debe ser manifestada. Cristo debe ser expresado mediante Su Cuerpo, no porque Dios sea incapaz de realizar Su propósito sin nosotros, sino porque decidió concedernos el extraordinario privilegio de participar.

Pablo dijo que somos ***“colaboradores de Dios”*** (1 **Corintios 3:9**). ¡Qué expresión! Colaboradores, no espectadores, no clientes del Reino, no consumidores de beneficios espirituales, sino colaboradores de Dios. Tal vez necesitamos revisar la manera en que hemos comprendido nuestra relación con el Padre. Hemos aprendido a entrar en Su casa, sentarnos a Su mesa y disfrutar de nuestra identidad como hijos. Todo eso pertenece gloriosamente al Nuevo Pacto.

Pero quizá el Padre está esperando que levantemos la mirada del plato y preguntemos qué está haciendo. No para convertirnos en esclavos, sino precisamente porque somos hijos. Jesús sabía perfectamente quién era Su Padre y por eso, a los doce años, comenzó a expresar una conciencia que gobernaría toda Su existencia: ***“En los negocios de mi Padre me es necesario estar”***.

Tal vez ha llegado el momento de realizar una pregunta semejante. Padre, ¿cuáles son Tus intereses? ¿Dónde estás

trabajando? ¿Qué deseas producir? ¿Qué has colocado en mis manos para que pueda participar? Porque un día el Señor regresará y aquello que hoy llamamos dones, oportunidades, recursos y capacidades será observado desde una perspectiva completamente diferente. Entonces no bastará con decir que conservamos lo recibido.



## Capítulo seis

### LA PROFECÍA NO ES UN CHEQUE PARA COBRAR

***“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia”.***

1 Timoteo 1:18

Durante muchos años he observado la manera en que algunos creyentes se relacionan con las palabras proféticas que reciben. Generalmente existe una profunda emoción cuando alguien comunica una palabra acerca del futuro, especialmente cuando anuncia crecimiento, expansión, influencia o una nueva temporada.

La persona guarda aquella declaración, la escribe, la comparte con quienes considera cercanos y, durante un tiempo, vuelve repetidamente sobre ella procurando recordar cada detalle. Todo esto puede ser perfectamente comprensible, porque cuando creemos que Dios ha hablado, Sus palabras adquieren un valor extraordinario para nosotros. Sin embargo, existe un peligro que pocas veces consideramos, y es que podemos transformar una palabra

profética en una especie de cheque espiritual que simplemente esperamos cobrar.

La imagen puede parecer demasiado comercial, pero expresa con bastante precisión una mentalidad extendida. Alguien recibe una palabra, la guarda cuidadosamente y comienza a esperar que, en determinado momento, Dios produzca todo aquello que fue anunciado. Si pasan los años y las circunstancias no parecen acercarse a la promesa, la persona puede regresar una y otra vez delante del Señor diciendo, en esencia: “Tú dijiste esto y todavía no lo he recibido”. La profecía termina siendo presentada delante de Dios como un documento que acredita una deuda pendiente.

No estoy cuestionando la fidelidad divina ni sugiriendo que debemos relativizar aquello que verdaderamente procede de Dios. La Escritura está llena de hombres y mujeres que se sostuvieron durante años sobre una palabra recibida y la carta a los hebreos declara que debemos ser ***“imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas”*** (Hebreos 6:12). Dios es fiel y ninguna palabra que verdaderamente haya salido de Su boca perderá su capacidad por el simple paso del tiempo. Sin embargo, debemos comprender que muchas veces la revelación de un futuro no nos fue entregada para convertirnos en espectadores pasivos de su cumplimiento, sino para enseñarnos dónde debemos invertir nuestra obediencia presente.

Pablo le escribió a Timoteo: ***“Conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia” (1 Timoteo 1:18)***. Resulta interesante que el apóstol no le diga simplemente que recuerde las profecías, que las archive cuidadosamente o que espere con paciencia hasta verlas cumplidas. Timoteo debía militar conforme a ellas. Aquellas palabras contenían información relacionada con su asignación y, por lo tanto, debían afectar la manera en que enfrentaba sus responsabilidades presentes.

La profecía no reemplazaba la batalla; le mostraba por qué valía la pena pelearla. Esta verdad puede observarse repetidamente en la Escritura. Dios revela algo acerca del futuro y esa revelación comienza a demandar decisiones en el presente. La palabra divina no siempre elimina el proceso que conduce al cumplimiento; muchas veces le otorga dirección. Quien ha recibido información del cielo sabe dónde colocar sus fuerzas, qué debe proteger y cuáles son las decisiones que no puede tomar livianamente.

José constituye uno de los ejemplos más conocidos. Siendo todavía muy joven tuvo sueños que anunciaban una posición de autoridad. Vio manojos inclinándose delante del suyo y posteriormente contempló el sol, la luna y once estrellas rindiéndole homenaje. José no comprendía todavía todas las implicaciones de aquellas imágenes y probablemente tampoco poseía la madurez necesaria para administrarlas correctamente, pero algo acerca de su futuro había sido revelado.

Lo sorprendente es que, después de los sueños, las circunstancias parecieron avanzar exactamente en la dirección contraria. Sus hermanos lo arrojaron dentro de una cisterna, fue vendido como esclavo y terminó sirviendo en la casa de Potifar. Más tarde, después de actuar con integridad frente a la propuesta de la mujer de su amo, fue acusado falsamente y enviado a prisión.

Si la profecía fuera simplemente un cheque para cobrar, José podría haber pasado aquellos años preguntándose cuándo Dios cumpliría Su deuda. Después de todo, él no había inventado los sueños. La revelación había llegado antes de la cisterna, antes de la esclavitud y antes de la cárcel. Sin embargo, mientras el futuro anunciado permanecía aparentemente distante, José continuó administrando correctamente el presente que tenía delante.

Sirvió en la casa de Potifar, administró, rechazó el pecado, conservó integridad, sirvió dentro de la prisión, interpretó los sueños de otros y esperó su tiempo. Es importante observar que ninguna de estas acciones parecía producir inmediatamente el cumplimiento de sus propios sueños. Cuando José decidió huir de la mujer de Potifar, su integridad no lo acercó visiblemente al palacio; lo condujo a una cárcel. Desde una perspectiva superficial, hacer lo correcto empeoró su situación. Sin embargo, José estaba siendo formado para aquello que había visto.

Los sueños anunciaban autoridad, pero la autoridad requería administración. La imagen de los manojos

inclinándose delante de él no explicaba los años de formación necesarios para gobernar durante una crisis internacional. José había recibido una visión del destino, pero todavía debía desarrollar la capacidad para habitarlo.

Esto debería ayudarnos a comprender algo fundamental: una palabra acerca de nuestro futuro no significa necesariamente que hoy estamos preparados para vivirlo. Dios puede revelar destino antes de completar formación.

Lo hizo con David. Samuel llegó a la casa de Isaí y, después de observar a sus hijos mayores, finalmente pidió que llamaran al joven que estaba cuidando las ovejas. Cuando David entró, Jehová dijo: ***“Levántate y úngelo, porque este es” (1 Samuel 16:12).*** Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos.

La palabra era clara, la unción había sido real, pero David no se sentó en el trono al día siguiente. Regresó a las ovejas. Existe algo profundamente pedagógico en esa escena. Un hombre puede ser ungido para una asignación futura y todavía necesitar regresar a responsabilidades aparentemente pequeñas. Nosotros probablemente hubiéramos organizado inmediatamente una conferencia acerca del nuevo rey de Israel. Habríamos producido materiales promocionales, anunciado la palabra recibida y comenzado a construir una plataforma alrededor de la unción. Sin embargo, Dios permitió que David regresara al campo.

La profecía había revelado quién llegaría a ser, pero ahora comenzaba el proceso que demostraría qué haría con esa información. Años después, David tendría oportunidades concretas para acelerar el cumplimiento de la palabra. Saúl lo perseguía y, en más de una ocasión, quedó vulnerable delante de él. Los hombres de David interpretaron aquellas circunstancias como una confirmación divina.

***“Este es el día de que te dijo Jehová: He aquí yo entrego a tu enemigo en tu mano.”***

1 Samuel 24:4

La oportunidad parecía perfecta. David había sido ungido rey. Saúl estaba persiguiéndolo injustamente. Ahora el hombre que ocupaba el trono estaba completamente expuesto. ¿No era acaso el momento de ayudar a la profecía? Sin embargo, David se negó. Comprendió que haber recibido información acerca de su futuro no le otorgaba permiso para utilizar métodos contrarios al carácter de Dios. Podía saber hacia dónde iba y, al mismo tiempo, desconocer exactamente cómo Dios lo llevaría hasta allí. Por eso decidió conservar sus manos limpias y permitir que el Señor administrara los tiempos.

Aquí encontramos un equilibrio extraordinario. José no fue pasivo, David tampoco fue apresurado. Uno administró diligentemente cada oportunidad y el otro se negó a fabricar mediante la carne aquello que Dios había prometido producir conforme a Su voluntad. Ambos comprendieron, de diferentes maneras, que una palabra

divina demanda responsabilidad, pero nunca nos autoriza a manipular su cumplimiento.

Este equilibrio es necesario porque, al hablar de invertir conforme a una palabra profética, podríamos caer fácilmente en otro extremo. Alguien podría pensar que debe producir mediante esfuerzo humano aquello que Dios le anunció. Entonces comenzará a forzar puertas, a construir relaciones interesadas y a utilizar cada circunstancia como una oportunidad para empujar la profecía hacia su cumplimiento, pero eso no debe ser así.

Abraham conoció el peligro de esta dinámica. Dios le había prometido descendencia. La palabra era clara, pero los años pasaban y Sara continuaba siendo estéril. En determinado momento apareció una solución humanamente razonable. Agar podía darle un hijo y, culturalmente, semejante decisión tenía precedentes comprensibles. Entonces Ismael nació, pero Ismael no era Isaac.

Abraham había intentado resolver mediante una estrategia humana la tensión producida por una promesa divina y las consecuencias de aquella decisión atravesaron generaciones. Esto no significa que Ismael careciera de valor delante de Dios. El Señor lo bendijo y atendió el clamor de Agar. Sin embargo, el propósito del pacto continuaría mediante Isaac. No toda acción es inversión correcta simplemente porque procura acercarnos a una promesa. También podemos invertir equivocadamente en aquello que Dios verdaderamente nos habló.

Una persona puede recibir una palabra acerca de un ministerio y comenzar a invertir en imagen en lugar de carácter. Puede creer que Dios la utilizará públicamente y dedicar enormes esfuerzos a construir visibilidad mientras descuida su vida secreta. Alguien puede recibir una promesa relacionada con recursos y comenzar a tomar decisiones financieras imprudentes suponiendo que el futuro anunciado compensará cualquier irresponsabilidad presente.

La profecía no cancela la sabiduría, tampoco sustituye la obediencia. Habacuc recibió una visión y Dios le dijo: ***“Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella” (Habacuc 2:2).*** Me resulta particularmente interesante la relación entre visión y movimiento. La revelación debía ser escrita con claridad porque produciría dirección en quienes la recibieran. ***“Para que corra el que leyere en ella”***. La visión muestra hacia dónde correr, pero no corre por nosotros.

Puede señalar destino, establecer parámetros y otorgar esperanza durante temporadas difíciles, pero todavía tendremos que responder. Habrá decisiones que tomar, hábitos que desarrollar y obediencias que sostener cuando las emociones producidas por la palabra inicial hayan desaparecido. Porque las profecías emocionan cuando son recibidas, pero los procesos no siempre.

Resulta agradable escuchar que Dios nos utilizará, pero quizá no sea igualmente emocionante descubrir los años de preparación que esa utilización demandará. Podemos

celebrar una palabra acerca de influencia y luego resistir las correcciones que formarían nuestro carácter para administrarla. Nos entusiasma escuchar acerca de expansión, pero no siempre deseamos desarrollar la disciplina necesaria para sostener aquello que pedimos. Queremos el futuro anunciado sin invertir en la formación que puede recibirlo.

Daniel ofrece una perspectiva diferente y profundamente enriquecedora. El profeta estaba estudiando los escritos de Jeremías cuando comprendió ***“el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años”*** (Daniel 9:2). Daniel recibió información profética acerca del tiempo. El profeta Jeremías había hablado, Dios había establecido un período, los setenta años llegarían a su cumplimiento.

Entonces: ¿Qué hizo Daniel cuando comprendió la profecía? ***“Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza”*** (Daniel 9:3). Esto es extraordinario. Daniel no cerró el libro y dijo: “Perfecto, solamente debemos esperar”. La certeza de aquello que Dios había anunciado no produjo pasividad; produjo intercesión. La profecía le permitió comprender el momento espiritual que estaba viviendo y orientó su inversión presente. La revelación convirtió su oración en una participación consciente del propósito divino.

Tal vez aquí encontramos una de las funciones más importantes de la profecía bíblica: permitir que los hombres

comprendan lo que Dios está haciendo para que puedan posicionarse responsablemente delante de Él.

Cuando la profecía es utilizada exclusivamente para satisfacer curiosidad acerca del futuro, pierde buena parte de su propósito. La revelación no nos fue entregada para convertirnos en espectadores privilegiados de acontecimientos venideros. Dios habla porque desea producir una respuesta.

Noé recibió información y construyó. Abraham recibió una palabra y caminó. Moisés recibió una asignación y regresó a Egipto. Israel recibió una promesa acerca de la tierra y tuvo que marchar hacia ella. Daniel comprendió los tiempos y oró. Timoteo recibió profecías y Pablo le dijo que militara conforme a ellas. Existe un patrón imposible de ignorar.

La Palabra de Dios convoca, por eso Santiago confrontó la posibilidad de una fe completamente separada de la acción. ***“¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?” (Santiago 2:20).*** Luego presenta precisamente a Abraham y recuerda el momento en que ofreció a Isaac sobre el altar. ***“¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?” (Santiago 2:22).*** La verdadera fe produce una administración diferente del presente.

Si creo que Dios me ha llamado a enseñar, debería invertir en aprender. Si comprendo que existe una asignación

pastoral sobre mi vida, necesito permitir que Dios forme en mí un corazón capaz de cuidar personas y no solamente una habilidad para predicar. Si he recibido una palabra relacionada con naciones, quizá debería comenzar a desarrollar la capacidad de comprender culturas diferentes y abandonar prejuicios que limitarían mi servicio. No estoy creando fórmulas, estoy hablando de coherencia.

A veces esperamos que el futuro llegue para comenzar a prepararnos para él. Queremos recibir la oportunidad y después desarrollar la capacidad. Sin embargo, muchas puertas solamente pueden ser administradas correctamente por personas que invirtieron antes de que fueran abiertas. José aprendió administración antes de administrar Egipto. David aprendió a cuidar ovejas antes de pastorear una nación. Moisés conoció el desierto antes de conducir un pueblo a través de él. Pablo pasó años recibiendo revelación y siendo formado antes de convertirse en una de las voces apostólicas más influyentes de la Iglesia. Dios no desperdicia procesos, pero nosotros sí podemos hacerlo.

Jesús dijo: ***“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel” (Lucas 16:10).*** Nosotros deseamos lo más antes de tiempo, pero Dios observa nuestra administración de lo poco. No porque quiera mantenernos permanentemente en lugares reducidos, sino porque el presente revela la manera en que administramos. Quien desprecia una pequeña oportunidad probablemente no ha comprendido todavía la naturaleza del propósito.

Una profecía puede mostrarnos un árbol. Dios quizá coloque una semilla en nuestras manos. Entonces aparece nuestra responsabilidad. ¿Cuidaremos la semilla o pasaremos años reclamando el árbol? He conocido personas que recuerdan palabras proféticas recibidas décadas atrás y todavía hablan de ellas con emoción. Algunas pueden repetir casi textualmente aquello que alguien declaró sobre sus vidas. Sin embargo, cuando observo su recorrido, en ciertos casos encuentro muy poca inversión relacionada con lo anunciado.

Esperaron, pero no administraron. Creyeron que la profecía produciría automáticamente el futuro y nunca comprendieron que quizá Dios les estaba entregando información para orientar sus decisiones. Esto no significa que todo incumplimiento aparente de una palabra profética sea responsabilidad de quien la recibió. Debemos reconocer que existen palabras humanas presentadas equivocadamente como divinas, interpretaciones incorrectas y declaraciones que jamás procedieron del Espíritu Santo. Pablo mismo enseñó: ***“No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno”*** (1 Tesalonicenses 5:20 y 21).

Aclaro esto porque no deseo generar frustración. La profecía debe ser examinada. No todo lo que alguien pronuncia en nombre de Dios fue dicho por Dios. Pero cuando verdaderamente hemos recibido una palabra confirmada por el Espíritu, coherente con las Escrituras y reconocida dentro de un proceso espiritual saludable,

debemos preguntarnos qué responsabilidad produce esa revelación en nosotros.

Tal vez la pregunta no sea solamente: “Señor, ¿cuándo lo cumplirás?” Quizá también deberíamos preguntar: “¿Dónde debo invertir mientras espero?” Porque esperar bíblicamente no significa permanecer inmóviles. El labrador espera el precioso fruto de la tierra, pero trabaja conforme a la temporada. El centinela espera la mañana, pero permanece despierto. La virgen prudente espera al esposo, pero conserva aceite en su lámpara.

La espera del Reino tiene conciencia. Sabe que los tiempos pertenecen a Dios, pero comprende que la administración presente nos pertenece a nosotros. Por eso la profecía no es un cheque que colocamos sobre el mostrador celestial diciendo: “Vengo a cobrar”. No acredita una deuda de Dios con nosotros ni nos permite exigirle que responda conforme a nuestros calendarios. La profecía es gracia. Es Dios permitiéndonos contemplar algo de Su intención y, muchas veces, ofreciéndonos información que puede modificar la manera en que vivimos hoy.

Tal vez Dios les ha hablado acerca de cosas que todavía no han visto. Quizá existen palabras que guardan desde hace años y promesas que parecen demasiado distantes de sus circunstancias presentes. No quiero ofrecerles una explicación simplista ni asegurar que comprendo los tiempos de Dios para sus vidas. Solo deseo proponerles una pregunta

inteligente: ¿Qué tipo de persona necesitarían ser para administrar correctamente aquello que están esperando?

Quizá mientras piden que la puerta se abra, Dios está trabajando en sus capacidades para atravesarla. Tal vez mientras preguntan cuándo llegará el cumplimiento, el Espíritu está señalando áreas que necesitan madurez. Puede que la palabra que recibieron no haya sido entregada solamente para consolarlos respecto del futuro. Quizá también vino para enseñarles dónde invertir el presente. Porque la profecía no reemplaza el proceso, sino que lo direcciona.

Cuando hemos recibido información del cielo, esperar ya no puede significar simplemente sentarnos a mirar el calendario. Debemos aprender dónde colocar nuestra fe, nuestra obediencia, nuestro tiempo y nuestra perseverancia. Después de todo, una palabra acerca del futuro puede ser una de las inversiones más extraordinarias que Dios realice en nuestro presente.



# Capítulo siete

## NO ES UN DESPERDICIO

***“Y estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó sobre su cabeza”.***

Marcos 14:3

Hay decisiones cuyo verdadero valor solamente puede ser comprendido por quienes han aprendido a mirar aquello que otros todavía no logran percibir. Desde afuera, una entrega puede parecer exagerada, innecesaria y hasta irresponsable. Los números son los mismos para todos, el costo puede calcularse con absoluta precisión y la pérdida aparente resulta evidente, pero la diferencia se encuentra en el valor que cada persona atribuye a aquello que está delante de sus ojos. Por eso, muchas discusiones acerca de la entrega nunca se resuelven mediante argumentos, porque el problema no está en la cantidad entregada, sino en la valoración de quien la recibe.

La escena ocurrida en Betania constituye una de las demostraciones más extraordinarias de esta verdad. Jesús estaba sentado a la mesa cuando una mujer entró llevando un vaso de alabastro que contenía perfume de nardo puro. Marcos se ocupa de agregar un detalle que no deberíamos pasar rápidamente por alto: era ***“de mucho precio”***. Aquello que la mujer sostenía entre sus manos tenía un valor económico considerable y los presentes lo sabían perfectamente.

Entonces quebró el vaso y derramó el perfume sobre Jesús. El ambiente debió llenarse inmediatamente con la fragancia. Nadie podía ignorar lo que acababa de ocurrir, pero la reacción no fue unánime. Mientras la mujer expresaba algo que nacía de lo profundo de su corazón, algunos comenzaron a indignarse y formularon una pregunta que ha atravesado generaciones: ***“¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?”*** (Marcos 14:4).

La palabra utilizada resulta reveladora: ***“Desperdicio”***. No dijeron simplemente que la mujer había realizado una entrega demasiado grande ni sugirieron que existían alternativas posiblemente mejores. Consideraron que aquello se había perdido. Desde su perspectiva, el perfume había dejado de cumplir una función productiva en el mismo instante en que tocó el cuerpo de Jesús.

El razonamiento parecía perfectamente lógico. ***“Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres”*** (Marcos 14:5).

Trescientos denarios representaban aproximadamente el salario de muchos meses de trabajo para un jornalero. No estamos hablando de una pequeña cantidad utilizada impulsivamente. La entrega podía ser medida y quienes observaban la escena hicieron inmediatamente el cálculo.

Esto me resulta profundamente interesante porque muchas veces creemos que las personas que no comprenden determinadas inversiones espirituales simplemente desconocen su costo. En Betania ocurrió exactamente lo contrario. Ellos conocían el precio del perfume, pero la mujer había comprendido el valor de Cristo. Allí estaba la diferencia.

Los discípulos podían calcular correctamente trescientos denarios, pero todavía no podían dimensionar plenamente quién estaba sentado delante de ellos. Conocían el mercado del nardo mejor de lo que conocían el momento espiritual que estaban viviendo y, por eso, realizaron un cálculo económicamente preciso y espiritualmente equivocado. Esto es, porque es posible conocer el precio de algo y desconocer su valor.

El precio puede expresarse mediante una cifra. El valor, en cambio, depende de aquello que hemos comprendido. Una fotografía puede no tener ningún valor comercial y ser absolutamente irremplazable para una familia. Un objeto sencillo puede parecer insignificante para quien lo observa y representar décadas de historia para quien

lo conserva. No cambió la materia del objeto; cambió la relación de la persona con aquello que tiene delante.

La mujer de Betania vio algo en Jesús que justificaba su entrega. No necesitó que todos estuvieran de acuerdo. Tampoco organizó una consulta entre los discípulos para determinar qué porcentaje del perfume sería socialmente aceptable derramar. Quebró el vaso.

Este detalle es particularmente significativo. Mientras el perfume permaneciera dentro del recipiente, existía la posibilidad de administrarlo cuidadosamente, utilizar una pequeña cantidad y conservar el resto. Quebrar el alabastro convertía la acción en algo irreversible. La mujer no estaba realizando una demostración simbólica de generosidad; estaba entregando aquello que había decidido no recuperar. Tal vez por eso la verdadera adoración siempre ha resultado incómoda para la mentalidad calculadora.

No estoy hablando exclusivamente de cantar. Hemos reducido demasiado la adoración cuando la limitamos al momento musical de nuestras reuniones. La adoración bíblica está profundamente relacionada con el reconocimiento del valor de Dios. Adoramos cuando nuestra vida responde coherentemente a aquello que hemos visto en Él.

Abraham subió al monte Moriah y dijo a sus siervos: ***“Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos”*** (Génesis 22:5). Resulta sorprendente que

Abraham utilizara la palabra adoración para describir aquello que estaba a punto de hacer. No llevaba instrumentos musicales ni había organizado una reunión. Llevaba leña, fuego y un cuchillo. Abraham llamaba adoración a una obediencia que involucraba aquello que más valoraba.

No debemos interpretar esta escena fuera del desarrollo del propósito divino ni utilizarla para justificar sacrificios humanos, algo completamente contrario a la revelación bíblica. Dios estaba probando a Abraham y finalmente proveyó un carnero. Sin embargo, el relato permite observar que la adoración puede tocar los lugares más profundos de nuestras inversiones.

Tal vez por esto Dios le dijo: ***“Ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Génesis 22:12). “No me rehusaste...”*** La adoración comienza a adquirir profundidad cuando Dios deja de recibir solamente aquello que no nos cuesta entregar.

David comprendió esta verdad siglos después. Cuando Arauna le ofreció gratuitamente el lugar y los elementos necesarios para presentar un holocausto, David respondió: ***“No, sino por precio te lo compraré; porque no ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada” (2 Samuel 24:24).*** David no estaba procurando comprar el favor de Dios. Tampoco creía que el precio económico otorgara automáticamente valor espiritual al sacrificio. Simplemente comprendía que existía una incoherencia en

presentar como entrega personal aquello que no había demandado nada de él.

Esta verdad necesita equilibrio, porque podríamos caer nuevamente en la glorificación del sacrificio. No todo lo costoso agrada a Dios y no debemos buscar maneras artificiales de sufrir para sentir que nuestra adoración es más profunda. El valor no se encuentra en el dolor de la entrega, sino en el amor que la produce.

La mujer de Betania no estaba sufriendo mientras derrama el perfume. Quienes sufrieron fueron los que estaban mirando. A ellos les dolió el costo. Esto ocurre frecuentemente. Hay personas más preocupadas por aquello que nosotros entregamos que nosotros mismos. Observan nuestras decisiones, calculan el tiempo invertido y procuran explicarnos cuánto podríamos haber obtenido si hubiéramos utilizado nuestros recursos de otra manera.

“¿Para qué?” Esta pregunta puede adoptar muchas formas. ¿Por qué oras tanto? ¿Por qué dedicas tantas horas a estudiar? ¿Por qué sirves si nadie parece reconocerlo? ¿Por qué perdonaste otra vez? ¿Por qué rechazaste aquella oportunidad? ¿Por qué viajaste hasta ese lugar? ¿Por qué invertiste años formando personas que después se fueron? ¿Por qué predicas gratuitamente? ¿Por qué escribes libros que demandan meses de trabajo y luego permites que cualquiera pueda recibirlos sin pagar? Ciertamente conozco algunas de esas preguntas...

Yo sé que no siempre son formuladas con mala intención. En muchas ocasiones provinieron de personas que me apreciaban sinceramente y procuraban ayudarme a realizar cálculos que consideraban razonables. Después de todo, escribir un libro demanda tiempo. Investigar, estudiar, ordenar conceptos, revisar textos y preparar un material para que pueda ser leído por otros. Esto implica una inversión considerable y para algunas personas puede parecer poco razonable.

Hay quienes piensan que si este proceso se repite una y otra vez durante años, es lógico que semejante trabajo produzca un beneficio económico. De hecho, yo no tengo ningún problema con quienes venden sus libros, porque yo publiqué algunos que tuve que vender para recuperar la inversión, esto quiero aclararlo con absoluta sinceridad. Un escritor puede recibir legítimamente una compensación por su trabajo y la Escritura establece claramente que ***“el obrero es digno de su salario”*** (Lucas 10:7). Tampoco considero más espiritual entregar gratuitamente un material. La gratuidad puede convertirse en orgullo de la misma manera que el dinero puede convertirse en codicia.

Cada uno debe administrar conforme a la asignación recibida, pero en mi caso tomé una decisión personal. Deseaba que aquello que escribía pudiera llegar a cualquier persona, independientemente de su capacidad económica. Quería que un pastor con pocos recursos, un joven que recién comenzaba a estudiar o un creyente en algún lugar distante pudiera descargar un libro y recibir gratuitamente aquello que

yo había trabajado durante meses. ¿Podría haber obtenido un beneficio económico? Probablemente, pero evalué la inversión y la consideré favorable. Es decir: ¿Considero que estoy desperdiciando mi trabajo? De ninguna manera.

La respuesta depende de aquello que considero ganancia. Si mi objetivo principal hubiera sido producir ingresos mediante la escritura, entregar gratuitamente mis libros podría ser una pésima administración. Pero si mi deseo es impartir aquello que creo haber recibido de Dios y permitir que llegue a la mayor cantidad posible de personas, entonces la evaluación cambia completamente. No cambió el costo, pero ciertamente cambió el propósito.

Perdónenme que les dé un ejemplo personal, pero en verdad que mucha gente me hace este planteo. De hecho, también me han sugerido en muchas ocasiones que si regalo mis libros, la gente no los valorará, porque lo que no se paga no se aprecia. Y puede ser que en muchos casos sea así, pero mi inversión no considera actitudes u opiniones varias, sino la administración de la gracia recibida, y eso solo tiene que ver con Dios.

La mujer de Betania también podría haber vendido el perfume. Los discípulos tenían razón respecto de esa posibilidad. Incluso la propuesta de ayudar a los pobres parecía espiritualmente defendible. Jesús jamás manifestó indiferencia frente a las necesidades de los vulnerables y Su ministerio estuvo lleno de compasión. Sin embargo, Jesús

defendió a la mujer diciendo: ***“Dejadla; ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho”*** (Marcos 14:6).

Ellos dijeron “desperdicio”, Jesús dijo “buena obra”. La misma acción recibió dos evaluaciones completamente diferentes. Esto debería producir en nosotros una seria reflexión. No todo aquello que las personas consideran improductivo es improductivo delante de Dios, y no todo lo que recibe aplausos humanos posee necesariamente valor eterno. Podemos dedicar enormes cantidades de energía a actividades celebradas por todos y descubrir que el cielo nunca las demandó, mientras que una obediencia silenciosa, ignorada e incluso cuestionada puede tener una importancia que solamente Dios conoce.

Jesús agregó algo extraordinario acerca de la mujer: ***“Esta ha hecho lo que podía”*** (Marcos 14:8). Qué declaración. No hizo todo lo que otros podían, hizo lo que ella podía, tenía un perfume y lo derramó.

Quizá muchas veces nos sentimos limitados porque observamos aquello que no podemos hacer. No tenemos determinados recursos, influencia o capacidades y concluimos que nuestra participación será insignificante. Sin embargo, el Señor no evaluó a la mujer según aquello que no poseía. Reconoció su respuesta conforme a lo que estaba en sus manos. ***“Hizo lo que podía”***.

Tal vez no puedas predicar a multitudes, pero puedes formar a alguien. Quizá no tengas grandes recursos

económicos, pero puedes administrar generosamente aquello que posees. Tal vez tu nombre nunca sea conocido fuera de un pequeño círculo, pero puedes derramar tu vida delante de Dios en el territorio que te fue asignado. El Reino no necesita que hagamos lo que no podemos, espera fidelidad con aquello que sí podemos hacer.

Hay otra escena bíblica que siempre me ha producido una profunda impresión. David estaba en la cueva de Adulam y una guarnición filistea se encontraba en Belén. En determinado momento expresó un deseo: ***“¿Quién me diera a beber del agua del pozo de Belén que está junto a la puerta!”*** (2 Samuel 23:15). Probablemente fue solamente la expresión nostálgica de un hombre que recordaba su tierra. David conocía aquel pozo. Tal vez había bebido de él muchas veces durante su juventud y, en medio de las tensiones de la guerra, deseó volver a probar aquella agua.

Tres de sus valientes escucharon. Atravesaron el campamento de los filisteos, sacaron agua del pozo y regresaron llevándola a David. Intentemos comprender el valor de aquella vasija. El agua no era costosa en términos comerciales. Nadie hubiera pagado una fortuna por ella en un mercado. Sin embargo, tres hombres habían arriesgado sus vidas para obtenerla. Cada gota estaba relacionada con una entrega que no podía expresarse mediante dinero.

David recibió el agua muy conmovido por la acción de sus valientes, pero no quiso beberla ***“Y la derramó para Jehová”*** (2 Samuel 23:16). Desde determinada perspectiva,

aquello también parecía un desperdicio. Los hombres habían arriesgado sus vidas para que David bebiera y ahora el agua caía sobre la tierra. Podríamos imaginar a alguien observando la escena y preguntando por qué no la disfrutó después de semejante esfuerzo.

Pero David había comprendido el valor de aquello que sostenía, por eso declaró: ***“Lejos sea de mí, oh Jehová, que yo haga esto. ¿He de beber yo la sangre de los varones que fueron con peligro de su vida?”*** (2 Samuel 23:17). El agua se había vuelto demasiado valiosa para consumirla en sí mismo, por eso la derramó delante de Dios.

Aquí encontramos una dimensión extraordinaria de la adoración. David tomó algo que podía disfrutar legítimamente y decidió que su valor merecía un destino superior a su satisfacción personal. No todo lo que podemos consumir debe ser consumido. Hay cosas que podemos convertir en adoración.

Podemos utilizar nuestro conocimiento exclusivamente para construir una carrera o podemos permitir que también sirva para formar a otros. Podemos administrar nuestras relaciones solamente en función de aquello que recibimos de ellas o convertirlas en espacios donde impartimos vida. Podemos usar nuestra casa exclusivamente como refugio privado o abrirla para recibir, acompañar y servir.

Nada de esto significa que debamos vivir negándonos todo disfrute. Dios no es glorificado por hijos permanentemente frustrados que consideran pecaminosa cualquier satisfacción personal. David bebió agua muchas otras veces. Jesús participó de comidas, aceptó hospitalidad y disfrutó de relaciones. Pero hay momentos en los que comprendemos que algo tiene demasiado valor para terminar solamente en nosotros. Entonces lo derramamos.

Pablo escribió a los filipenses: ***“Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros”*** (Filipenses 2:17). El apóstol contemplaba su propia vida mediante la imagen de una ofrenda derramada. No estaba desperdiciándose, se estaba ofreciendo. Esta diferencia solamente puede comprenderse cuando conocemos el altar.

Para quien no comprende la adoración, todo lo que cae sobre el altar desaparece. El animal sacrificado ya no puede ser vendido, el perfume derramado no puede recuperarse y el agua vertida sobre la tierra no puede beberse. Desde una perspectiva exclusivamente utilitaria, el altar parece un lugar de pérdidas. Pero quien conoce a Dios sabe que aquello entregado a Él nunca puede ser definido simplemente por su ausencia posterior en nuestras manos.

La mujer salió de Betania sin su perfume, David quedó sin el agua, Pablo entregó años, fuerzas y finalmente su propia vida, pero Cristo había dicho: ***“El que pierda su vida por causa de mí, la hallará”***. Ahora comenzamos a

comprender que el problema no es solamente cuánto entregamos, sino a quién y para qué lo entregamos.

Hay personas que gastan su vida procurando obtener aprobación y nadie las llama sacrificadas. Otras consumen décadas persiguiendo una posición y el mundo las considera exitosas. Alguien puede trabajar hasta destruir su salud para aumentar un patrimonio y recibir admiración por su disciplina. Pero si una persona entrega tiempo para orar, servir, enseñar o formar a otros, rápidamente puede aparecer la pregunta: “¿No será demasiado?” Qué extraña manera de calcular.

Aceptamos enormes inversiones cuando la ganancia es temporal y cuestionamos la entrega cuando el propósito es eterno. Tal vez el problema continúa siendo el mismo que apareció en Betania. Conocemos el precio del perfume, pero todavía necesitamos comprender mejor el valor de Cristo.

Pablo dijo: ***“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor”*** (Filipenses 3:7 y 8). La expresión ***“la excelencia”*** habla de algo superior, algo cuyo valor sobrepasa aquello con lo que es comparado. Pablo no había desarrollado una fascinación enfermiza por perder. Había encontrado un valor mayor. Por eso podía entregar. Toda verdadera consagración necesita revelación.

Si procuramos producir entrega mediante presión religiosa, solamente formaremos personas frustradas que mirarán permanentemente aquello que dejaron. Recordarán oportunidades, placeres y recursos con una nostalgia que tarde o temprano se convertirá en resentimiento.

La Iglesia no necesita convencer a las personas de que Cristo merece todo mediante discursos manipuladores. Necesitamos revelar a Cristo, cuando Él es visto, los cálculos cambian.

La mujer quebró el alabastro porque Jesús estaba delante de ella. David derramó el agua porque comprendió el valor de la entrega de sus hombres y decidió convertirla en adoración. Pablo consideró pérdida sus antiguas ganancias porque había conocido la excelencia de Cristo. La revelación del valor produce la calidad de la inversión.

Tal vez algunas personas observen sus vidas y no comprendan determinadas decisiones. Quizá calculen aquello que podrían haber obtenido si hubieran utilizado sus fuerzas de otra manera. Incluso pueden presentar argumentos razonables y alternativas legítimas. No necesitas despreciarlos. Tampoco deberían utilizar la entrega para sentirte espiritualmente superiores. Solamente necesitan estar seguros de haber visto correctamente.

Porque también existe el sacrificio equivocado y la entrega nacida de motivaciones impuras. No todo vaso quebrado fue demandado por Dios. Necesitamos conocer al

Señor y permitir que el Espíritu examine nuestras motivaciones. Pero cuando verdaderamente hemos visto el valor de Cristo y comprendido una asignación, no deberíamos permitir que la mentalidad de quienes solamente conocen el precio determine nuestra obediencia. Ellos pueden decir desperdicio, pero Jesús puede estar diciendo buena obra.

He invertido muchos años escribiendo. He pasado incontables horas delante de una computadora, procurando ordenar pensamientos, estudiar las Escrituras y encontrar una manera sencilla de comunicar verdades que considero importantes. No sé cuántas personas han leído cada libro ni conozco todas las historias que pudieron ser afectadas por ellos. Probablemente nunca lo sabré en esta vida, pero tampoco necesito saberlo para continuar.

No escribo porque pueda controlar el fruto. Escribo porque tengo perfume, y mientras Dios me conceda la posibilidad de derramarlo, procuraré hacerlo. Tal vez un día descubramos que muchas de las cosas que consideramos pequeñas produjeron consecuencias que jamás vimos. Quizá una palabra entregada en el momento correcto sostuvo a alguien durante años, una enseñanza formó a una persona que luego formó a otras y una oración realizada en secreto participó de respuestas que nunca fueron relacionadas con nuestro nombre.

No todo retorno es visible desde el lugar donde realizamos la inversión. Por eso, antes de llamar desperdicio

a una entrega, deberíamos preguntarnos quién la recibió. El perfume cayó sobre Cristo, el agua fue derramada delante de Jehová, la vida de Pablo se convirtió en libación sobre la fe de otros, y quizá allí se encuentre una de las verdades más hermosas que podemos aprender acerca de las inversiones eternas: hay cosas que parecen desaparecer de nuestras manos, pero no desaparecen delante de Dios. No es un desperdicio, y nunca lo será.



## PARTE III

# EL RETORNO ETERNO

## Capítulo ocho

### EN EL REINO NUNCA SE PIERDE

*“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”.*

2 Timoteo 1:12

Una de las decisiones más importantes que debe tomar cualquier persona que realiza una inversión consiste en determinar cuándo evaluará sus resultados. No todos los proyectos pueden medirse utilizando los mismos períodos y uno de los errores más frecuentes es exigir retornos inmediatos a procesos cuya naturaleza demanda tiempo.

Una semilla no puede ser evaluada correctamente pocos días después de haber sido colocada en la tierra, así como una empresa recién iniciada no debería considerarse necesariamente fracasada porque todavía no produjo las ganancias esperadas. Cada inversión posee un horizonte y, si desconocemos ese horizonte, podemos cerrar el balance demasiado pronto.

Creo que algo semejante ocurre frecuentemente en nuestra vida espiritual. Realizamos determinadas acciones por obediencia, invertimos tiempo, fuerzas y recursos, pero después de un período comenzamos a observar los resultados. Si aquello que esperábamos no ocurrió, una pregunta silenciosa aparece en nuestro interior: ¿habrá valido la pena?

Serví y nada cambió. Oré y no vi la respuesta. Entregué y no recibí. Perdoné y la otra persona continuó actuando de la misma manera. Enseñé durante años y algunos de aquellos que recibieron la Palabra terminaron alejándose. Sembré en personas que después parecieron olvidar completamente lo que hice por ellas. Obedecí a Dios y, lejos de mejorar, ciertas circunstancias se volvieron todavía más difíciles.

No siempre pronunciamos estas palabras públicamente, porque hemos aprendido el lenguaje correcto de la fe y sabemos qué respuestas se esperan de nosotros. Sin embargo, en la intimidad del corazón podemos comenzar a revisar nuestras inversiones y preguntarnos si realmente produjeron algo. El problema quizá no esté en la inversión. Puede estar en la fecha en que decidimos cerrar el balance.

Pablo escribió a Timoteo desde una realidad que difícilmente podría ser presentada como una demostración visible de éxito. El gran apóstol de los gentiles estaba encarcelado y sabía que el final de su recorrido terrenal se acercaba. Muchos lo habían abandonado, su cuerpo llevaba las marcas de años de sufrimiento y el Imperio romano

continuaba gobernando con toda su fuerza. Si alguien hubiera observado exclusivamente las circunstancias presentes, podría haber realizado preguntas incómodas acerca del resultado de tanta entrega.

¿Para esto había viajado tanto? ¿Para esto soportó azotes, naufragios, persecuciones y cárceles? ¿Para terminar prisionero? Sin embargo, Pablo escribió: ***“No me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído”***. No dijo que comprendía todas las circunstancias. Sabía a quién había creído.

Esta diferencia sostiene a un verdadero inversor del Reino. Nuestra seguridad final no descansa en la capacidad de interpretar inmediatamente cada resultado, sino en el carácter de Aquel en quien hemos depositado nuestra vida. Pablo utilizó precisamente la palabra ***“depósito”***. Había colocado algo en manos de Dios y estaba convencido de que el Señor era poderoso para guardarlo ***“para aquel día”***.

La expresión modifica completamente el horizonte de evaluación. Pablo no estaba cerrando sus cuentas en Roma. Esperaba aquel día. Mientras nosotros insistimos en revisar diariamente el rendimiento de nuestra obediencia, Dios trabaja con una perspectiva eterna. Queremos saber si la conversación produjo algo, si la oración funcionó, si el servicio fue reconocido y si la semilla entregada generó resultados visibles. Necesitamos indicadores porque la incertidumbre nos incomoda. Pero el Reino no siempre entrega informes inmediatos.

Esto no significa que debamos vivir sin examinar nuestro fruto. Jesús enseñó que los árboles pueden conocerse por sus frutos y Pablo evaluaba constantemente el estado de las iglesias. Existe una sana responsabilidad que nos obliga a revisar métodos, corregir errores y reconocer cuando algo necesita cambiar. La espiritualidad no debería utilizarse como excusa para justificar eternamente nuestra improductividad.

Sin embargo, una cosa es examinar nuestra administración y otra muy diferente declarar pérdida aquello cuyo resultado todavía pertenece a Dios. Hay frutos que vemos, pero otros serán vistos por personas que jamás conoceremos, y algunos solamente podrán ser comprendidos cuando la eternidad revele la verdadera dimensión de nuestras acciones.

José pudo observar parte del resultado de su fidelidad. Llegó al gobierno de Egipto, administró durante los años de abundancia y pudo participar de la preservación de innumerables vidas durante el hambre. Finalmente recibió a sus hermanos y comprendió que Dios había utilizado incluso las acciones perversas de ellos dentro de un propósito mucho mayor. Por eso José dijo: ***“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien”*** (Génesis 50:20).

José pudo mirar hacia atrás y reconocer conexiones que antes no veía. La cisterna, la casa de Potifar, la cárcel y el palacio comenzaron a formar parte de una historia

comprensible cuando observó el recorrido desde una etapa posterior.

Pero no todos los hombres de fe recibieron semejante privilegio durante su vida terrenal. **Hebreos 11** presenta una galería extraordinaria de personas que creyeron, obedecieron y actuaron conforme a la revelación recibida. Algunos conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas y taparon bocas de leones. Otros experimentaron vituperios, azotes, prisiones y muerte. El mismo capítulo, la misma fe, pero resultados temporales completamente diferentes.

Esto debería destruir definitivamente nuestra tendencia a medir la fidelidad de Dios según la comodidad de nuestras circunstancias. Si el resultado visible fuera la única evidencia de una buena inversión espiritual, tendríamos que concluir que quienes escaparon a filo de espada invirtieron mejor que aquellos que fueron aserrados. Los que conquistaron reinos habrían tenido más fe que quienes anduvieron cubiertos de pieles de ovejas y cabras, pobres, angustiados y maltratados.

Pero el Espíritu Santo no presenta a unos como ganadores y a otros como perdedores. Dice de estos últimos que *“el mundo no era digno de ellos”* (**Hebreos 11:38**). Qué extraordinaria evaluación. El mundo podía mirarlos y ver hombres sin posesiones, perseguidos y aparentemente derrotados. Dios los observaba y declaraba que el mundo no era digno de contenerlos.

Otra vez encontramos dos sistemas de valoración. La tierra calcula de una manera, pero el cielo calcula de otra. Por eso necesitamos ser extremadamente cuidadosos cuando utilizamos la palabra pérdida. No todo lo que desapareció de nuestras manos se perdió y no todo aquello que conservamos representa una ganancia. La perspectiva eterna puede invertir completamente algunas de nuestras conclusiones presentes.

Los mártires constituyen quizá la expresión más radical de esta verdad. Desde la lógica natural, alguien que muere por causa de su fe parece haber perdido absolutamente todo. Su vida terrenal termina, sus proyectos quedan interrumpidos y sus posesiones pasan a otras manos. No existe una pérdida temporal mayor que la muerte.

Sin embargo, Jesús dijo a la iglesia de Esmirna: ***“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apocalipsis 2:10)***. Hasta la muerte, no necesariamente hasta que las circunstancias mejoren, no hasta que los perseguidores reconozcan su error, no hasta que la fidelidad produzca una solución temporal favorable. Simplemente ***“Sé fiel hasta la muerte...”***

Desde la perspectiva del Reino, la muerte no tenía capacidad para convertir aquella fidelidad en fracaso. Podía terminar el período de inversión terrenal, pero no podía cancelar el retorno eterno. Esto explica la extraña fortaleza con la que tantos creyentes atravesaron persecuciones a lo largo de la historia. No eran personas insensibles al dolor ni seres humanos incapaces de sentir temor. Muchos tenían

familias, proyectos y deseos legítimos de continuar viviendo. Sin embargo, habían recibido una perspectiva que modificaba el poder de la muerte. Podían perder la vida sin perder, porque Jesús había dicho: ***“El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”*** (Juan 11:25).

El evangelio introdujo dentro de la historia humana una clase de personas extremadamente difíciles de controlar. Los imperios siempre utilizaron el temor a la pérdida como herramienta de dominio. Puedes quitarle a alguien su posición, confiscar sus bienes, encarcelarlo y finalmente amenazar su vida. Pero ¿qué haces con una persona convencida de que aquello que verdaderamente posee está guardado en una dimensión que tú no puedes tocar?

Pablo dijo: ***“Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”*** (Filipenses 1:21). Ganancia, no resignación, no una manera poética de consolarse frente a la inevitabilidad de la muerte. ***“Ganancia”***. La muerte, que para el hombre natural representa la pérdida definitiva de todo aquello acumulado, había sido reinterpretada por Pablo desde la revelación de Cristo. No la buscaba de manera enfermiza ni despreciaba la vida. De hecho, reconocía que permanecer en el cuerpo podía ser necesario para servir a los hermanos. Pero la muerte había perdido su capacidad de amenazarlo con la bancarrota definitiva.

Pablo sabía dónde estaban sus inversiones. Por eso podía escribir: ***“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno***

***peso de gloria” (2 Corintios 4:17).*** Resulta casi escandaloso que Pablo llamara “leve” a su tribulación. Cuando leemos la lista de sus padecimientos encontramos azotes, cárceles, naufragios, peligros, hambre y agotamiento. Si cualquier otra persona hubiera descrito semejantes experiencias como leves, probablemente pensaríamos que estaba minimizando el sufrimiento.

Pero Pablo explica inmediatamente cómo realizaba su evaluación: ***“No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Corintios 4:18).*** La tribulación no era leve en sí misma. Era leve cuando se comparaba con el peso de gloria.

Aquí aparece nuevamente la importancia de los parámetros. Un objeto puede parecer pesado hasta que lo colocamos junto a otro infinitamente mayor. Pablo no negaba el dolor; lo comparaba con la eternidad. Y la comparación modificaba el resultado.

Tal vez una de las razones por las que algunas obediencias nos parecen demasiado costosas es que hemos perdido la capacidad de compararlas con algo eterno. Cuando nuestra mirada queda encerrada dentro de los límites de esta vida, cada renuncia adquiere proporciones enormes. Un año parece demasiado, una espera resulta insoportable y una pérdida económica puede sentirse definitiva.

La eternidad modifica las proporciones, no elimina el dolor, lo ubica. Jesús soportó la cruz ***“por el gozo puesto delante de él”*** (Hebreos 12:2). El texto no dice que la cruz dejó de ser dolorosa. La agonía fue real, la humillación fue real y el sufrimiento no necesita ser reducido para exaltar la victoria. Sin embargo, había algo delante: ***“El gozo”***. Cristo podía atravesar el presente mirando el resultado eterno de Su entrega. Nosotros también necesitamos recuperar una mirada capaz de ver más allá del momento.

Hay personas que abandonan inversiones espirituales correctas porque las evaluaron durante una temporada difícil. Dejan de servir porque no fueron reconocidas, abandonan una asignación porque los resultados tardaron y cierran relaciones de discipulado porque la persona no cambió con la velocidad esperada. No necesariamente estaban en el lugar equivocado. Quizá simplemente esperaban dividendos demasiado pronto.

El agricultor conoce la frustración de trabajar sobre una tierra que durante un tiempo no muestra nada. Prepara, siembra y espera. Si desenterrara diariamente las semillas para verificar si están creciendo, destruiría aquello que procura producir. Hay procesos que necesitan permanecer ocultos.

Una palabra puede trabajar durante años en el corazón de alguien antes de producir una decisión visible. Una enseñanza que aparentemente fue olvidada puede regresar en el momento de una crisis. El ejemplo de un padre puede ser

comprendido plenamente por un hijo muchos años después de su muerte. No siempre estaremos presentes durante la cosecha de aquello que sembramos.

David reunió materiales para un templo que no construiría. Dios le había dicho que su hijo Salomón levantaría la casa y David pudo haberse desentendido completamente del proyecto. Después de todo, no sería su obra y su nombre no quedaría asociado principalmente con la construcción. Sin embargo, preparó abundantemente. ***“Yo con todas mis fuerzas he preparado para la casa de mi Dios” (1 Crónicas 29:2).*** David invirtió en algo que otro terminaría, qué nivel de madurez.

Nuestra generación está profundamente condicionada por la necesidad de ver resultados personales. Queremos iniciar, desarrollar y recibir reconocimiento por aquello que hacemos. Nos cuesta invertir en procesos cuyo fruto llevará el nombre de otro. Pero el Reino es generacional.

Abraham recibió promesas que alcanzarían a su descendencia. David preparó para Salomón. Los profetas anunciaron cosas que Pedro dijo que no ministraban principalmente para sí mismos, sino para generaciones futuras **(1 Pedro 1:12)**. Pablo sembró iglesias y otros continuaron edificando después de él, por eso escribió: ***“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Corintios 3:6).***

Pablo no necesitó hacerlo todo, había aprendido a reconocer su participación, él plantó, pero fue Apolos quien regó y Dios el que dio crecimiento. Cuando comprendemos esto, dejamos de exigir que cada inversión produzca un retorno directamente relacionado con nuestro nombre. Podemos sembrar donde otros cosecharán y preparar aquello que otra generación utilizará. Nuestra satisfacción no depende de aparecer en la fotografía final, porque sabemos que Dios vio la inversión.

El escritor de la carta a los hebreos declaró: ***“Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre” (Hebreos 6:10).*** Dios no olvida, nosotros sí. Olvidamos oraciones, conversaciones y pequeños actos de obediencia. Después de años, probablemente no recordemos el nombre de todas las personas que ayudamos ni podamos reconstruir cada oportunidad en la que decidimos servir.

Dios no tiene ese problema. Nada necesita ser registrado para evitar que escape de Su memoria. No requiere fotografías, informes ni publicaciones. Él conoce perfectamente cada obra y, algo todavía más profundo, conoce el amor o la fuente que la produjo. Esto debería liberarnos de la desesperación por ser vistos.

Si nuestra inversión depende del reconocimiento humano para conservar su valor, hemos colocado el retorno en un mercado demasiado inestable. Las personas pueden olvidar, interpretar equivocadamente nuestras motivaciones

e incluso atribuir a otros aquello que hicimos, pero Dios no es injusto para olvidar.

Esta certeza sostuvo a Pablo al final de su recorrido. Cuando escribió su segunda carta a Timoteo sabía que su partida estaba cercana. No encontramos en sus palabras la amargura de un hombre que siente haber desperdiciado su vida. ***“Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano” (2 Timoteo 4:6).***

La imagen del sacrificio vuelve a aparecer. Pablo veía su vida llegando al final y podía realizar una evaluación. ***“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Timoteo 4:7).*** No dijo que había ganado todas las discusiones, no afirmó que todas las iglesias permanecieran perfectamente saludables, no declaró que cada persona formada por él hubiera continuado fiel. Simplemente había peleado, había terminado, había guardado la fe.

Y entonces levantó la mirada hacia aquello que todavía no tenía físicamente en sus manos: ***“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Timoteo 4:8).*** Otra vez: ***“aquel día...”*** Pablo sabía que todavía existía un cierre pendiente, por eso podía morir sin sentir que perdía.

El Imperio podía quitarle la libertad, pero no su depósito. Podía terminar su vida terrenal, pero no cancelar la corona. Podía silenciar su voz, pero las palabras que había

sembrado continuarían atravesando generaciones. De hecho, mientras escribo estas páginas, después de más de dos mil años, estoy utilizando palabras de Pablo. ¡Qué extraordinario retorno!

Un hombre encarcelado escribió cartas a personas concretas y, más de dos mil años después, millones continúan siendo formados mediante ellas. Pablo jamás pudo imaginar todas las traducciones, idiomas y lugares que alcanzarían sus escritos. No vio bibliotecas llenas de comentarios sobre sus epístolas ni institutos dedicando años al estudio de sus palabras. Murió sin ver buena parte de su cosecha, pero no la perdió.

Quizá nosotros tampoco veremos todo. Y tendremos que decidir si confiamos suficientemente en Dios como para continuar invirtiendo sin exigir un informe completo de resultados.

No estoy diciendo que en el Reino nunca experimentaremos pérdidas temporales. Las experimentaremos. Podemos perder oportunidades por errores, relaciones por malas decisiones y recursos mediante una administración equivocada. Tampoco pretendo utilizar una frase espiritual para negar el dolor real de aquello que desaparece.

Cuando digo que en el Reino nunca se pierde, estoy hablando de aquello que verdaderamente fue entregado a Dios conforme a Su voluntad. Ninguna obediencia es

olvidada, ningún trabajo de amor escapa de Su mirada, ninguna entrega realizada en Cristo termina fuera del conocimiento del Padre.

El retorno puede no tener la forma que imaginamos. Quizá no llegue durante el período que esperábamos y probablemente muchas inversiones solamente revelen su verdadera dimensión cuando estemos delante del Señor. Pero el Reino no quiebra y su justicia nunca llega tarde. La muerte no puede cerrar sus operaciones, la eternidad no destruye sus inversiones; las revela.

Por eso debemos ser cuidadosos antes de decir: “Perdí”. Tal vez todavía no vimos. Quizá estamos observando una página intermedia y pronunciando conclusiones acerca de una historia que Dios no terminó de revelar. Puede que aquello que consideramos improductivo esté trabajando en lugares a los que nuestra mirada no alcanza.

No cierren el balance antes de tiempo. Pablo esperó aquel día. Los hombres de **Hebreos 11** saludaron promesas desde lejos. David preparó para un templo que otro construiría. Los profetas ministraron para generaciones que nunca conocerían. Y Cristo nos enseñó que incluso un vaso de agua dado en Su nombre no perderá su recompensa.

Hay un registro eterno de aquello que la tierra olvida. Por eso podemos continuar sembrando, sirviendo, enseñando, amando y obedeciendo sin vivir atormentados

por la necesidad de comprobar inmediatamente el rendimiento de cada entrega. Sabemos a quién hemos creído. Y sabemos que Él es poderoso para guardar nuestro depósito hasta aquel día.

Entonces el balance será completo, entonces veremos lo que hoy ignoramos, entonces comprenderemos el verdadero alcance de muchas pequeñas obediencias. Pero antes de recibir recompensa, nuestras inversiones deberán ser observadas desde la perfecta evaluación de Dios. Porque un día el fuego revisará aquello que construimos o invertimos.



## Capítulo nueve

### CUANDO EL FUEGO PRUEBE NUESTRAS INVERSIONES

***“Y la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará”.***

1 Corintios 3:13

Hay verdades bíblicas que producen consuelo inmediato y otras que nos obligan a permanecer en silencio durante algunos minutos. No porque contengan una amenaza contra nuestra salvación ni porque debamos vivir dominados por un temor enfermizo delante de Dios, sino porque nos recuerdan la enorme seriedad de haber recibido una vida que debe ser administrada.

La gracia nos ha liberado de la condenación, pero jamás convirtió nuestra existencia en algo irrelevante. Por el contrario, haber sido alcanzados por Cristo y hechos participantes de Su vida otorga a nuestros días una trascendencia que quizá todavía no hemos comprendido completamente.

Pablo escribió a los corintios acerca de un día en el cual la obra de cada uno sería manifestada. No estaba hablando del juicio mediante el cual se determinaría quién había logrado merecer la salvación, porque semejante interpretación destruiría el fundamento mismo del evangelio que él predicaba.

Nuestra justificación descansa exclusivamente en la obra consumada de Cristo y ningún hombre podrá presentarse delante de Dios exhibiendo sus realizaciones como argumento para obtener vida eterna. Hemos sido salvos por gracia, mediante la fe, y esto no procede de nosotros, pues es don de Dios, ***“no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8 y 9)***. Sin embargo, el mismo Pablo que defendió apasionadamente la justificación por gracia enseñó que nuestras obras serían examinadas.

Esto no representa una contradicción. Una cosa es el fundamento de nuestra salvación y otra la administración de la vida que recibimos. No trabajamos para ser aceptados por Dios, pero después de haber sido aceptados en Cristo somos introducidos en una existencia que posee propósito. Precisamente después de declarar que somos salvos por gracia y no por obras, Pablo agrega: ***“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10)***. Fuimos creados en Cristo para algo.

La gracia no solamente nos rescató de una condición anterior; nos introdujo en una nueva realidad desde la cual

podemos participar conscientemente del propósito divino. Por eso el Nuevo Testamento puede celebrar con absoluta libertad la seguridad de nuestra posición en Cristo y, al mismo tiempo, hablar seriamente acerca de responsabilidad, fidelidad y recompensa. Solamente una comprensión incompleta de la gracia podría hacernos pensar que cualquier referencia a nuestras obras constituye automáticamente legalismo.

El legalismo pretende obtener mediante obras aquello que solamente Cristo puede conceder. La responsabilidad, en cambio, procura administrar correctamente aquello que Cristo ya nos concedió. Esta diferencia es fundamental para comprender las palabras de Pablo a los corintios. El apóstol utiliza la figura de una construcción y comienza estableciendo algo que no admite discusión:

***“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.”***

1 Corintios 3:11

Cristo es el fundamento. No nuestra conducta, nuestros logros ministeriales ni la cantidad de cosas que conseguimos realizar durante la vida. Todo comienza y permanece sostenido en Él.

Pero después de establecer el fundamento, Pablo dirige la atención hacia aquello que cada persona edifica encima.

***“Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta.”***

1 Corintios 3:12 y 13

Todos los materiales mencionados pueden formar parte de una construcción visible. Desde cierta distancia, una estructura elaborada con materiales valiosos y otra levantada con elementos inferiores pueden incluso producir una impresión semejante. Ambas ocupan espacio, poseen volumen y pueden ser observadas por quienes pasan cerca. El problema aparece cuando son sometidas a una prueba capaz de revelar la verdadera naturaleza de aquello con lo que fueron construidas.

El fuego no se impresiona con el tamaño, su función es revelar la calidad. Esta verdad debería hacernos pensar seriamente acerca de nuestra tendencia a evaluar las obras mediante parámetros exclusivamente visibles. Hemos aprendido a medir resultados utilizando cifras, alcance, reconocimiento y expansión.

Preguntamos cuántas personas participaron, cuánto creció una organización, cuántos ejemplares fueron distribuidos, cuántas reproducciones obtuvo un mensaje o hasta dónde llegó determinada influencia. No necesariamente existe algo incorrecto en conocer esos datos, porque una administración responsable también necesita información. El problema comienza cuando confundimos volumen con valor eterno.

Una obra puede ser grande y estar construida con heno, otra puede parecer pequeña y contener oro. Nosotros vemos dimensiones; Dios conoce materiales. Esto resulta particularmente serio para quienes desarrollamos algún tipo de servicio ministerial. Es relativamente sencillo comenzar haciendo algo por obediencia y, con el paso del tiempo, permitir que otras motivaciones se mezclen lentamente con la asignación original.

Tal vez comenzamos deseando servir, pero después descubrimos el placer del reconocimiento. Predicamos porque creemos tener una palabra de Dios y, casi sin advertirlo, comenzamos a necesitar la aprobación de quienes escuchan. Escribimos procurando impartir algo recibido y un día podemos sentirnos demasiado interesados en cuántas personas conocen nuestro nombre.

Las obras pueden conservar su apariencia mientras cambian nuestras motivaciones. Por eso necesitamos algo más profundo que una evaluación humana. Pablo dijo que ***“el día la declarará”***. Existe una instancia en la cual nuestras construcciones serán observadas desde una luz que no permite maquillaje. Allí no podremos presentar estadísticas para distraer la atención de Dios ni utilizar testimonios de personas agradecidas como argumento para definir el valor de nuestra obra.

Tampoco podremos ser perjudicados por la falta de reconocimiento humano, porque la evaluación será realizada por Aquel que conoce perfectamente cada intención del

corazón. Esto debería producir temor, pero también una enorme paz en nuestros corazones.

Produce temor porque Dios ve aquello que nosotros podemos ocultar. Conoce cuándo una obra aparentemente espiritual fue alimentada por vanidad, competencia o necesidad de aprobación. Sabe cuántas decisiones fueron tomadas procurando proteger una posición y cuántas veces utilizamos Su nombre para legitimar proyectos que nacieron principalmente de nuestras ambiciones.

Pero también produce paz porque Dios conoce las inversiones que nadie vio. Sabe cuántas veces obedecemos sin recibir reconocimiento, cuántas decisiones costosas fueron tomadas en secreto y cuántas oportunidades rechazamos simplemente porque comprendimos que no correspondían a Su voluntad. Conoce las oraciones que jamás fueron escuchadas por otras personas, los recursos entregados sin publicidad y las lágrimas derramadas mientras continuábamos sirviendo.

El fuego de Dios no solamente descubrirá lo falso, sino que también revelará el oro escondido. Quizá hemos interpretado este pasaje exclusivamente desde una perspectiva negativa y cada vez que escuchamos hablar del fuego imaginamos una inspección destinada a encontrar nuestros errores. Sin embargo, la prueba también manifiesta aquello que es genuino.

Pedro escribió que la fe probada es ***“mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego” y que será hallada “en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1:7).*** El fuego revela. Por eso una persona que vivió procurando la aprobación humana puede sentir temor frente a una evaluación donde la opinión de las multitudes ya no tendrá peso, mientras que alguien cuya obediencia fue ignorada puede encontrar profundo consuelo en saber que existe un Juez capaz de reconocer perfectamente aquello que nadie más valoró.

Jesús habló repetidamente acerca del Padre que ve en secreto. Cuando enseñó sobre la limosna, la oración y el ayuno, confrontó la necesidad de realizar actos espirituales para ser vistos por los hombres. No cuestionó las prácticas en sí mismas, sino la posibilidad de convertirlas en instrumentos para obtener una recompensa equivocada. ***“De cierto os digo que ya tienen su recompensa” (Mateo 6:2).***

La expresión siempre me ha resultado profundamente seria. Jesús no dijo que aquellas personas no recibieron nada. Recibieron exactamente aquello que buscaron. Querían ser vistas y fueron vistas; deseaban reconocimiento y lo obtuvieron. El problema era que habían cambiado una posible recompensa eterna por una gratificación inmediata. Cobraron demasiado pronto.

Si realizo una obra para que las personas me admiren y finalmente consigo admiración, quizá la inversión produjo

el retorno esperado. El inconveniente aparece cuando pretendo presentar la misma obra delante de Dios reclamando una recompensa adicional. Jesús parece enseñar que ciertas acciones pueden consumir su valor en el mismo mercado donde decidimos negociarlas. Esto nos obliga a revisar no solamente qué hacemos, sino dónde esperamos recibir.

Hay inversiones que colocamos deliberadamente en el mercado de la opinión humana. Necesitamos comentarios, agradecimientos y reconocimiento para sentir que aquello tuvo sentido. Si nadie responde, rápidamente perdemos motivación, porque en realidad esperábamos cobrar de las personas. Jesús propone otra manera de vivir: ***“Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:4).***

La confianza en la mirada del Padre nos permite realizar inversiones que no necesitan producir un retorno emocional inmediato. Podemos obedecer sin anunciarlo, servir sin registrar cada acción y entregar sin asegurarnos de que alguien conozca nuestra generosidad. No porque el anonimato sea automáticamente más espiritual, sino porque nuestra motivación puede descansar en una realidad superior a la aprobación humana.

Creo que una de las pruebas más difíciles para nuestro corazón consiste en descubrir si continuaríamos haciendo aquello que hacemos si nadie lo celebrara. ¿Seguiríamos sirviendo si nuestro nombre nunca fuera mencionado? ¿Continuaríamos enseñando si otros recibieran reconocimiento por verdades que aprendieron de nosotros?

¿Invertiríamos en una generación sabiendo que probablemente ellos cosecharán frutos que nosotros jamás veremos? ¿Escribiríamos si no pudiéramos contar cuántas personas descargaron nuestros libros? Estas preguntas no pretenden producir culpa. Son herramientas de evaluación.

Antes de que el fuego revise nuestras inversiones, podemos permitir que el Espíritu Santo examine nuestras motivaciones. David oró diciendo: ***“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”*** (Salmo 139:23 y 24). Solamente una persona que confía en el carácter de Dios puede realizar semejante oración con sinceridad. David no estaba invitando a un enemigo a investigar su vida, sino pidiendo al Señor que revelara aquello que él mismo quizá no podía percibir. Necesitamos esa clase de examen.

El corazón humano posee una extraordinaria capacidad para justificar sus motivaciones. Podemos llamar visión a nuestra ambición, excelencia a nuestra obsesión por impresionar y celo espiritual a nuestra necesidad de controlar. Incluso podemos convencernos sinceramente de que estamos defendiendo los intereses de Dios cuando, en realidad, procuramos proteger los nuestros.

Jeremías escribió: ***“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”*** Luego agrega inmediatamente la respuesta divina: ***“Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada***

***uno según su camino, según el fruto de sus obras” (Jeremías 17:9 y 10).*** Dios conoce los materiales de manera bien profunda.

Nosotros podemos confundir madera con oro cuando la obra todavía está cubierta por pintura religiosa, pero el Señor no evalúa mediante apariencias. Él conoce la fuente, el propósito y la motivación que acompañó cada construcción.

Pablo llevó esta verdad a un nivel todavía más personal cuando escribió: ***“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10).*** Debemos leer estas palabras dentro de la seguridad del Nuevo Pacto y sin mezclarlas con una doctrina de salvación por méritos. Pablo se incluye a sí mismo entre quienes comparecerán delante de Cristo. No está hablando como un hombre inseguro acerca de su justificación, sino como un apóstol profundamente consciente de que su vida sería evaluada.

***“Mientras estaba en el cuerpo...”*** Esta expresión establece claramente el período de nuestra administración. Ahora invertimos, ahora decidimos, ahora utilizamos tiempo, capacidades y recursos. Llegará un momento en el cual el período de administración terrenal habrá terminado y nuestras obras serán observadas desde la eternidad. No podremos regresar para modificar motivaciones ni recuperar años utilizados sin propósito. La vida presente posee un

carácter irrepetible que debería otorgar seriedad a nuestras decisiones.

Sin embargo, no creo que debamos vivir obsesionados con la posibilidad de equivocarnos. Una conciencia permanente de evaluación puede volverse paralizante si no conocemos verdaderamente al Señor. El siervo que recibió un talento en la parábola de Jesús dijo: ***“Tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra”*** (Mateo 25:25). El temor produjo inmovilidad.

Había construido una imagen de su señor que lo llevó a considerar la conservación como la alternativa más segura. Prefirió no arriesgar nada porque estaba demasiado preocupado por la posibilidad de perder. El Reino no procura formar inversores paralizados. Dios no nos entregó vida para que pasemos cada día preguntándonos angustiosamente si cada pequeña decisión producirá oro o heno.

La comunión con el Espíritu debe desarrollar en nosotros sensibilidad, no neurosis espiritual. Un hijo que conoce al Padre puede caminar, aprender y ser corregido durante el proceso.

Pablo mismo reconocía que todavía no había alcanzado perfección. Cometió errores, necesitó modificar planes y en determinadas ocasiones enfrentó circunstancias que no comprendía completamente. Sin embargo, continuó corriendo, porque la evaluación futura no elimina la gracia

presente, por el contrario, la gracia nos permite corregir mientras todavía estamos construyendo.

Si descubrimos que una motivación se contaminó, podemos arrepentirnos. Si reconocemos que hemos invertido años procurando reconocimiento, todavía podemos volver nuestro corazón hacia Dios. Si comprendemos que una obra nació de nuestra ambición y no de una verdadera asignación, no necesitamos continuar edificando simplemente porque ya colocamos demasiado esfuerzo en ella.

Mientras estamos en el cuerpo, todavía podemos revisar nuestras inversiones. Esta es una extraordinaria misericordia. El Espíritu Santo puede mostrarnos hoy aquello que el fuego revelará después. Puede confrontar una intención, detener un proyecto o pedirnos que soltemos algo que comenzó correctamente pero terminó ocupando un lugar equivocado. Su corrección no procura avergonzarnos, sino librarnos de invertir más vida en materiales que no resistirán.

Quizá por eso Pablo dijo: ***“Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados” (1 Corintios 11:31)***. El contexto inmediato está relacionado con la Cena del Señor y los desórdenes existentes en Corinto, pero el principio de permitir una evaluación presente antes de enfrentar consecuencias mayores merece nuestra atención. Ciertamente podemos examinarnos. No para justificarnos, porque solamente Cristo nos justifica, sino para administrar mejor.

A esta altura de mi vida, después de muchos años de ministerio, comprendo que una de las preguntas más importantes no es cuánto hemos hecho. Podemos llenar agendas, acumular viajes, predicar miles de mensajes y desarrollar una enorme cantidad de actividades. Si la simple ocupación fuera evidencia de productividad eterna, probablemente nuestra generación sería una de las más fructíferas de la historia.

Digo esto, porque nunca tuvimos tantas herramientas para hacer cosas. La pregunta es qué estamos construyendo. Pablo advirtió: *“Cada uno mire cómo sobreedifica”* (1 Corintios 3:10). Cómo, no es solamente cuánto. Podemos invertir enormes cantidades de vida en una construcción equivocada y luego utilizar el tamaño alcanzado como argumento para no revisarla. Cuanto más crece una obra, más difícil puede resultar formular preguntas incómodas acerca de su fundamento práctico, sus motivaciones y su verdadera contribución al propósito de Dios.

El éxito visible puede convertirse en una poderosa protección contra el examen. Si algo crece, suponemos que Dios lo aprueba. Si atrae personas, interpretamos que el cielo lo respalda. Si produce recursos, consideramos que la prosperidad demuestra su legitimidad. Sin embargo, la Biblia contiene suficientes ejemplos para enseñarnos que los resultados visibles no constituyen por sí mismos una prueba definitiva de aprobación divina.

Moisés golpeó la roca y en verdad salió agua, es decir que hubo resultados. El milagro fue hecho, el pueblo bebió, la necesidad fue satisfecha. Pero Dios no había dicho que golpear la roca en aquella ocasión. Este relato siempre debería incomodar nuestra fascinación con los resultados. Desde la perspectiva de una evaluación ministerial contemporánea, podríamos haber considerado aquella reunión extraordinariamente exitosa. Había una multitud necesitada, un líder realizó una acción y el agua fluyó abundantemente.

Sin embargo, Dios habló con Moisés acerca de desobediencia. Es posible hacer un milagro, obtener un resultado y estar equivocados en la manera de actuar. Por eso el fuego revisará nuestras inversiones. No solamente observará cuánto construimos, sino de qué estaba hecho aquello que levantamos. Las motivaciones, la obediencia, el amor y la fidelidad al propósito de Dios importan.

Pablo dijo que si la obra de alguno permaneciere, recibirá recompensa, pero ***“si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego”*** (1 Corintios 3:14 y 15). ***“Sufrirá pérdida”***. Aquí aparece una expresión que deberíamos considerar seriamente dentro de un libro acerca de inversiones eternas.

Pablo contempla la posibilidad de llegar a la eternidad siendo salvo y, sin embargo, descubrir que determinadas inversiones no tenían el valor que les atribuimos. No estamos

hablando de perder a Cristo ni de ser expulsados de la familia de Dios. El fundamento permanece. ***“Él mismo será salvo...”*** Pero la obra puede quemarse.

Tal vez esta sea una de las posibilidades más dolorosas que presenta la Escritura: haber utilizado vida real, tiempo real y fuerzas reales para construir algo que finalmente no permanece. No porque Dios sea cruel, sino porque elegimos materiales equivocados.

Esto debería producir en nosotros un santo temor. No el temor del esclavo que espera ser golpeado, sino la profunda reverencia del hijo que comprende el valor de aquello que recibió y no desea desperdiciarlo. Tenemos una vida, no sabemos cuántos años. Poseemos capacidades diferentes, oportunidades particulares y una medida de influencia que quizá cambie a lo largo del tiempo. Dios no nos pedirá cuentas por aquello que entregó a otros, pero sí existe una administración relacionada con lo que colocó en nuestras manos. Reitero: “Un día el fuego revisará nuestras inversiones”.

Muchas cosas que parecían enormes quizá desaparezcan rápidamente y otras que consideramos pequeñas comenzarán a brillar con una pureza que jamás imaginamos. Tal vez descubramos el valor eterno de una conversación que habíamos olvidado, de una persona formada silenciosamente o de una obediencia que nadie celebró. También puede ocurrir que algunas actividades por

las que recibimos reconocimiento no posean el peso que nosotros les atribuíamos. Ese día la evaluación será perfecta.

Pero bueno, ese día todavía no llegó. Hoy seguimos construyendo. Y precisamente porque todavía tenemos tiempo, podemos mirar aquello que estamos haciendo y formular una pregunta sencilla pero profundamente seria: si el fuego tocara hoy nuestras inversiones, ¿qué quedaría?

No necesitamos conocer la respuesta completa. El Espíritu Santo sí la conoce, por eso podemos permitir que examine nuestros corazones, corrija nuestras motivaciones y vuelva a orientar nuestras fuerzas hacia aquello que verdaderamente posee valor eterno. No tenemos que esperar aquel día para descubrir que estábamos construyendo con materiales equivocados.

Todavía podemos cambiar, todavía podemos invertir mejor. Porque el fuego vendrá, no para decidir si Cristo fue suficiente como fundamento, sino para revelar qué hicimos nosotros sobre aquello que Él, por gracia, nos permitió recibir. Y cuando comprendemos esta verdad, una pregunta comienza inevitablemente a ocupar nuestro corazón. Si nuestras obras serán evaluadas y existe verdadera recompensa en el Reino, ¿es correcto servir esperando recibirla?



## Capítulo diez

### ¿ES CORRECTO ESPERAR RECOMPENSAS?

***“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”.***

Hebreos 11:6

Hay preguntas que parecen demasiado espirituales para ser formuladas con sinceridad. Sabemos que existen, percibimos la tensión que producen dentro de nosotros y, sin embargo, preferimos no pronunciarlas porque tememos que revelen motivaciones incorrectas. Una de ellas está directamente relacionada con el tema que venimos desarrollando: si entregamos nuestra vida a Dios y procuramos participar de Su propósito, ¿es correcto esperar recibir algo a cambio?

La respuesta automática de muchos creyentes probablemente sería negativa. Hemos aprendido que debemos servir a Dios exclusivamente por amor, sin esperar absolutamente nada, y cualquier referencia a una recompensa puede parecernos una forma refinada de egoísmo espiritual.

Según esta manera de pensar, la verdadera consagración debería estar completamente despojada de toda expectativa personal y una persona verdaderamente madura jamás consideraría aquello que Dios pudiera darle como resultado de su fidelidad. La idea parece profundamente piadosa. El problema es que resulta difícil sostenerla cuando leemos las Escrituras.

El escritor de la carta a los hebreos declara que quien se acerca a Dios debe creer dos cosas fundamentales: que Él existe y que es galardonador de quienes le buscan. Resulta sorprendente que la expectativa de recompensa aparezca dentro de una declaración acerca de la fe que agrada a Dios. No estamos frente a una enseñanza marginal ni a una concesión realizada para creyentes inmaduros. La Escritura afirma claramente que creer en el carácter recompensador de Dios forma parte de nuestra confianza en Él.

¡Dios es galardonador! La pregunta, entonces, no debería ser si existe recompensa en el Reino, porque la Biblia responde afirmativamente. El verdadero asunto consiste en comprender qué clase de recompensa esperamos, por qué la deseamos y qué lugar ocupa dentro de nuestra relación con Dios.

La codicia puede utilizar lenguaje espiritual. Esto ha quedado demostrado demasiadas veces a lo largo de la historia de la Iglesia. Podemos tomar promesas bíblicas, aislarlas de su contexto y convertir a Dios en una especie de instrumento destinado a multiplicar nuestras posesiones.

Bajo esa lógica, dar deja de ser una expresión de amor o participación en el propósito divino y se convierte en una estrategia para obtener más. La ofrenda es presentada como una semilla financiera cuyo objetivo principal consiste en producir riqueza personal y la fe termina reducida a una técnica para acceder a beneficios.

No necesitamos negar los principios bíblicos de siembra y cosecha para reconocer los abusos cometidos en su nombre. Sin embargo, Pablo enseñó claramente que ***“el que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”*** (2 Corintios 9:6). Jesús habló de dar y recibir, y Proverbios contiene numerosos principios relacionados con la generosidad y la provisión. El problema comienza cuando colocamos al hombre en el centro y utilizamos cada principio del Reino solo para alimentar aquello que Cristo vino a confrontar.

La codicia no deja de ser codicia porque agreguemos un versículo. Si entregamos cien esperando obtener mil exclusivamente para aumentar nuestra capacidad de consumo, quizá no hemos vencido el amor al dinero; simplemente hemos encontrado una manera religiosa de justificarlo. El Reino no fue establecido para financiar nuestras ambiciones personales y Dios no es un socio comercial al que incorporamos dentro de nuestros proyectos porque posee capital ilimitado. Sin embargo, el abuso de una verdad no debería obligarnos a abandonarla.

¡Dios recompensa! Jesús enseñó esta verdad con una naturalidad que puede resultar incómoda para nuestra teología. En el Sermón del Monte dijo: ***“Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos”*** (Mateo 5:12). Cuando habló acerca de amar a los enemigos preguntó: ***“Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?”*** (Mateo 5:46). Al enseñar sobre la limosna, la oración y el ayuno, mencionó repetidamente al Padre que recompensa.

Jesús no parecía considerar espiritualmente peligroso que Sus discípulos supieran que existía galardón. Más aún, en determinadas ocasiones utilizó la recompensa como parte explícita de Su enseñanza. ***“Haceos tesoros en el cielo”*** (Mateo 6:20). La expresión contiene una invitación consciente a considerar el futuro de nuestras inversiones.

Cristo no dijo simplemente que viviéramos correctamente y procuráramos olvidar completamente cualquier consecuencia eterna. Nos enseñó que podíamos colocar tesoros en una dimensión donde la polilla y el orín no corrompen y donde los ladrones no pueden entrar. Esto significa que la expectativa de retorno no es necesariamente contraria al amor. Todo depende de aquello que amamos.

Un padre puede invertir años formando a sus hijos y esperar legítimamente verlos maduros. Un maestro enseña deseando que sus alumnos aprendan y un agricultor trabaja esperando cosecha. La expectativa de fruto no convierte

automáticamente la inversión en egoísta. En muchos casos, precisamente el amor produce el deseo de ver un resultado.

Pablo escribió a los tesalonicenses: ***“Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo”*** (1 Tesalonicenses 2:19 y 20). Qué extraordinaria definición de recompensa.

Pablo contemplaba personas. Cuando pensaba en la venida del Señor y en aquello que produciría gozo delante de Cristo, recordaba a hombres y mujeres en quienes había invertido su vida. No imaginaba propiedades celestiales ni una posición destinada a alimentar eternamente su ego. Su corona estaba relacionada con el fruto producido en otros. Esto nos permite comprender que el Reino no solamente modifica el lugar donde esperamos recibir; transforma nuestra definición de ganancia.

Mientras el corazón permanezca gobernado por los valores del sistema, incluso nuestra imaginación acerca del cielo puede ser profundamente materialista. Podemos pensar en recompensas eternas como versiones superiores de los símbolos de éxito terrenal. Si aquí deseamos posiciones, imaginamos posiciones celestiales; si amamos la exhibición, podemos interpretar las coronas bíblicas como trofeos destinados a demostrar que fuimos mejores que otros.

Pero quizá estamos proyectando nuestras ambiciones presentes sobre una realidad que funciona conforme a valores completamente diferentes. Las coronas del Reino no alimentarán la vanidad. La presencia de Cristo habrá destruido definitivamente cualquier ilusión acerca de nuestra grandeza independiente.

Nadie llegará delante del Señor creyendo que sus logros lo convirtieron en una persona extraordinaria. Cuando contemplemos al Cordero comprenderemos, con una claridad imposible de experimentar plenamente ahora, que todo comenzó en Su gracia, fue sostenido por Su vida y solamente pudo producir fruto mediante aquello que recibimos de Él.

Por eso la escena de Apocalipsis resulta tan significativa. Los veinticuatro ancianos están delante del trono y poseen coronas de oro, pero cuando adoran ***“echan sus coronas delante del trono”*** (Apocalipsis 4:10). Las recibieron, y las entregaron. La recompensa no terminó en ellos; se convirtió en adoración.

Tal vez aquí encontramos una clave extraordinaria para comprender la economía eterna. Dios puede recompensar nuestra fidelidad sin alimentar nuestro ego porque, cuando vemos correctamente, todo aquello que recibimos aumenta nuestra capacidad de reconocer Su gracia. La corona no demuestra cuánto logramos independientemente de Dios. Testifica acerca de aquello que Su vida pudo producir en nosotros cuando respondimos a ella.

Pablo comprendía esta dinámica. Después de trabajar más abundantemente que otros apóstoles, escribió: ***“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”*** (1 Corintios 15:10). Observemos el equilibrio. Pablo no negó su trabajo. Dijo claramente que había trabajado más que todos ellos.

Una falsa humildad podría haberlo llevado a minimizar su esfuerzo y responder: “Yo no hice absolutamente nada”. Pero eso no habría sido verdad. Pablo viajó, predicó, sufrió, escribió, formó líderes y enfrentó innumerables dificultades. Indudablemente trabajó. Sin embargo, sabía reconocer la fuente de su capacidad. ***“Pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo...”***

La gracia no anuló la participación de Pablo y la participación de Pablo no disminuyó la gloria de la gracia. Ambas realidades podían ser reconocidas sin contradicción. Dios había entregado y Pablo había respondido. La inversión divina encontró una administración humana dispuesta y el fruto apareció. Por eso podía esperar una corona sin considerarse merecedor independiente de ella.

Al final de su vida escribió: ***“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día”*** (2 Timoteo 4:8). Pablo esperaba recibir. No encontramos vergüenza en sus palabras ni la necesidad de aclarar que preferiría no tener ninguna recompensa para demostrar la pureza de su amor.

Tal vez nuestro problema consiste en que hemos asociado la pureza del amor con la ausencia total de deseo. Sin embargo, el amor bíblico no destruye el deseo; lo ordena. Jesús deseaba. Pablo deseaba. Los hombres de fe desearon una patria mejor y Moisés tuvo puesta la mirada en el galardón.

El asunto no es desear, sino saber qué deseamos. Jesús dijo: ***“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Juan 17:24)***. Había un deseo en el corazón del Hijo. Quería compartir Su gloria con aquellos que el Padre le había entregado.

Hebreos declara que Jesús soportó la cruz ***“por el gozo puesto delante de él” (Hebreos 12:2)***. Ya consideramos esta verdad anteriormente, pero ahora necesitamos observarla desde la perspectiva de la recompensa. Cristo podía mirar más allá del sufrimiento presente y contemplar un resultado que producía gozo.

Isaías había profetizado que ***“verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:11)***. Fruto y satisfacción. Si esperar fruto fuera una motivación impura, tendríamos un serio problema para explicar estas declaraciones acerca de Cristo. Sin embargo, el amor puede esperar cosecha.

Una madre atraviesa los dolores del parto por el gozo de recibir a su hijo. Un padre trabaja durante años esperando ofrecer oportunidades a su familia. Un misionero puede

soportar dificultades porque desea ver a personas conocer a Cristo. Un pastor invierte décadas esperando contemplar una Iglesia madura y un maestro repite una verdad porque anhela verla convertida en vida dentro de quienes lo escuchan. No toda expectativa es egoísmo. A veces la expectativa nace precisamente del amor.

Por eso necesitamos revisar la idea de que servir sin esperar absolutamente nada constituye necesariamente la expresión máxima de espiritualidad. Quizá la pregunta correcta no sea si esperamos recompensa, sino qué recompensa sería capaz de satisfacer nuestro corazón.

Pedro preguntó: ***“He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?”*** (Mateo 19:27). Ya observamos esta escena anteriormente desde la perspectiva de la entrega, pero ahora debemos considerar la respuesta de Jesús. El Señor no reprendió a Pedro por preguntar acerca del retorno. Le habló de aquello que recibirían y extendió la promesa a quienes hubieran dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o tierras por causa de Su nombre. Jesús respondió a la pregunta.

Esto no significa que Pedro comprendiera perfectamente la naturaleza de la recompensa. Poco después, la madre de Jacobo y Juan pediría posiciones especiales para sus hijos en el Reino, demostrando que los discípulos todavía interpretaban muchas cosas desde parámetros humanos. Querían recompensa, pero necesitaban aprender a valorar correctamente aquello que Dios consideraba grande.

Nosotros enfrentamos el mismo proceso. Podemos comenzar buscando a Dios porque necesitamos algo. Tal vez una crisis nos acercó, una enfermedad produjo desesperación o un problema familiar nos llevó a orar con una intensidad desconocida. Dios, en Su misericordia, puede recibirnos incluso cuando nuestras motivaciones todavía están profundamente concentradas en nosotros mismos.

Pero el amor madura. Con el tiempo comenzamos a descubrir que la mayor recompensa de buscar a Dios no es aquello que puede entregarnos. Sino que es Dios. David escribió: ***“Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa” (Salmo 16:5)***. Asaf atravesó una profunda crisis al observar la prosperidad de los impíos, pero finalmente llegó a una conclusión extraordinaria: ***“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Salmo 73:25 y 26)***.

¡Mi porción es Dios! Cuando esta revelación comienza a gobernarnos, la recompensa deja de ser un competidor de nuestra relación con el Señor. Ya no buscamos a Dios solamente para obtener algo diferente de Él, porque comprendemos que ninguna dádiva puede superar al Dador.

Abraham recibió una declaración extraordinaria después de la batalla contra los reyes y su encuentro con Melquisedec: ***“No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (Génesis 15:1)***. Algunas traducciones permiten percibir todavía con mayor

fuerza la idea: “Yo soy tu escudo y tu recompensa muy grande”. Dios mismo como recompensa.

Quizá esta sea la madurez final de toda inversión eterna. Comenzamos preguntando qué recibiremos y, a medida que conocemos al Señor, descubrimos que el mayor retorno de haberle entregado la vida consiste en haber ganado una capacidad más profunda de conocerlo, amarlo y participar de aquello que Él ama.

Pablo había obtenido revelaciones, desarrollado un ministerio extraordinario y sido utilizado para establecer iglesias en diferentes regiones. Sin embargo, cuando escribió a los filipenses expresó el deseo que continuaba gobernando su corazón: ***“A fin de conocerle” (Filipenses 3:10)***. La pregunta que podemos hacernos es: ¿Acaso Pablo no lo conocía? Por supuesto que sí. Pero había descubierto una riqueza en Cristo cuya profundidad parecía aumentar cuanto más avanzaba. No estaba satisfecho con la información recibida ni con los logros ministeriales alcanzados. Quería conocerlo más.

Entonces comprendemos mejor por qué podía considerar pérdida sus antiguas ganancias. Había encontrado un tesoro superior. La recompensa del Reino no debería imaginarse exclusivamente como cosas que Dios colocará en nuestras manos. Existe una dimensión mucho más profunda relacionada con aquello que llegamos a ser, la comunión que desarrollamos y la capacidad de participar de Su gloria.

Jesús habló acerca del siervo fiel y dijo que su señor le respondería: ***“Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”*** (Mateo 25:21). ***“Entra en el gozo de tu señor...”*** Siempre me ha impresionado esa expresión. La recompensa no era solamente recibir más responsabilidad. El siervo era invitado a participar del gozo de su señor. Había una dimensión relacional en el reconocimiento.

Tal vez hemos imaginado el galardón de manera demasiado material. Seguramente una parte será así, pero ¿Qué podría superar escuchar a Cristo decir: “Bien buen siervo fiel, entra al gozo de tu Señor...”?

Después de haber vivido entre tantas voces, opiniones y evaluaciones, ¿qué valor tendrá la aprobación perfecta del Señor? ¿Qué importará entonces cuántas personas comprendieron nuestras decisiones o cuántas veces fuimos ignorados? Una sola palabra procedente de Aquel que conoce completamente nuestra historia será suficiente para colocar cada inversión en su verdadera dimensión.

***“Bien, buen siervo y fiel...”*** No dice famoso, no dice exitoso según los parámetros humanos. Dice fiel, y la fidelidad es una de las monedas más valiosas de la economía del Reino porque expresa continuidad entre aquello que recibimos y la manera en que lo administramos. El siervo fiel no necesariamente tuvo las mismas oportunidades que otros ni produjo idéntica cantidad de resultados. En la parábola de los talentos, uno entregó diez y otro cuatro, considerando el

capital original y la multiplicación obtenida. Sin embargo, ambos escucharon exactamente la misma aprobación.

El señor no comparó al que recibió dos talentos con quien había recibido cinco. Evaluó la fidelidad de cada uno conforme a aquello que había colocado en sus manos. Esto debería liberarnos de una enorme presión. No necesitamos producir la cosecha de otro. No tenemos que alcanzar la influencia de otra persona, reproducir su ministerio ni administrar los recursos que Dios le entregó. La comparación puede llevarnos a realizar inversiones completamente equivocadas porque comenzamos a colocar nuestra vida en territorios que nunca nos fueron asignados.

Nuestra recompensa no dependerá de haber vivido la vida de alguien más. Dios conoce perfectamente lo que nos entregó. Por eso la expectativa de recompensa puede producir responsabilidad sin necesidad de generar competencia. Sé que mi vida será evaluada, pero no necesito superar a nadie. Solamente deseo ser fiel.

Quizá ahora podamos responder la pregunta que da título a este capítulo. ¿Es correcto esperar recompensa? ¡Sí! La Escritura nos permite hacerlo. Más aún, nos enseña a creer que Dios es galardonador. Pero necesitamos permitir que el Espíritu Santo purifique nuestra comprensión del galardón. Si solamente esperamos que Dios multiplique nuestra comodidad, aumente nuestro prestigio y financie nuestros deseos, todavía estamos intentando utilizar la economía del Reino para obtener ganancias del sistema.

La recompensa eterna es demasiado grande para reducirla a eso. Podemos esperar fruto, podemos desear contemplar personas transformadas, podemos anhelar que nuestras inversiones permanezcan, podemos correr esperando una corona y trabajar sabiendo que nuestro esfuerzo en el Señor no es en vano. Podemos creer que el Padre ve en secreto y confiar en que ninguna obediencia será olvidada. Y, por encima de todo, podemos desearlo a Él.

Quizá un día estaremos delante del Señor y comprenderemos finalmente el verdadero significado de cada recompensa. Entonces veremos con claridad cuánto de aquello que hicimos fue posible solamente por Su gracia y cualquier corona recibida se convertirá naturalmente en una nueva razón para adorarlo. Seguramente no tendremos dificultad en colocarla a Sus pies.

Después de todo, Él nos dio la vida que invertimos, la gracia que nos sostuvo, los dones que administramos y las oportunidades en las que pudimos participar. Todo comenzó en Él, todo fue posible por Él, y todo terminará regresando a Él. Sin embargo, antes de llegar a ese día todavía tenemos capital en nuestras manos. Todavía poseemos tiempo, fuerzas, capacidades y oportunidades que pueden ser administradas. La pregunta ya no es si existe retorno ni si es legítimo esperar.

La pregunta es mucho más práctica. Si verdaderamente creemos en las inversiones eternas, ¿dónde deberíamos colocar hoy nuestra vida?

## PARTE IV

# UNA CARTERA DE INVERSIONES

## Capítulo once

### INVERTIR EN PERSONAS

***“Así nosotros, por el cariño que os tenemos, nos complacíamos en entregaros no solo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos”.***

1 Tesalonicenses 2:8

Si alguien me preguntara cuál es una de las inversiones más complejas que puede realizar durante su vida, probablemente respondería sin demasiada vacilación: invertir en personas. No porque los seres humanos carezcan de valor, sino precisamente porque poseen voluntad, emociones, procesos y una capacidad de decisión que jamás podremos controlar completamente.

Podemos invertir en una propiedad y realizar determinados cálculos acerca de su posible rendimiento; podemos colocar recursos en un proyecto, analizar variables y procurar reducir riesgos, pero cuando decidimos invertir nuestra vida en una persona entramos en un territorio donde

los resultados nunca estarán completamente bajo nuestro dominio.

Las personas pueden sorprendernos maravillosamente, pero también pueden decepcionarnos. Pueden recibir durante años aquello que les entregamos y un día tomar decisiones que parecen contradecir todo lo aprendido. Algunas expresarán gratitud y otras olvidarán rápidamente nuestro esfuerzo; habrá quienes reconozcan públicamente aquello que recibieron y quienes, después de crecer, parezcan recordar su historia como si siempre hubieran llegado solos hasta donde están.

Por eso invertir en personas requiere algo más profundo que entusiasmo. Necesitamos comprender el corazón de Dios. Cuando observamos la manera en que Jesús administró Su ministerio terrenal, resulta imposible ignorar el valor que otorgó a las personas. Las multitudes ocuparon un lugar importante y los Evangelios registran momentos en los que miles se reunieron para escucharlo.

Jesús enseñó públicamente, sanó enfermos y respondió con compasión frente a necesidades colectivas. Sin embargo, dentro de esa enorme demanda ministerial tomó una decisión que, observada desde ciertos parámetros contemporáneos, podría parecernos extrañamente limitada.

Luego escogió a doce. Marcos relata que Jesús ***“subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para***

*enviarlos a predicar” (Marcos 3:13 y 14).* La expresión merece nuestra atención: *“para que estuviesen con él”*. Antes de enviarlos, permitió que estuvieran y que disfrutaran Su presencia.

Jesús no comenzó entregándoles simplemente un manual de procedimientos ministeriales ni organizó un seminario intensivo para explicarles cómo reproducir Su modelo. Los incorporó a Su vida. Caminaron con Él, observaron Su manera de relacionarse con las personas, escucharon Sus respuestas, contemplaron Su reacción frente a la oposición y fueron testigos de Su comunión con el Padre.

Recibieron enseñanzas que las multitudes también escucharon, pero tuvieron acceso a algo que solamente puede recibirse mediante cercanía. Vieron de cerca la vida del Señor ¿Qué se puede comparar con eso?

Esta es una de las dimensiones más costosas de invertir en personas, porque transmitir información puede demandar algunas horas, pero impartir vida requiere proximidad. Podemos preparar una enseñanza, comunicarla correctamente y retirarnos. La formación, en cambio, permite que otros nos observen durante períodos más prolongados y conozcan aspectos de nuestra manera de vivir que una plataforma nunca revela.

Pablo comprendía esta diferencia cuando escribió a los tesalonicenses que se había complacido en entregarles no solamente el evangelio de Dios, sino también su propia vida.

El apóstol tenía un mensaje y lo predicaba con claridad, pero sabía que la formación de personas demandaba algo más que palabras correctas. “También nuestras propias vidas”.

Tal vez aquí encontramos una de las razones por las que resulta más sencillo construir audiencias que formar discípulos. Una audiencia necesita contenido. Un discípulo necesita participación.

No estoy menospreciando el valor de los medios masivos. Sería absurdo hacerlo mientras escribo un libro con la esperanza de alcanzar personas que probablemente nunca conoceré personalmente. Agradezco profundamente las herramientas que nos permiten comunicar una enseñanza más allá de nuestras posibilidades físicas y creo que debemos utilizarlas sabiamente. Pero ningún medio debería hacernos olvidar que el modelo de Cristo continúa teniendo una dimensión profundamente relacional.

Jesús conocía a Sus discípulos. Sabía que Pedro era impulsivo, conocía las ambiciones de Jacobo y Juan y estaba perfectamente consciente de las dudas de Tomás. Escuchó sus discusiones acerca de quién sería el mayor y tuvo que corregir repetidamente su dificultad para comprender la naturaleza del Reino. En algunas ocasiones pareció sorprendido por su lentitud espiritual y llegó a preguntar: ***“¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?” (Marcos 9:19)***. Sin embargo, continuó invirtiendo. Esto debería animar a cualquiera que alguna vez haya intentado formar personas.

Los discípulos de Jesús no fueron alumnos extraordinariamente sencillos. Después de escuchar enseñanzas acerca del servicio discutieron sobre posiciones. Después de contemplar milagros continuaron luchando con incredulidad y, cuando Jesús más necesitaba que permanecieran despiertos, se durmieron. Pedro negó conocerlo y, durante la crucifixión, la mayoría se dispersó.

Si evaluáramos la inversión de Jesús durante aquellas horas, podríamos formular preguntas incómodas acerca del rendimiento de Su discipulado. Había entregado años, les había explicado parábolas en privado, habían visto lo que otros nunca contemplaron, y cuando llegó una de las horas más difíciles, huyeron. Sin embargo, Jesús sabía algo acerca de ellos que aquella noche todavía no podía verse completamente.

El proceso no había terminado. Después de resucitar, no reunió un nuevo equipo argumentando que el anterior había demostrado ser poco confiable. Regresó a los mismos hombres, restauró a Pedro y continuó hablándoles acerca del Reino de Dios. Antes de ascender les dijo que recibirían poder cuando hubiera venido sobre ellos el Espíritu Santo y que serían Sus testigos hasta lo último de la tierra.

Jesús no confundió una crisis con el resultado final de Su inversión. Nosotros podemos hacerlo. Cuando alguien en quien hemos invertido toma una mala decisión, la decepción puede llevarnos a formular conclusiones definitivas. Pensamos que todo lo enseñado fue inútil y que los años

entregados no produjeron nada. En algunos casos, incluso desarrollamos una especie de mecanismo de defensa y decidimos no volver a involucrarnos profundamente con nadie.

“Ya aprendí...” La frase parece expresar experiencia, pero algunas veces solamente describe una herida que comenzó a gobernar nuestras inversiones futuras. Por supuesto, necesitamos aprender. La sabiduría debe permitirnos reconocer patrones destructivos, establecer límites y comprender que no todas las personas recibirán el mismo nivel de acceso a nuestra vida. Jesús amó a las multitudes, escogió doce y, dentro de los doce, Pedro, Jacobo y Juan participaron de determinados momentos que otros no presenciaron.

El amor puede ser universal. El acceso no necesariamente. Invertir en personas no significa relacionarnos con todos de la misma manera ni entregar indiscriminadamente nuestro tiempo a cualquiera que lo demande. Jesús no respondió a cada expectativa humana y hubo momentos en los que se retiró de las multitudes. La compasión nunca anuló Su capacidad de discernir asignaciones.

Esta verdad es especialmente importante para quienes desarrollamos una función pastoral. La necesidad puede convertirse en un pozo sin fondo. Siempre habrá alguien que desea hablar, una situación que necesita atención y un problema que parece urgente. Si intentamos responder

personalmente a cada demanda, terminaremos agotados y probablemente descuidaremos a las personas en quienes deberíamos realizar una inversión más profunda.

Jesús ministró a multitudes, pero formó apóstoles. No es lo mismo. Una multitud puede recibir un milagro y continuar su camino. Un discípulo recibe una formación que posteriormente le permitirá participar de aquello que el maestro está haciendo.

Por eso Jesús no midió Su éxito exclusivamente por la cantidad de personas reunidas. En **Juan 6** encontramos una multitud tan impresionada por la multiplicación de los panes que pretendía hacerlo rey. Cualquier especialista contemporáneo en crecimiento podría haber considerado aquel momento una oportunidad extraordinaria. Había entusiasmo, reconocimiento y miles de personas interesadas.

Jesús comenzó a enseñar cosas difíciles. El resultado fue una disminución dramática de Su audiencia. ***“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Juan 6:66).*** Jesús miró a los doce y preguntó: ***“¿Queréis acaso iros también vosotros?” (Juan 6:67).*** No modificó Su mensaje para recuperar la multitud.

Estaba formando personas capaces de permanecer por revelación y no simplemente por entusiasmo. Pedro respondió: ***“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68).*** Todavía le faltaba mucho por aprender, pero algo había comenzado a establecerse en él.

Pedro no dijo que comprendía todo. De hecho, los capítulos siguientes demostrarían que continuaba interpretando equivocadamente muchas cosas. Sin embargo, había reconocido la fuente. ***“Solo tú tienes palabras de vida eterna”.***

La formación procura ayudar a reconocer la vida. Esta diferencia es fundamental, porque también podemos invertir en personas con motivaciones profundamente equivocadas. Alguien puede formar discípulos procurando construir seguidores personales. Puede entregar tiempo, conocimiento y oportunidades esperando recibir lealtad incondicional. Entonces la inversión desarrolla silenciosamente una deuda emocional: “Después de todo lo que hice por ti, deberías responder de esta manera...”

Debo reconocer que he visto demasiado dolor producido por esta clase de relaciones. Líderes que consideran traición cualquier decisión independiente de quienes formaron, padres espirituales que pretenden controlar cada aspecto de la vida de sus hijos y ministros que llevan una contabilidad emocional de todo aquello que entregaron. La formación deja de ser una inversión en el propósito de Dios y se convierte en una estrategia para construir patrimonio humano.

Debemos tener en claro que las personas no nos pertenecen. Esta verdad puede resultar dolorosa cuando hemos invertido mucho en ellas pero es absoluta. Pablo escribió a los corintios: ***“Porque ¿qué es Pablo, y qué es***

***Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído” (1 Corintios 3:5).*** La iglesia había comenzado a dividirse alrededor de figuras ministeriales. Algunos decían ser de Pablo y otros de Apolos, pero el apóstol se negó a utilizar aquella lealtad como una oportunidad para aumentar su posición, por eso dijo: ***“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios” (1 Corintios 3:6).*** Pablo sabía reconocer su inversión sin apropiarse del fruto. Había plantado.

No necesitaba negar aquello que hizo para parecer humilde. Su participación había sido real y su trabajo tenía valor. Pero la planta no le pertenecía, porque la vida y el crecimiento solo lo puede dar Dios. Cuando comprendemos esto podemos invertir en personas con manos abiertas. Las amamos, formamos y acompañamos, pero sabemos que pertenecen al Señor. Si un día Dios las conduce hacia otro territorio, no necesitamos interpretar automáticamente su partida como una pérdida personal.

Quizá nuestra inversión estaba destinada precisamente a prepararlas para algo que ocurriría lejos de nosotros. Bernabé comprendió extraordinariamente el valor de invertir en personas. Cuando Saulo llegó a Jerusalén después de su conversión, los discípulos tenían miedo de él y no creían que verdaderamente fuera discípulo. La desconfianza era comprensible. Saulo había perseguido a la Iglesia y su nombre estaba relacionado con amenazas y muerte.

***“Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles” (Hechos 9:27).*** Qué pequeña frase: ***“Tomándole...”*** Bernabé utilizó su credibilidad para abrir una puerta a un hombre en quien otros todavía no confiaban. Escuchó su historia, creyó en la obra de Dios y lo presentó delante de quienes podían reconocerlo.

Años después, cuando la iglesia de Jerusalén envió a Bernabé a Antioquía, ocurrió algo que siempre me ha resultado extraordinario. El ministerio estaba creciendo, muchas personas se convertían al Señor y Bernabé podría haber aprovechado aquella oportunidad para consolidar su propia posición. En cambio, ***“fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo” (Hechos 11:25).***

¡Fue a buscarlo! Bernabé recordó a un hombre que no estaba presente. Esto revela el corazón de alguien capaz de invertir en personas. Mientras otros pueden sentirse amenazados por el potencial ajeno, Bernabé vio una obra creciendo y pensó en alguien que podría contribuir. No se preguntó cómo proteger su protagonismo, sino quién tenía la capacidad necesaria para participar de aquello que Dios estaba haciendo.

Encontró a Saulo y lo llevó a Antioquía. Durante un año enseñaron juntos. Después, el Espíritu Santo dijo: ***“Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2).*** Observemos el orden de los nombres: Bernabé y Saulo. Bernabé era la figura reconocida y Saulo todavía aparecía después.

Pero el orden comenzó a cambiar. Más adelante Lucas escribe ***“Pablo y sus compañeros”*** (Hechos 13:13). Posteriormente encontramos repetidamente la expresión ***“Pablo y Bernabé”***. El discípulo comenzó a ocupar un lugar de enorme influencia. ¿Fue una pérdida para Bernabé? Solamente si interpretamos las relaciones desde la competencia.

Un verdadero formador no necesita permanecer eternamente delante de aquellos en quienes invirtió. Su gozo puede consistir precisamente en contemplar cómo alguien alcanza lugares que él nunca alcanzará.

Juan el Bautista expresó una verdad semejante acerca de Cristo, aunque naturalmente estamos hablando de una relación única e incomparable: ***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”*** (Juan 3:30). La madurez puede celebrar el crecimiento de otro sin interpretarlo como disminución personal.

Esto es particularmente importante en la formación generacional. Cada generación debería desear que la siguiente avance más. Un padre no se siente humillado porque su hijo alcance una educación que él nunca tuvo. Por el contrario, puede considerar que parte de su propio esfuerzo encontró fruto precisamente en esa superación. ¿Por qué nos cuesta tanto aplicar esta lógica al Reino?

Tal vez porque hemos convertido algunas asignaciones en identidades personales. Ya no administramos un

ministerio; comenzamos a sentir que somos el ministerio. Entonces cualquier persona que crece cerca de nosotros puede ser percibida inconscientemente como una amenaza.

Un líder inseguro forma asistentes, pero un padre espiritual forma hijos. El asistente existe para facilitar la tarea del líder. El hijo es preparado para recibir herencia, madurar y asumir responsabilidad. Naturalmente, utilizo estas expresiones como principios y no como títulos destinados a construir nuevas jerarquías religiosas. Hemos abusado demasiado del vocabulario familiar mientras manteníamos estructuras profundamente controladoras.

La verdadera paternidad desea impartir. Pablo escribió a Timoteo: ***“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”*** (2 Timoteo 2:2). Observemos las generaciones contenidas en un solo versículo: Pablo, Timoteo, hombres fieles, otros.

La inversión debía continuar avanzando más allá de la relación inmediata. Pablo no le dijo a Timoteo que conservara cuidadosamente todo aquello recibido para demostrar siempre quién había sido su maestro. Le ordenó entregarlo.

La verdadera impartición posee vocación de multiplicación. Si aquello que entregamos muere con las personas que formamos, quizá no comprendimos completamente el propósito. Necesitamos enseñar a quienes

enseñarán, formar a quienes formarán e invertir en personas capaces de continuar cuando nosotros ya no estemos. Esto requiere generosidad.

Compartir conocimiento puede hacernos sentir reemplazables. Si explicamos todo lo que sabemos, alguien podría aprender y hacerlo incluso mejor. Si abrimos nuestros procesos, otros pueden descubrir que determinadas cosas que parecían extraordinarias también pueden ser aprendidas. Por eso algunas personas administran el conocimiento como un instrumento de poder.

Entregan lo suficiente para mantener interesados a otros, pero conservan siempre una parte que garantice su dependencia. ¡Jesús no hizo eso! Antes de ir al Padre dijo a Sus discípulos: ***“El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará”*** (Juan 14:12). No manifestó inseguridad frente a la posibilidad de que Sus discípulos fueran utilizados poderosamente.

Naturalmente, nadie puede superar la persona ni la obra redentora de Cristo; las ***“mayores obras”*** deben comprenderse dentro de la expansión del testimonio mediante Su Cuerpo y la obra del Espíritu. Pero el principio continúa siendo extraordinario: Jesús preparó a Sus discípulos para continuar: ***“Como me envió el Padre, así también yo os envío”*** (Juan 20:21).

La inversión de Cristo en aquellos hombres tenía propósito de continuidad. Tal vez deberíamos preguntarnos

quién podría continuar algunas de las cosas que hoy dependen exclusivamente de nosotros. Entiendo que la pregunta puede resultar incómoda, porque conozco pastores que llevan décadas desarrollando tareas que nadie más sabe realizar. Empresarios que construyeron organizaciones completamente dependientes de su presencia y padres que nunca permitieron a sus hijos tomar decisiones porque siempre consideraron más sencillo resolverlas personalmente.

La dependencia puede hacernos sentir importantes. Pero no siempre demuestra que formamos correctamente. Jesús sabía que regresaría al Padre y preparó hombres para continuar. Pablo sabía que su partida estaba cercana y escribió a Timoteo. David preparó materiales para Salomón y Moisés impuso sus manos sobre Josué.

Los hombres verdaderamente conscientes de la eternidad comprenden que no son indispensables. Participan, invierten, preparan, y un día entregan. Nuestra generación necesita recuperar el arte de invertir en personas sin poseerlas. Necesitamos formar sin controlar, impartir sin producir dependencia y abrir puertas sin exigir que quienes las atraviesan pasen el resto de su vida recordando públicamente quién les permitió entrar.

Esto puede no es sencillo, porque las personas pueden herirnos, pero ese es el diseño del Reino y debemos respetarlo. Pablo conoció la decepción. Demas lo abandonó amando este mundo. Alejandro el calderero le causó muchos

males y, en su primera defensa, ninguno estuvo a su lado. El gran formador de hombres también experimentó la soledad producida por decisiones ajenas. Sin embargo, continuó invirtiendo en Timoteo. Esto me parece profundamente significativo. Pablo no permitió que Demas determinara la manera en que trataría a Timoteo.

Podemos cometer ese error. Una persona nos traiciona y comenzamos a sospechar de todas. Alguien utiliza incorrectamente nuestro amor y decidimos no volver a abrir el corazón. Entonces una experiencia dolorosa termina cobrando intereses durante años porque continúa afectando relaciones que no tienen ninguna responsabilidad por aquello que ocurrió.

La sabiduría aprende de la traición de Demas, pero el amor todavía puede formar a Timoteo. No todos responderán igual. Jesús invirtió en doce y Judas lo traicionó. ¿Significa eso que la estrategia de Cristo fracasó? Por supuesto que no. La existencia de Judas no cancela a Pedro, Juan, Jacobo y los demás. Una persona puede administrar equivocadamente aquello que recibió sin convertir en inútil toda nuestra inversión en personas.

Debemos abandonar la expectativa de control. Podemos enseñar, acompañar, corregir, advertir y amar, pero finalmente cada persona deberá responder delante de Dios por sus propias decisiones. Ni siquiera Jesús obligó a Judas a permanecer fiel. Invertir no significa controlar el retorno, significa administrar correctamente nuestra entrega.

A esta altura de mi ministerio puedo mirar hacia atrás y recordar muchas personas. Algunas permanecen cerca y otras continuaron sus caminos en lugares diferentes. Hay quienes recibieron enseñanzas, crecieron y hoy sirven a Dios con una madurez que produce una enorme alegría. También existen historias que todavía me generan preguntas y personas de quienes esperaba decisiones diferentes.

Supongo que cualquiera que haya pastoreado durante años comprende lo que estoy diciendo. Si solamente invirtiéramos en personas cuyo resultado pudiéramos garantizar, nunca formaríamos a nadie.

Jesús contó una parábola acerca de un sembrador que salió a sembrar. La semilla cayó en diferentes terrenos y no todos produjeron el mismo resultado. Sin embargo, el sembrador continuó sembrando. Quizá invertir en personas requiere aceptar esa vulnerabilidad. Entregar algo valioso sabiendo que no controlaremos completamente aquello que el otro hará con ello.

Un padre enseña sin poder decidir por su hijo adulto. Un pastor predica sin controlar la respuesta de cada creyente y un maestro entrega conocimiento que sus alumnos pueden utilizar de maneras diferentes. Pero existe una razón por la que continuamos. Las personas son eternas.

Las estructuras terminarán. Los edificios que hoy nos impresionan necesitarán reparaciones y finalmente desaparecerán. Las organizaciones pueden cambiar, dividirse

o dejar de existir. Incluso nuestros libros, proyectos y ministerios pertenecen a formas temporales mediante las cuales procuramos servir a un propósito eterno. Las personas que nosotros formamos en Cristo atravesarán la muerte. Por eso cada hora verdaderamente invertida en ayudar a alguien a conocer a Cristo, madurar, descubrir la verdad y participar responsablemente del Reino posee una dimensión que no deberíamos subestimar.

Tal vez nunca podamos calcular completamente el retorno de formar a una persona. Bernabé fue a Tarso a buscar a Saulo. ¿Cuánto produjo aquella decisión? Resulta imposible saberlo. Saulo se convirtió en Pablo, participó de la expansión del evangelio entre los gentiles, formó iglesias y escribió cartas que todavía continúan edificando a millones de creyentes. Cada persona alcanzada mediante el ministerio de Pablo nos obliga a recordar, en algún punto de la historia, a un hombre llamado Bernabé que decidió ir a buscarlo.

Quizá Bernabé nunca imaginó el alcance de su inversión. Nosotros tampoco conocemos el futuro de las personas que Dios coloca cerca. Ese joven que hoy necesita demasiada paciencia puede estar siendo preparado para formar a una generación. La persona que todavía formula preguntas elementales quizá un día enseñe verdades profundas a otros. Alguien que hoy parece inseguro puede convertirse en una voz firme cuando el Espíritu complete determinados procesos.

No debemos idealizar a las personas, pero tampoco deberíamos evaluarlas exclusivamente por su estado presente. Jesús miró a Simón y vio a Pedro. Bernabé miró a Saulo y creyó en la obra que Dios estaba realizando. Pablo miró a un joven Timoteo y decidió llevarlo consigo. Alguien invirtió, alguien entregó tiempo, alguien abrió una puerta y la historia continuó mucho más allá de ellos.

Quizá una de las inversiones eternas más extraordinarias que podamos realizar no produzca nuestro nombre en ninguna portada. Tal vez consista simplemente en ayudar a otra persona a convertirse en aquello que Dios determinó para ella. Puede que nunca recibamos crédito. ¡No importa! El Reino no pierde el registro.

Después de todo, invertir en personas no consiste en lograr que ellas recuerden eternamente lo que hicimos por ellas. Consiste en participar para que puedan recordar eternamente a Cristo. Y si alguna vez nos preguntamos dónde colocar una parte importante de nuestra vida, quizá deberíamos mirar alrededor.

Puede que una de las mayores inversiones de nuestro futuro esté sentada hoy muy cerca de nosotros, esperando que alguien crea suficientemente en el propósito de Dios como para entregarle tiempo.



## Capítulo doce

### INVERTIR EN EL REINO

***“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia,  
y todas estas cosas os serán añadidas”.***

Mateo 6:33

Hay palabras que utilizamos con tanta frecuencia dentro de la Iglesia que, después de un tiempo, podemos pronunciarlas sin detenernos a considerar seriamente su significado. Reino es una de ellas. Hablamos del Reino, predicamos acerca del Reino, cantamos canciones que mencionan el Reino y utilizamos la expresión “para el Reino” como una manera de otorgar sentido espiritual a muchas de nuestras actividades. Sin embargo, no todo aquello que realizamos dentro de un contexto cristiano participa necesariamente de los intereses del Reino de Dios y, si verdaderamente deseamos aprender a realizar inversiones eternas, necesitamos desarrollar la capacidad de reconocer la diferencia.

Jesús colocó el Reino en el centro de Su proclamación. Mateo relata que comenzó a predicar diciendo: ***“Arrepentíos,***

***porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 4:17), y posteriormente resume Su actividad declarando que recorría Galilea “enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino” (Mateo 4:23). Cuando enseñó a Sus discípulos a orar, les indicó que dijeran: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10). Después de resucitar permaneció cuarenta días apareciéndoseles y hablándoles “acerca del reino de Dios” (Hechos 1:3).***

No estamos frente a un tema secundario de la enseñanza de Cristo. El Reino expresa el gobierno de Dios, la manifestación de Su voluntad y la realidad de un Rey cuya autoridad comienza a ordenar aquello que se somete a Él. Por eso buscar primeramente el Reino no significa agregar actividades religiosas a nuestra agenda ni convertirnos en personas obsesionadas con asuntos eclesiásticos. Significa permitir que los intereses del Rey adquieran prioridad sobre nuestros propios intereses y que Su voluntad determine progresivamente dónde colocamos nuestra vida.

Esta definición parece sencilla hasta que comienza a tocar nuestras inversiones. Porque todos podemos decir que deseamos el Reino mientras aquello que Dios hace coincide con nuestros proyectos. Resulta agradable hablar de expansión cuando nuestra organización crece, celebrar nuevos ministerios cuando llevan nuestro nombre y alegrarnos por el avance de la Iglesia cuando las personas alcanzadas terminan integrándose a los espacios que nosotros administramos.

El verdadero examen comienza cuando el Reino avanza en lugares donde no tendremos protagonismo, mediante personas que no pertenecen a nuestro círculo y a través de iniciativas que jamás podremos presentar como parte de nuestros logros. La pregunta sería: ¿Podemos alegrarnos igualmente? Esto revela más de nuestro corazón de lo que quizá deseamos reconocer.

Los discípulos enfrentaron esta tensión cuando Juan se acercó a Jesús y le dijo: ***“Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía”*** (Marcos 9:38). La expresión es extraordinariamente reveladora. Juan no dijo que aquel hombre enseñara contra Cristo ni que utilizara otro nombre. El problema era diferente. ***“No nos sigue...”***

El hombre actuaba en el nombre de Jesús, pero no pertenecía al grupo inmediato de los discípulos. Ellos interpretaron aquella independencia como una razón suficiente para detenerlo. Jesús respondió: ***“No se lo prohibáis”*** (Marcos 9:39). Los discípulos estaban aprendiendo que los intereses de Cristo eran más grandes que su círculo. Nosotros también necesitamos aprenderlo.

Existe una tendencia profundamente humana a confundir aquello que Dios nos entregó para administrar con la totalidad de lo que Él está haciendo. Cuando recibimos una asignación y comenzamos a invertir tiempo en ella, inevitablemente desarrollamos vínculos emocionales. Oramos, trabajamos, atravesamos dificultades y

contemplamos el crecimiento de algo que llegó a formar parte importante de nuestra historia. Nada de esto es incorrecto. El problema aparece cuando la identificación se vuelve tan profunda que comenzamos a interpretar el Reino exclusivamente desde aquello que nosotros administramos.

Entonces nuestro lenguaje puede continuar siendo espiritual, pero nuestras inversiones comienzan a proteger un patrimonio. Podemos decir que trabajamos para Cristo mientras dedicamos la mayor parte de nuestras fuerzas a conservar una posición. Podemos afirmar que deseamos la unidad de la Iglesia mientras toda nuestra estructura está diseñada para competir con otras congregaciones. Incluso podemos hablar de formar personas para el Reino y sentir una profunda incomodidad cuando alguna de ellas descubre que su asignación deberá desarrollarse fuera de nuestro espacio.

El corazón puede apropiarse de las cosas de Dios con una facilidad sorprendente. Por eso necesitamos recordar constantemente las palabras de Jesús: ***“Edificaré mi iglesia”*** (Mateo 16:18). Él dijo: ***“Mi Iglesia...”*** No dijo la nuestra. Es decir, nosotros podemos participar de su edificación, recibir responsabilidades pastorales y ser llamados a cuidar personas, pero la Iglesia continúa perteneciendo a Cristo. Pablo expresó esta verdad a los ancianos de Éfeso cuando les dijo que apacentaran ***“la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”*** (Hechos 20:28).

Él pagó el precio. Nosotros administramos aquello que le pertenece. Esta conciencia debería modificar

profundamente la manera en que invertimos en la obra de Dios. Un administrador fiel cuida con excelencia aquello que recibió, pero jamás olvida quién es el propietario. Puede tomar decisiones, organizar recursos y desarrollar estrategias, pero sabe que sus preferencias personales no constituyen la autoridad final.

Tal vez una de las grandes tragedias de la historia religiosa consiste en observar cómo movimientos nacidos de una verdadera intervención divina terminaron dedicando enormes esfuerzos a preservar su propia existencia. En algún momento hubo vida, revelación y una asignación concreta. Personas estuvieron dispuestas a pagar precios extraordinarios porque habían visto algo de Dios y deseaban responder. Sin embargo, las generaciones posteriores heredaron la estructura sin necesariamente heredar la revelación que la había producido.

Entonces comenzaron a cuidar el recipiente, pero la vida ya no fluía con la misma intensidad. Sin embargo, creyeron que el recipiente debía conservarse. Había edificios, cargos, nombres, tradiciones y sistemas que necesitaban continuar. La energía que alguna vez fue utilizada para avanzar comenzó a invertirse en mantener.

No estoy sugiriendo que todo aquello que posee historia deba desaparecer ni que la antigüedad sea evidencia de muerte. Sería una conclusión absurda. Existen obras que han atravesado generaciones conservando una extraordinaria fidelidad a su asignación y estructuras que continúan

sirviendo eficazmente al propósito para el cual fueron creadas. La continuidad puede ser una expresión de fidelidad. Pero también puede convertirse en un fin en sí misma.

Necesitamos tener el valor de preguntarnos periódicamente si aquello que sostenemos todavía sirve al propósito que justificó su nacimiento. Jesús confrontó esta problemática cuando habló con los religiosos de Su tiempo. Ellos poseían una enorme inversión en sistemas, interpretaciones y tradiciones. No eran personas indiferentes a las cuestiones espirituales. Algunos estudiaban cuidadosamente las Escrituras, ayunaban, oraban y procuraban conservar una identidad religiosa en medio de un contexto político y cultural complejo.

Sin embargo, Jesús les dijo: ***“Invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido”*** (Marcos 7:13). La tradición había comenzado a competir con aquello que supuestamente debía proteger.

Esto puede ocurrir lentamente. Una generación encuentra una manera útil de responder a determinada necesidad y la siguiente recibe aquella forma como si fuera un principio eterno. Con el tiempo, nadie recuerda exactamente por qué comenzaron a hacer las cosas de esa manera, pero cualquier intento de revisión es interpretado como una amenaza.

La estructura dejó de servir a la vida, de pronto la vida debe servir a la estructura. Cuando esto ocurre, comenzamos

a realizar inversiones extraordinarias para sostener cosas que quizá ya cumplieron su función. Utilizamos personas, recursos y años procurando mantener sistemas cuya existencia rara vez nos atrevemos a examinar. No porque seamos malintencionados, sino porque hemos confundido fidelidad con conservación.

Pero el Reino es vida y es funcionalidad. Jesús comparó el Reino con una semilla, con levadura y con una red lanzada al mar. Utilizó imágenes dinámicas porque el gobierno de Dios produce movimiento, transformación y expansión. Una semilla contiene vida y, precisamente por contenerla, no puede conservar eternamente la misma forma.

El grano sembrado desaparece como grano para manifestarse como planta. Si alguien procurara preservar cuidadosamente la semilla evitando que entre en contacto con la tierra, podría conservar su apariencia durante mucho tiempo. Tal vez incluso construiría una vitrina para exhibirla y explicaría a las generaciones futuras el enorme valor de aquella semilla. Pero nunca vería el árbol.

Hay cosas que solamente cumplen su propósito cuando aceptamos que su forma puede cambiar. Esta verdad requiere enorme discernimiento, porque vivimos en una generación fascinada con la novedad. No todo cambio representa avance y no toda innovación procede del Espíritu Santo. Algunas personas abandonan principios eternos simplemente porque desean parecer contemporáneas y confunden relevancia cultural con fidelidad al Reino. La Iglesia no fue llamada a

modificar la verdad para adaptarse a cada transformación social.

La verdad permanece. Las formas de administrarla pueden necesitar revisión. Pablo predicó el mismo evangelio en contextos diferentes, pero no habló de la misma manera delante de todos. En la sinagoga podía razonar a partir de las Escrituras conocidas por sus oyentes, mientras que en Atenas comenzó mencionando un altar dedicado “al Dios no conocido” y citó incluso expresiones familiares para la cultura griega. No cambió a Cristo; comprendió a las personas que tenía delante.

La fidelidad al Reino no consiste en repetir eternamente una metodología. Consiste en permanecer sujetos al Rey. Por eso invertir en el Reino requiere comunión presente con Dios. No podemos vivir exclusivamente de instrucciones recibidas veinte años atrás. Agradecemos aquello que el Señor habló, honramos nuestra historia y reconocemos las intervenciones que marcaron nuestro recorrido, pero continuamos necesitando escuchar.

Israel experimentó el peligro de convertir una intervención divina en un objeto religioso. Durante la travesía por el desierto, cuando el pueblo habló contra Dios y contra Moisés, serpientes ardientes produjeron muerte entre ellos. El Señor ordenó a Moisés hacer una serpiente de bronce y colocarla sobre un asta. Quien era mordido y miraba aquella serpiente vivía.

Esa serpiente había sido una instrucción divina, ciertamente Dios la utilizó. Años después, aquella misma serpiente todavía existía. El segundo libro de Reyes relata que Ezequías ***“hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó Nehustán”*** (2 Reyes 18:4). Qué extraordinaria advertencia.

Algo que verdaderamente había sido utilizado por Dios terminó recibiendo una inversión espiritual equivocada. El problema no era que la historia de la serpiente fuera falsa. Moisés realmente la había construido por instrucción divina y personas realmente habían experimentado sanidad al mirarla. Pero la temporada había cambiado y con el tiempo le terminaron quemando incienso y adorándola.

Ezequías tuvo que destruir algo que había formado parte de una intervención legítima de Dios porque el pueblo había comenzado a relacionarse incorrectamente con ello. No todo lo que Dios utilizó ayer debe ocupar el mismo lugar hoy.

Esta frase puede resultar peligrosa si es administrada por personas sin temor de Dios. Alguien podría utilizarla para despreciar cualquier legado y justificar cada ocurrencia personal. Por eso necesitamos madurez, Escritura, comunión con el Espíritu y una verdadera capacidad de discernimiento.

Pero el peligro del abuso no elimina el principio. Podemos convertir métodos en monumentos y después invertir la vida cuidando esos viejos monumentos. El Reino

merece algo mejor. Cuando Jesús dijo *“buscad primeramente el reino de Dios”*, estaba estableciendo una prioridad capaz de ordenar todas las demás inversiones. El contexto inmediato de **Mateo 6** está relacionado con preocupaciones profundamente humanas: qué comer, qué beber y qué vestir. Jesús no negó la legitimidad de esas necesidades, pero confrontó la posibilidad de que ocuparan el centro de la existencia.

Jesús dijo: *“Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas”* (**Mateo 6:32**). El Padre sabe, por eso podemos buscar primero el Reino. Esta confianza es fundamental, porque muchas veces dejamos de invertir en los intereses de Dios cuando comenzamos a sentir que debemos proteger obsesivamente los nuestros. La ansiedad reduce nuestra visión y nos vuelve conservadores. Si creemos que todo depende de nuestra capacidad para asegurar el futuro, utilizaremos cada recurso procurando construir protección personal.

Jesús nos invita a una libertad diferente. El Padre sabe lo que necesitamos, entonces podemos mirar más allá de nosotros. Podemos utilizar recursos para avanzar el evangelio, abrir espacios para otros, apoyar asignaciones que no llevan nuestro nombre y entregar tiempo a cosas cuyo beneficio personal resulta difícil de calcular. No porque seamos irresponsables, sino porque confiamos en que nuestra vida está bajo el cuidado de un Padre.

He conocido personas que poseen muy poco y, sin embargo, tienen una extraordinaria capacidad para invertir en el Reino. También he conocido personas con abundantes recursos que viven completamente encerradas en la administración de sus propios intereses. Esto demuestra que la inversión no comienza en la cantidad disponible, comienza con las prioridades personales.

La viuda que Jesús observó en el templo entregó dos blancas. Desde una perspectiva contable, su aporte era insignificante comparado con las grandes cantidades depositadas por otros. Sin embargo, Cristo dijo que había echado más que todos porque ellos habían dado de lo que les sobraba, mientras ella había entregado ***“todo el sustento que tenía”*** (Marcos 12:44).

Jesús evaluó la inversión desde una dimensión que la caja de las ofrendas no podía registrar. El sistema contaba monedas, pero Cristo conocía proporciones. Esto debería enseñarnos a no despreciar ninguna participación. A veces pensamos que invertir en el Reino consiste necesariamente en realizar acciones extraordinarias. Imaginamos grandes proyectos, enormes sumas de dinero o asignaciones capaces de afectar naciones enteras. Naturalmente, Dios puede llamar a personas a participar de semejantes cosas, pero el Reino también avanza mediante inversiones aparentemente pequeñas.

Una casa abierta para recibir personas, un viaje financiado silenciosamente, un joven ayudado para que

pueda estudiar, una familia sostenida durante una crisis, un libro entregado gratuitamente, una congregación que decide apoyar una obra en otro territorio o un pastor que comparte su púlpito con alguien que está comenzando pueden parecer acciones menores cuando son observadas aisladamente. No conocemos su alcance.

La Iglesia de Filipos participó financieramente del ministerio de Pablo. El apóstol recordó que, cuando partió de Macedonia, ninguna iglesia participó con él ***“en razón de dar y recibir”*** sino solamente ellos. Incluso en Tesalónica enviaron más de una vez para sus necesidades **(Filipenses 4:15 y 16)**. Los filipenses estaban invirtiendo en una asignación apostólica.

Probablemente no viajaron con Pablo a cada ciudad ni estuvieron presentes cuando predicó en determinados territorios. Sin embargo, sus recursos participaron del avance. Pablo utilizó nuevamente lenguaje económico: ***“No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta”*** **(Filipenses 4:17)**. ***“Vuestra cuenta...”*** El fruto del ministerio de Pablo tenía una relación con la inversión de quienes habían participado.

Qué principio extraordinario. Podemos participar de frutos producidos en territorios donde nunca estuvimos físicamente. Cuando invertimos verdaderamente en el Reino, nuestra participación puede extenderse mucho más allá de nuestras posibilidades personales. Alguien traduce una enseñanza y personas de otro idioma reciben aquello que

nosotros jamás hubiéramos podido comunicar. Una congregación sostiene a un misionero y participa de la obra desarrollada en otro continente. Una persona entrega recursos para imprimir Biblias y quizá nunca conozca los nombres de quienes las leerán.

El Reino conecta inversiones, uno planta y otro riega, mientras que Dios da crecimiento. Por eso la competencia resulta tan absurda. Si verdaderamente comprendemos el Reino, podemos celebrar el fruto producido mediante otros porque nuestro objetivo no es aumentar el valor de una marca religiosa, sino ver avanzar la voluntad del Rey.

Cuando alguien alcanza personas que nosotros nunca alcanzaríamos, deberíamos alegrarnos. Cuando una congregación encuentra una manera efectiva de servir a su ciudad, no necesitamos buscar inmediatamente sus defectos para sentirnos mejor con nuestra propia realidad. Podemos aprender, podemos bendecir, incluso podemos invertir en ellos.

Esto requiere una identidad muy segura en Dios. Las personas inseguras solamente invierten donde pueden conservar control. Necesitan saber exactamente cómo será utilizado cada reconocimiento y procuran asegurarse de que su participación permanezca visible. El Reino muchas veces nos invita simplemente a soltar.

La iglesia de Antioquía constituye un ejemplo extraordinario. Allí había profetas y maestros, y entre ellos

se encontraban Bernabé y Saulo. Mientras ministraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: ***“Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”*** (Hechos 13:2). Pensemos en lo que significaba aquella instrucción para Antioquía.

Bernabé y Saulo eran líderes valiosos. La iglesia podía haber argumentado que los necesitaba. Quizá había nuevos creyentes que formar, reuniones que atender y una obra local que continuar desarrollando. Desde una lógica institucional, retener a los mejores recursos humanos podría parecer una decisión razonable.

Sin embargo, el Espíritu dijo: ***“Apartadme”***. La iglesia ayunó, oró, impuso las manos sobre ellos y los despidió. Antioquía invirtió en el Reino soltando a esos dos valiosos siervos del Señor. No todo crecimiento ocurre acumulando. A veces el Reino avanza porque una iglesia está dispuesta a perder visiblemente algo que considera valioso para que el propósito de Dios gane expresión en otro territorio.

Qué difícil resulta esto cuando medimos éxito mediante concentración. Nos sentimos fuertes cuando reunimos personas capaces, recursos y ministerios alrededor de nosotros. Construimos grandes centros y celebramos todo aquello que llega. Pero una Iglesia con mentalidad de Reino también debe aprender a enviar. Jesús no dijo solamente ***“venid”***, también dijo ***“id”***.

Una congregación puede convertirse en un extraordinario lugar de recepción y, sin embargo, fracasar en desarrollar una cultura de envío. Las personas llegan, son cuidadas y reciben enseñanza, pero nunca son preparadas para asumir responsabilidad fuera de la estructura que las contiene. Entonces la Iglesia acumula aquello que debería movilizar.

Invertir en el Reino significa preguntarnos periódicamente qué debemos enviar. Quizá son personas, tal vez recursos. Puede ser conocimiento, tiempo o una oportunidad. No todo aquello que Dios coloca en nuestras manos fue entregado para permanecer allí. Cada vez que recibimos semillas, tenemos que saber si son para elaborar pan o para sembrar. No debemos comernos lo que debemos sembrar porque al final no tendremos una nueva cosecha, y tampoco debemos sembrar todo lo que tenemos, porque también hay que comer.

El pan multiplicado pasó por las manos de los discípulos, pero no debía ser almacenado por ellos. Jesús lo bendijo, lo partió y se los dio para que lo entregaran a la multitud. Si los discípulos hubieran interpretado que recibir el pan significaba poseerlo, el milagro se habría detenido en sus canastas. En ese momento, recibieron para distribuir.

Creo profundamente que este principio debería gobernar muchas áreas de nuestra vida espiritual. Recibimos revelación para impartir, recursos para administrar, oportunidades para abrir caminos y experiencias que pueden

convertirse en enseñanza para otros. Esa es la forma en la que el Reino fluye.

Cuando detenemos aquello que debía circular, la acumulación puede comenzar a parecer prosperidad mientras, en realidad, estamos interrumpiendo un propósito.

Naturalmente, no todo debe entregarse inmediatamente. José almacenó trigo durante siete años porque la administración divina demandaba reserva. Jesús mismo habló de calcular antes de construir y la Escritura celebra la prudencia. Otra vez necesitamos evitar fórmulas simplistas. El asunto no es retener o entregar, en el Reino el asunto es obedecer.

Un inversor del Reino no decide exclusivamente según su inclinación personal. Procura comprender qué desea el Rey con aquello que ha colocado en sus manos. Algunas veces la instrucción será guardar. Otras veces será sembrar. Habrá temporadas para construir y momentos para soltar aquello que construimos. La clave continúa siendo el gobierno.

Porque el Reino de Dios no es simplemente un territorio al que destinamos recursos, es la realidad desde la cual administramos todo. Cuando el Rey gobierna, nuestro dinero comienza a responder a Su voluntad, nuestro tiempo adquiere nuevas prioridades y nuestras relaciones dejan de ser evaluadas exclusivamente por el beneficio que producen. Incluso nuestros sueños pueden ser revisados.

Quizá esta sea una de las inversiones más profundas que podemos realizar: colocar nuestros proyectos delante del Rey y permitirle decidir cuáles merecen nuestra vida. No todo sueño debe cumplirse, no toda oportunidad debe aprovecharse, no toda puerta abierta conduce al propósito.

Una persona puede pasar décadas construyendo exitosamente algo que Dios nunca le pidió. Por eso buscar primeramente el Reino es mucho más que apoyar económicamente una obra cristiana. Significa someter nuestras inversiones al gobierno de Dios y aceptar que Su definición de ganancia puede modificar nuestros planes. A veces ganaremos avanzando, otras veces ganaremos renunciando.

En determinadas temporadas el Reino nos permitirá construir algo visible y en otras nos pedirá invertir silenciosamente en procesos que jamás llevarán nuestro nombre. Pero si verdaderamente pertenece al Rey, nunca será una inversión menor.

La pregunta que debería acompañarnos no es solamente cuánto podemos hacer para Dios. Tal vez necesitamos preguntar cuánto de aquello que hacemos nació verdaderamente en Su gobierno. Porque podemos estar muy ocupados en actividades religiosas y, sin embargo, invertir muy poco en el Reino. Jesús no nos llamó a construir imperios cristianos, nos enseñó a buscar primero el Reino de Dios.

Cuando esa prioridad comienza a gobernarnos, dejamos de preguntar obsesivamente qué fortalecerá nuestra posición, qué aumentará nuestra visibilidad o qué garantizará la permanencia de nuestras estructuras. Comenzamos a mirar con mayor amplitud y a reconocer que participamos de un propósito que comenzó antes de nosotros y continuará cuando ya no estemos. Todo esto es un verdadero privilegio.

Somos administradores temporales de recursos que pueden producir consecuencias eternas. Por eso quiero invertir en el Reino. Quiero que aquello que Dios coloque en mis manos pueda servir a Sus intereses y no solamente a los míos. Deseo conservar la humildad suficiente para reconocer que Su obra es infinitamente mayor que mi pequeña participación y la sensibilidad necesaria para soltar aquello que deba seguir avanzando más allá de mí.

Quizá un día muchas de las estructuras que hoy conocemos ya no existan. Nuestros nombres serán olvidados por generaciones futuras y los lugares donde servimos podrán cambiar completamente. Pero todo aquello que verdaderamente participó del Reino habrá cumplido una función dentro de un propósito que jamás será destruido.

Daniel vio un Reino que ***“no será jamás destruido” y que “permanecerá para siempre” (Daniel 2:44)***. Jesús anunció ese Reino eterno. Nos hizo ciudadanos de ese Reino, y nos concedió el privilegio de invertir en sus intereses mientras todavía vivimos dentro de un mundo temporal.

Si buscamos una inversión segura, deberíamos considerar seriamente dónde estamos colocando nuestra vida. Porque todo imperio humano tiene fecha de vencimiento, pero el Reino de Dios es eterno.



## Capítulo trece

### INVERTIR EN LA VERDAD

***“Compra la verdad, y no la vendas; la sabiduría, la enseñanza y la inteligencia”.***

Proverbios 23:23

Hay cosas que podemos adquirir y posteriormente descubrir que pagamos demasiado por ellas. El entusiasmo inicial desaparece, las circunstancias cambian y aquello que parecía imprescindible comienza a perder valor. Entonces comprendemos que nuestra evaluación fue equivocada y que destinamos recursos importantes a algo cuyo rendimiento nunca justificó el precio. La experiencia, muchas veces, consiste precisamente en aprender a distinguir entre aquello que parece valioso durante un momento y aquello que conserva su valor cuando las condiciones cambian.

El libro de Proverbios presenta una instrucción extraordinariamente breve: ***“Compra la verdad, y no la vendas”***. La expresión pertenece, naturalmente, al lenguaje de la sabiduría y no pretende enseñar que la verdad divina pueda adquirirse mediante dinero. El énfasis se encuentra en

la disposición a reconocer su valor, aceptar el costo relacionado con poseerla y, una vez recibida, negarnos a intercambiarla por algo inferior. Comprar y no vender, dos decisiones completamente diferentes.

Hay personas dispuestas a pagar para conocer la verdad, pero después no están igualmente preparadas para conservarla cuando mantenerla comienza a resultar costoso. Invierten años estudiando, reciben revelación, comprenden principios y celebran aquello que Dios les permite ver; sin embargo, llega un momento en el cual la verdad que recibieron comienza a entrar en conflicto con determinadas oportunidades, relaciones o intereses personales. Entonces aparece una oferta, porque toda venta necesita un comprador y un precio.

Esaú vendió su primogenitura por un plato de comida. La desproporción resulta tan evidente que podemos leer el relato preguntándonos cómo alguien pudo realizar semejante intercambio. Sin embargo, Génesis nos permite observar el momento desde la perspectiva de Esaú: estaba cansado, tenía hambre y la necesidad presente parecía más real que una herencia futura.

Por eso dijo: ***“¿Para qué, pues, me servirá la primogenitura?”*** (Génesis 25:32). Esta pregunta revela la lógica de muchas malas inversiones. ¿Para qué me sirve? Esaú evaluó una realidad de largo alcance mediante una necesidad inmediata. La primogenitura no podía quitarle el hambre de aquella tarde y el guisado sí. Si el único parámetro

de evaluación era resolver el presente, la decisión podía incluso parecer comprensible, pero Esaú vendió futuro para satisfacer urgencia.

La Escritura dice que ***“menospreció Esaú la primogenitura”*** (Génesis 25:34). Menospreciar no significa necesariamente declarar que algo carece completamente de valor. Muchas veces consiste simplemente en atribuirle un valor inferior al que verdaderamente posee. Esaú sabía qué era la primogenitura, pero en aquel momento consideró que un plato de comida merecía más. Por eso vendió.

La verdad también puede ser vendida sin que una persona declare públicamente haber dejado de creer en ella. Basta con encontrar algo que, durante determinado momento, valoremos más. Una oportunidad puede parecernos demasiado importante para permitir que una convicción la interrumpa; una relación puede volverse tan necesaria que comenzamos a flexibilizar aquello que antes considerábamos verdadero, y el deseo de aceptación puede producir ajustes silenciosos en nuestro discurso hasta que finalmente continuamos utilizando las mismas palabras, pero hemos modificado profundamente su contenido.

No siempre abandonamos la verdad mediante una gran apostasía visible. Algunas veces la vendemos en pequeñas transacciones. Una concesión, una omisión deliberada, una reinterpretación conveniente, una verdad que todavía creemos, pero decidimos no mencionar porque conocemos el costo que podría producir.

Quizá una de las características más peligrosas de estas transacciones consiste en que rara vez sentimos que estamos vendiendo algo. Preferimos utilizar palabras más aceptables. Decimos que estamos siendo prudentes, que necesitamos adaptarnos a los tiempos o que determinadas verdades deben ser revisadas porque la sociedad ha cambiado. Naturalmente, existe una prudencia legítima y todos necesitamos revisar interpretaciones humanas. Ninguno de nosotros posee una comprensión perfecta de todas las cosas y sería profundamente arrogante confundir cada conclusión personal con la verdad absoluta de Dios.

Debemos aprender, debemos corregirnos, debemos permitir que la Palabra confronte incluso nuestras doctrinas más apreciadas. Porque una cosa es permitir que la verdad corrija nuestra interpretación y otra muy diferente modificar la verdad para proteger nuestros intereses.

Jesús dijo al Padre: ***“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”*** (Juan 17:17). Esta declaración establece un punto de referencia que la Iglesia no tiene autoridad para reemplazar. Nuestra cultura puede formular preguntas nuevas, desarrollar tecnologías desconocidas para generaciones anteriores y atravesar transformaciones sociales extraordinarias, pero la verdad no nace de la opinión mayoritaria de una época.

La verdad procede de Dios, por eso invertir en ella requiere humildad. La verdad no necesita adaptarse a nosotros, justamente somos nosotros los que necesitamos ser

transformados por ella. Esta diferencia parece elemental, pero toca profundamente la manera en que nos acercamos a las Escrituras. Podemos leer la Biblia procurando encontrar argumentos que confirmen aquello que ya decidimos creer o podemos acercarnos con la disposición de permitir que Dios modifique nuestras conclusiones. En ambos casos utilizamos el mismo libro, pero la inversión es completamente diferente.

Podemos acumular información correcta y, aun así, utilizarla desde una disposición equivocada del corazón. La verdad no fue entregada simplemente para aumentar nuestra capacidad de ganar discusiones teológicas. Fue dada para conducirnos a la realidad de Dios. Por eso invertir en la verdad no consiste exclusivamente en adquirir conocimiento, consiste en permitir que aquello que conocemos adquiera gobierno sobre nosotros.

Jesús dijo: ***“Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31 y 32).*** Generalmente citamos la última parte de esta declaración y afirmamos que la verdad hace libres. Es correcto, pero algunas veces olvidamos la condición relacional que aparece antes: ***“Si permaneciereis en mi palabra...”***

Existe una diferencia entre escuchar una verdad y permanecer en ella. Podemos emocionarnos al recibir una enseñanza, compartirla inmediatamente y hablar de ella durante algunas semanas. Sin embargo, la permanencia comienza cuando la verdad debe atravesar el tiempo, las

contradicciones y las circunstancias que procurarán desplazarla. Una convicción no demuestra su profundidad el día que la recibimos, sino que la demuestra cuando aparece una oferta para venderla.

José conoció esta clase de examen en la casa de Potifar. La propuesta de la mujer de su amo no solamente involucraba una cuestión sexual; tocaba aquello que José creía acerca de Dios. Cuando respondió, dijo: **“¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?”** (Génesis 39:9). José estaba en Egipto, su padre no podía verlo, sus hermanos estaban lejos, no existía una congregación observando su conducta ni una reputación ministerial que proteger. Si hubiera decidido pecar, probablemente nadie relacionado con su historia anterior se habría enterado. José llevaba una verdad dentro de sí, él sabía que **“Pecaría contra Dios”**. Su convicción no dependía de la presencia de testigos humanos, eso es patrimonio espiritual.

Cuando una verdad ha sido verdaderamente adquirida, comienza a gobernarnos incluso en lugares donde nadie podría exigirnos coherencia. Ya no hacemos lo correcto solamente porque tememos consecuencias sociales, sino porque algo relacionado con Dios se estableció dentro de nosotros. Es cuando la verdad se vuelve más valiosa que la oportunidad.

José pagó un precio por conservarla, terminó en prisión. Este detalle resulta incómodo porque algunas veces presentamos la verdad como una inversión cuyo beneficio

será visible inmediatamente. Decimos a las personas que hagan lo correcto y sugerimos que, como consecuencia, todo saldrá bien. Pero José hizo lo correcto y las circunstancias empeoraron. La verdad no siempre produce dividendos temporales inmediatos. A veces cuesta.

Juan el Bautista habló verdad acerca de la relación de Herodes con Herodías y terminó encarcelado. Micaías se negó a profetizar aquello que Acab deseaba escuchar y fue enviado a prisión con pan y agua de angustia. Jeremías anunció palabras que las autoridades consideraron perjudiciales para la moral del pueblo y fue arrojado dentro de una cisterna.

La historia bíblica no nos permite construir una relación ingenua entre verdad y comodidad. Sin embargo, Proverbios continúa diciendo: **“Compra la verdad...”** Aunque cueste. Y después agrega: **“No la vendas”**. Aunque aparezca una oferta, no la vendas.

Esta enseñanza adquiere una relevancia extraordinaria en una generación donde la verdad parece negociarse dentro de mercados de aprobación. Nunca fue tan sencillo conocer la reacción inmediata de las personas frente a nuestras palabras. Publicamos una opinión y en pocos minutos podemos medir aceptación, rechazo, entusiasmo o indignación. Las plataformas digitales han creado extraordinarias posibilidades de comunicación, pero también pueden convertir la aprobación en una forma de moneda.

Aprendemos rápidamente qué produce aplausos, también descubrimos qué genera rechazo. Si no cuidamos nuestro corazón, podemos comenzar a ajustar silenciosamente aquello que decimos según el rendimiento emocional que obtenemos. No necesariamente mentimos. Simplemente seleccionamos cuidadosamente las verdades que poseen mejor recepción y evitamos aquellas que podrían afectar nuestra popularidad.

El algoritmo puede terminar discipulando nuestra voz. No porque una tecnología tenga autoridad espiritual en sí misma, sino porque nuestro deseo de aceptación puede aprender a obedecer sus recompensas. Decimos aquello que produce reacción, repetimos lo que aumenta alcance y, lentamente, la verdad deja de determinar nuestro mensaje. Ahora el mercado decide.

Pablo advirtió a Timoteo acerca de un tiempo en el cual las personas ***“no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias”*** (2 Timoteo 4:3). La expresión resulta profundamente reveladora, los oyentes buscarían maestros, existiría demanda, y donde existe demanda, siempre puede aparecer alguien dispuesto a producir oferta, porque la economía de la mentira también tiene mercados.

Si suficientes personas desean escuchar determinada cosa, tarde o temprano aparecerá una voz dispuesta a decirla. Tal vez utilizará lenguaje bíblico, construirá una

interpretación aparentemente sofisticada y encontrará argumentos para legitimar aquello que la audiencia ya quería creer. Por eso Pablo le dijo a Timoteo: ***“Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio”*** (2 Timoteo 4:5).

Timoteo no debía construir su mensaje mediante estudios de satisfacción del oyente. Tenía una administración que respetar: ***“Cumple tu ministerio...”*** Esto no significa predicar sin sensibilidad ni utilizar la verdad como un arma para herir personas. Algunas voces parecen disfrutar diciendo cosas correctas de la manera más cruel posible y después interpretan cualquier rechazo como evidencia de persecución. La verdad de Dios nunca nos autoriza a abandonar el carácter de Cristo.

Pablo habló de ***“seguir la verdad en amor”*** (Efesios 4:15). Verdad y amor. No necesitamos elegir. El amor sin verdad puede convertirse en una forma de complicidad que acompaña a las personas mientras avanzan hacia lugares destructivos. La verdad sin amor puede transformarse en un instrumento de orgullo mediante el cual demostramos nuestra superioridad doctrinal.

Cristo estaba lleno ***“de gracia y de verdad”*** (Juan 1:14). No cincuenta por ciento de cada cosa, sino “Lleno”. La gracia no diluía Su verdad y la verdad no destruía Su gracia. Podía decir a la mujer sorprendida en adulterio: ***“Ni yo te condeno”***, y agregar inmediatamente: ***“Vete, y no peques más”*** (Juan 8:11). No necesitó negar el pecado para

expresar misericordia ni utilizar la realidad del pecado para justificar condenación. ¡Qué equilibrio que ciertamente necesitamos recuperar!

Invertir en la verdad requiere algo más que valentía para confrontar a otros. También demanda permitir que la misma verdad nos confronte a nosotros. Resulta relativamente sencillo identificar los errores doctrinales de otra persona, especialmente cuando pertenecen a corrientes teológicas que no compartimos. Podemos dedicar horas a demostrar sus contradicciones y sentir que estamos defendiendo apasionadamente la fe, pero ¿qué ocurre cuando la Palabra toca nuestra propia construcción?

Pedro vivió una experiencia semejante en Antioquía. Pablo relata que tuvo que resistirlo cara a cara porque era de condenar. El problema estaba relacionado con su conducta frente a los creyentes gentiles. Antes de que llegaran algunos de parte de Jacobo, Pedro comía con ellos; después se retraía y apartaba por temor a los de la circuncisión.

Pedro conocía la verdad, había estado en casa de Cornelio, había visto al Espíritu Santo caer sobre los gentiles y posteriormente defendió aquella experiencia delante de los hermanos en Jerusalén. Sin embargo, en Antioquía, la presión social afectó su conducta. Pablo dijo que ***“no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio”*** (Gálatas 2:14). ¡Qué expresión extraordinaria!

La verdad del evangelio debía ser andada. Pedro no había escrito una nueva declaración doctrinal negando la gracia. Su comportamiento estaba contradiciendo aquello que sabía. Podemos conservar una teología correcta en nuestros documentos y venderla mediante nuestras acciones, por eso la verdad necesita convertirse en vida.

Juan escribió: ***“No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4).*** No dijo simplemente que conocieran la verdad, memorizaran la verdad o fueran capaces de explicarla. ***“Andan en la verdad”***. La inversión había producido una manera de vivir.

Como maestro, esta es una de las realidades que más profundamente me confronta. Podemos dedicar años a enseñar y desarrollar conceptos con precisión. Podemos explicar pactos, Reino, gracia, regeneración y propósito eterno. Todo ese trabajo tiene valor y creo profundamente en la necesidad de una Iglesia enseñada. Pero llega un momento en el cual debemos preguntarnos qué clase de personas están produciendo nuestras verdades.

Si alguien comprende perfectamente la gracia, pero trata cruelmente a su familia, algo no fue procesado correctamente. Si puede explicar el Reino y continúa gobernado por ambición personal, el conocimiento todavía no alcanzó determinados territorios de su corazón. Si habla acerca del Cuerpo de Cristo y vive compitiendo con cada ministerio cercano, existe una distancia entre vocabulario y realidad.

No necesitamos menos verdad, necesitamos que la verdad llegue más profundo. Tal vez por eso la inversión en la Palabra demanda tiempo. Nuestra generación posee una extraordinaria capacidad para consumir información y una enorme dificultad para meditar. Escuchamos mensajes mientras realizamos otras actividades, leemos rápidamente y pasamos de una idea a otra antes de permitir que alguna descienda verdaderamente al corazón. Podemos recibir en una semana más contenido cristiano del que generaciones anteriores escuchaban durante meses, pero cantidad de información no significa profundidad de formación.

La vaca, dentro del lenguaje bíblico de los animales limpios, debía rumiar aquello que había comido. Sin construir doctrinas alegóricas sobre las leyes alimentarias de Israel, la imagen resulta útil para nuestra reflexión. Hay verdades que necesitan regresar repetidamente a nuestra consideración hasta ser procesadas.

María “***guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón***” (Lucas 2:19). Guardaba y meditaba. Nosotros muchas veces escuchamos y publicamos. Antes de comprender completamente una verdad ya estamos procurando enseñarla. El deseo de producir contenido puede llevarnos a comunicar cosas que todavía no atravesaron nuestra propia vida. Naturalmente, nadie necesita alcanzar perfección en un área para compartir aquello que Dios le muestra; si esperáramos haber completado cada proceso antes de enseñar, probablemente permaneceríamos en silencio toda la vida. Pero existe una diferencia entre enseñar

desde un proceso sincero y utilizar verdades que nunca permitimos que nos tocaran.

En tal caso, es posible convertir la revelación en mercancía. Tomar aquello que produce impacto, empaquetarlo correctamente y ofrecerlo a una audiencia sin permitir que primero realice su obra en nosotros. Entonces la verdad genera plataforma, pero no transformación.

***“Compra la verdad...”*** Paguemos el precio de estudiarla, paguemos el precio de permitir que corrija nuestras ideas. Si es necesario, paguemos el precio de reconocer que pudimos estar equivocados aun después de haber enseñado algo durante años.

Quizá este sea uno de los costos más difíciles para quienes desarrollamos un ministerio de enseñanza. Cuando una persona ha expresado públicamente una posición y construido parte de su identidad alrededor de ella, modificarla puede sentirse como una pérdida enorme. Aparecen preguntas acerca de la credibilidad, el qué dirán y la manera en que otros interpretarán el cambio.

Pero si descubrimos que comprendíamos algo equivocadamente, ¿qué deberíamos proteger? ¿Nuestra imagen o la verdad? He debido revisar conceptos a lo largo de mi vida. Algunas cosas que enseñé en determinadas etapas, tuve que cambiarlas, hoy las explico de otra manera. No porque la verdad haya cambiado, sino porque yo continué aprendiendo y descubrí que algunas cosas estaban mal.

Sería profundamente peligroso sentirme obligado a defender eternamente cada conclusión anterior simplemente para demostrar una coherencia artificial, porque la verdadera coherencia no consiste en nunca cambiar de opinión. Consiste en permanecer leales a la verdad cuando ella nos obliga a cambiar.

Apolo era un hombre elocuente, poderoso en las Escrituras y ferviente de espíritu. Enseñaba diligentemente acerca del Señor, aunque conocía solamente el bautismo de Juan. Priscila y Aquila lo escucharon y ***“le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios”*** (Hechos 18:26). Apolo pudo escuchar y esto también es invertir en la verdad.

Un hombre capaz, elocuente y reconocido permitió que un matrimonio ampliara su comprensión. No sabemos qué conversación tuvieron ni cuánto tiempo demandó, pero el relato posterior muestra a Apolo continuando su ministerio con enorme eficacia. Su identidad no dependía de tener siempre razón. Apolo pudo aprender.

Las personas que verdaderamente aman la verdad no temen las preguntas sinceras. Tampoco necesitan destruir a quien señala una posible inconsistencia. Pueden examinar, estudiar y reconocer límites porque su compromiso principal no está con la defensa de su propia infalibilidad. Solamente Dios es verdad absoluta.

Nosotros recibimos la verdad en medida, crecemos en comprensión y necesitamos permanecer enseñables. Esto no significa vivir en una incertidumbre permanente donde ninguna convicción puede establecerse. Pablo habló de estar **“arraigados y sobreedificados”** en Cristo y afirmó que no debíamos ser **“niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina”** (Efesios 4:14). Existe una firmeza saludable.

Las raíces no impiden el crecimiento, por el contrario, lo permiten. Un árbol profundamente arraigado puede extender nuevas ramas precisamente porque no necesita cambiar de suelo cada temporada. De la misma manera, una persona establecida en Cristo puede continuar aprendiendo sin sentir que cada pregunta amenaza completamente su fe. Necesitamos invertir en esta clase de profundidad.

Los tiempos pueden cambiar rápidamente. Nuevas ideologías aparecerán, las presiones culturales adoptarán formas diferentes y la Iglesia enfrentará preguntas que quizá todavía no sabemos formular. Si nuestra fe depende exclusivamente de respuestas superficiales aprendidas de memoria, cada transformación nos producirá pánico, pero si hemos invertido en conocer la verdad, podremos discernir.

Jesús habló de un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, vinieron ríos y soplaron vientos contra aquella casa, pero no cayó porque estaba fundada sobre la roca (**Mateo 7:24 y 25**). La tormenta reveló la inversión anterior.

Nadie construye fundamento durante el huracán, se construye en la calma, pero cuando la presión llega, debemos utilizar aquello que ya fue establecido. Por eso debemos invertir hoy en verdades que quizá necesitaremos mañana. Debemos enseñar a nuestros hijos antes de que la cultura formule sus preguntas, formar creyentes antes de que llegue la crisis y profundizar en las Escrituras antes de enfrentar temporadas de confusión.

No porque vivamos atemorizados por el futuro, sino porque comprendemos el valor del fundamento. Pablo dijo a Timoteo: ***“Persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido”*** (2 Timoteo 3:14). Luego recordó que desde la niñez conocía las Sagradas Escrituras, capaces de hacerlo sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Timoteo había recibido una inversión generacional.

Pablo menciona en otra parte la fe que habitó primero en su abuela Loida y en su madre Eunice. No conocemos todos los detalles de aquella formación doméstica, pero sabemos que, antes de convertirse en colaborador apostólico, alguien había sembrado verdad en su vida. Quizá Eunice nunca imaginó las cartas que un día Pablo escribiría a su hijo. Simplemente invirtió, le enseñó las Escrituras. Años después, aquella verdad formaba parte del fundamento de un hombre que tendría responsabilidad sobre iglesias.

Nunca sabemos completamente hasta dónde llegará una verdad correctamente sembrada. Por eso escribo. No

porque crea que mis libros contienen una comprensión perfecta ni porque imagine que cada interpretación permanecerá libre de la necesidad de revisión. Escribo porque considero que aquello que Dios nos permite comprender merece ser trabajado, ordenado y entregado.

Una palabra hablada puede alcanzar a quienes están presentes, pero una verdad escrita puede esperar el tiempo necesario para que sea entregada según la voluntad de Dios. Puede permanecer en silencio durante años hasta que alguien abra una página en el momento correcto. Puede viajar sin nosotros, entrar en lugares donde nunca estaremos y continuar hablando cuando nuestra voz ya no pueda hacerlo.

Para mí, escribir es una manera de invertir en la verdad. Naturalmente, los libros humanos pasan. Algunos son olvidados y otros contienen ideas que el tiempo demuestra equivocadas. Solamente la Palabra de Dios permanece para siempre. Bien lo dijo Isaías: ***“Secase la hierba, marchítase la flor; más la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” (Isaías 40:8).*** Allí está nuestra verdadera seguridad.

No invertimos en nuestras ideas como si fueran eternas. Invertimos nuestra vida procurando comprender, encarnar y comunicar aquello que procede de una Palabra eterna. Nosotros somos temporales, pero la verdad de Dios es eterna. Por eso vale la pena dedicar horas a estudiarla, permitir que confronte nuestras construcciones y transmitirla con fidelidad. Vale la pena soportar el costo de conservar una

convicción cuando aparece una oferta conveniente y también pagar el precio de reconocer un error cuando la misma verdad demuestra que debemos corregirnos.

**“Compra la verdad y no la vendas...”** Habrá muchas ofertas. Algunas llegarán en forma de aceptación, otras de oportunidades y algunas simplemente mediante el deseo de evitar conflictos. Quizá nadie nos pedirá explícitamente que neguemos aquello que creemos. Puede que solamente nos sugieran guardar silencio durante el tiempo suficiente para que la verdad deje de incomodar.

De todos modos, necesitaremos decidir, porque toda generación administra un depósito. Pablo dijo a Timoteo: **“Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Timoteo 1:14)**. La verdad no le pertenecía, pero había sido confiada a sus manos. Debía guardarla y, como ya vimos, entregarla a hombres fieles capaces de enseñar también a otros.

Recibir, guardar, vivir, transmitir. Así la verdad atraviesa generaciones. Un día nosotros ya no estaremos, pero las personas que formamos enfrentarán sus propias ofertas. Escucharán nuevas voces, vivirán dentro de contextos que no conocemos y deberán tomar decisiones que nosotros no podremos tomar por ellas. ¿Qué les habremos dejado?

Podemos entregarles propiedades, organizaciones y estructuras. Todas esas cosas pueden ser útiles y

administradas correctamente. Pero si no invertimos en la verdad, habremos entregado patrimonio sin fundamento. La herencia más peligrosa es aquella que coloca grandes recursos en manos de personas sin convicciones. Por eso deseo y aconsejo invertir en la verdad.

Quiero continuar aprendiendo mientras tenga capacidad para hacerlo, permitir que la Palabra examine mis pensamientos y conservar un corazón suficientemente humilde para ser corregido. Deseo enseñar aquello que he comprendido y dejar por escrito todo lo que pueda servir a quienes continúen después.

No sé cuánto permanecerá de nuestro trabajo. Tampoco necesito saberlo. La verdad no adquiere valor porque nuestro nombre quede relacionado con ella. Ya era verdad antes de que llegáramos, y seguirá siendo verdad cuando nos vayamos. Nosotros solamente tenemos el extraordinario privilegio de encontrarla, pagar el precio de permanecer en ella y entregarla a otros sin rebajar su valor para conseguir una venta más rápida.

Hay inversiones que dependen del comportamiento de los mercados, pero la verdad no. Los imperios cambian, las culturas modifican sus valores y las opiniones que hoy dominan pueden parecer absurdas para las generaciones futuras. Aquello que recibe aplausos durante una década puede ser despreciado en la siguiente, pero la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre.

# CONCLUSIÓN

“El balance de una vida”

***“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”.***

Salmo 90:12

En algún momento de nuestra vida comenzamos a comprender que el tiempo no avanza con la lentitud que imaginábamos cuando éramos jóvenes. Durante los primeros años parece existir una reserva inagotable de mañanas y vivimos suponiendo que siempre habrá otra oportunidad para comenzar, corregir, aprender o realizar aquello que hemos postergado.

Miramos hacia adelante y el futuro parece tan extenso que difícilmente sentimos la necesidad de administrarlo con urgencia. Sin embargo, los años pasan y un día descubrimos que podemos recordar décadas con la misma facilidad con la que antes recordábamos algunas semanas. Personas que formaban parte cotidiana de nuestra historia ya no están, etapas que parecían permanentes terminaron y muchas cosas que alguna vez consideramos fundamentales hoy apenas ocupan un pequeño lugar en nuestra memoria.

Entonces comenzamos a contar el tiempo de otra manera. Moisés pidió a Dios: ***“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”.***

No pidió simplemente conocer cuántos días viviría. Saber la fecha exacta de nuestra muerte no necesariamente nos convertiría en personas sabias. La sabiduría que Moisés deseaba estaba relacionada con aprender a interpretar correctamente el valor de una existencia limitada.

Contar los días es reconocer que poseen número, y aquello que tiene número también tiene límite. Esta verdad puede producir temor si nuestra esperanza termina en la muerte, pero para quienes hemos recibido vida en Cristo debería producir algo diferente. La conciencia de temporalidad no necesita encerrarnos en desesperación; puede despertarnos a la administración. Precisamente porque nuestros días terrenales son limitados, cada uno de ellos posee un valor que no deberíamos despreciar.

Tenemos una vida para invertir, no dos. Podemos cambiar de ciudad, comenzar nuevos proyectos, atravesar diferentes temporadas y recibir oportunidades que jamás imaginamos, pero todo ocurrirá dentro del mismo período de administración. Cada decisión utilizará una parte del capital temporal que recibimos y cada año invertido en determinada dirección será un año que no podremos colocar simultáneamente en otra.

Esto no significa que debamos vivir calculando obsesivamente cada minuto. Una vida gobernada por la ansiedad de aprovechar el tiempo puede terminar siendo tan esclavizante como una vida completamente desperdiciada. Dios también creó el descanso, la contemplación, la amistad

y esos momentos aparentemente improductivos que muchas veces terminan alimentando dimensiones profundas de nuestra existencia. Jesús podía detenerse en una casa, participar de una comida y caminar con Sus discípulos sin convertir cada segundo en una actividad religiosa visible.

Administrar la vida no significa transformarla en una agenda, significa reconocer a quién pertenece. Tal vez esta sea la pregunta que estuvo detrás de cada página de este libro. Antes de discutir dónde invertir tiempo, capacidades, recursos o influencia, necesitamos resolver quién posee el capital. Mientras consideremos nuestra vida como una propiedad absolutamente personal, cualquier entrega a Dios será interpretada como una pérdida que voluntariamente aceptamos. Diremos que le damos años, dinero o fuerzas y probablemente esperaremos que reconozca la magnitud de nuestro sacrificio.

Pero el evangelio comienza desde otra realidad. ***“Habéis sido comprados por precio” (1 Corintios 6:20)***. La cruz modificó la propiedad. No fuimos rescatados simplemente para recibir una versión mejorada de nuestra antigua existencia. Cristo invirtió Su vida en nosotros, murió y resucitó para introducirnos en Su vida, y Pablo pudo decir: ***“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20)***. Esta declaración no describe la desaparición de nuestra personalidad ni la pérdida de nuestra responsabilidad individual. Expresa una nueva fuente, una nueva pertenencia y un nuevo centro desde el cual interpretar todo aquello que somos.

La vida que administramos fue recibida, nuestro cuerpo fue recibido. Las capacidades que desarrollamos comenzaron en potenciales que no diseñamos. Nacimos dentro de un tiempo histórico que no elegimos, encontramos personas que afectaron profundamente nuestro recorrido y recibimos oportunidades que jamás hubiéramos podido producir exclusivamente mediante nuestra voluntad. Incluso nuestra capacidad para responder a Dios existe porque Su gracia nos alcanzó primero.

¿Qué tenemos que no hayamos recibido? Pablo formuló esta pregunta a los corintios y continúa siendo capaz de destruir silenciosamente buena parte de nuestro orgullo. Si recibimos, administramos. Y si administramos, algún día podremos mirar aquello que hicimos con lo recibido.

A lo largo de estas páginas hemos utilizado deliberadamente el lenguaje de las inversiones porque nuestra generación comprende perfectamente la preocupación por el futuro. Personas que jamás leerían un libro de economía saben que no todas las decisiones financieras producen el mismo resultado. Comprendemos el concepto de riesgo, hablamos de diversificación y sabemos que determinados activos pueden perder valor mientras otros se aprecian con el paso del tiempo.

Sin embargo, podemos demostrar una extraordinaria prudencia con el dinero y una sorprendente negligencia con la vida. Investigamos durante semanas antes de realizar una compra importante, pero entregamos años a relaciones,

proyectos y ambiciones que nunca examinamos seriamente. Comparamos precios para evitar pagar demasiado por un objeto y, al mismo tiempo, podemos pagar con décadas aquello que jamás debió costarnos tanto.

Hay cosas demasiado caras, no porque exijan dinero, sino porque consumen vida. Una ofensa puede costarnos veinte años si decidimos alimentarla. La necesidad de aprobación puede llevarnos a construir una existencia completa alrededor de expectativas ajenas. Una ambición equivocada puede utilizar nuestras mejores fuerzas y permitírnos descubrir, demasiado tarde, que alcanzamos exactamente aquello que deseábamos pero llegamos a un lugar donde nunca debimos estar.

También existen inversiones silenciosas cuyo verdadero valor solamente comprendemos con el tiempo. Una conversación con un hijo, años dedicados a formar una persona, una verdad estudiada hasta convertirse en convicción o una obediencia que parecía pequeña pueden comenzar a producir frutos mucho después de haber olvidado el momento exacto en que fueron sembradas.

Por eso necesitamos sabiduría. No simplemente entusiasmo, el entusiasmo puede hacernos invertir rápidamente, pero la sabiduría nos ayuda a reconocer valor. Jesús contó acerca de un hombre que encontró un tesoro escondido en un campo y, lleno de gozo, fue y vendió todo lo que tenía para comprar aquel campo. También habló de un mercader que buscaba buenas perlas y, al encontrar una perla

preciosa, vendió todo lo que poseía para adquirirla (**Mateo 13:44 al 46**).

Ambos realizaron movimientos financieros radicales. Vendieron todo. Sin embargo, Jesús no presenta sus decisiones como actos de fanatismo irresponsable. Aquellos hombres habían reconocido un valor superior. Desde la perspectiva de alguien que desconocía el tesoro, vender todas las posesiones podía parecer una locura. Pero quien había visto sabía, por eso la revelación modificó la inversión.

Quizá muchas de nuestras dificultades para entregar la vida a Dios no se resuelvan mediante mayores exhortaciones al sacrificio. Podemos escuchar cientos de mensajes acerca de consagración y continuar aferrados a aquello que poseemos si nunca vimos el tesoro. Cuando vemos, los valores cambian.

Pablo no consideró pérdida todas las cosas porque alguien lo obligara a despreciar su historia. Había encontrado “la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús” y la comparación modificó completamente su balance. Aquello que antes registraba como ganancia comenzó a aparecer en otra columna. No porque las cosas hubieran cambiado, Pablo cambió su evaluación.

Este libro no fue escrito para convencer a nadie de que la vida terrenal carece de valor. Precisamente porque la vida tiene un enorme valor debemos aprender a invertirla. Tampoco deseo producir una espiritualidad que desprecie el

trabajo, los proyectos, la familia o el disfrute legítimo de las cosas que Dios nos permite recibir. El Reino no necesita personas desconectadas de la realidad humana, incapaces de disfrutar una mesa, celebrar un logro o descansar después de una temporada intensa.

La eternidad no disminuye el valor de la vida presente, le entrega contexto. Cuando sabemos hacia dónde vamos, podemos interpretar mejor aquello que atravesamos. La muerte deja de ser simplemente una amenaza y comienza a funcionar también como un límite que otorga seriedad a nuestras decisiones. No tendremos eternamente esta edad, estas fuerzas ni estas oportunidades. Hay inversiones que solamente pueden realizarse durante determinadas temporadas.

Un padre no puede esperar que sus hijos tengan cincuenta años para comenzar a formar su infancia. Un matrimonio no puede postergar indefinidamente el cuidado de su relación suponiendo que algún día tendrá tiempo. Un ministro no debería esperar hasta perder completamente sus fuerzas para preguntarse quién continuará aquello que recibió.

Hay ventanas de inversión, y algunas se cierran. Esto no significa que Dios no pueda redimir años, restaurar procesos o producir fruto en etapas avanzadas de nuestra vida. Moisés comenzó una de las asignaciones más importantes de su historia a los ochenta años y Caleb todavía hablaba de conquistar montes a los ochenta y cinco. Mientras

existe vida, puede existir propósito. Pero la gracia que redime el tiempo no debería convertirse en una excusa para desperdiciarlo.

Hoy tenemos algo en nuestras manos. Quizá no sea lo que tuvimos hace veinte años. Tal vez nuestras fuerzas cambiaron, determinadas oportunidades terminaron y algunos errores produjeron consecuencias que debemos aceptar con humildad. No podemos regresar para modificar decisiones anteriores, pero podemos administrar el capital presente. Esta verdad me resulta profundamente esperanzadora.

Una persona puede leer estas páginas y descubrir que invirtió gran parte de su vida en cosas temporales. Quizá construyó exclusivamente para sí misma, persiguió reconocimiento o permitió que heridas antiguas determinaran décadas de decisiones. Sería sencillo mirar hacia atrás y quedar atrapado en un balance lleno de pérdidas. Pero mientras estamos en Cristo, la historia no necesita terminar en la culpa.

El arrepentimiento es una de las grandes expresiones de la gracia porque nos permite cambiar de dirección. No podemos recuperar ayer, pero podemos entregar hoy. El ladrón crucificado junto a Jesús no tuvo décadas para construir una trayectoria espiritual. No pudo desarrollar un ministerio, formar discípulos ni reparar todo el daño que probablemente había producido mediante sus decisiones. Le

quedaban horas. Pero en esas horas reconoció al Rey: ***“Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”*** (Lucas 23:42).

La respuesta de Jesucristo continúa revelando la escandalosa grandeza de la gracia: ***“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”*** (Lucas 23:43). No todos tenemos la misma cantidad de tiempo, pero todos podemos responder con el tiempo que tenemos.

Esta realidad debería librarnos tanto de la presunción como de la desesperación. No sabemos cuántos días quedan y, por eso, no deberíamos postergar indefinidamente aquello que Dios está hablando. Pero tampoco necesitamos considerar inútil nuestra vida porque recién ahora comprendemos determinadas verdades.

Comencemos con el capital presente. ¿Qué tenemos hoy? Quizá solo tengamos tiempo, tal vez posean determinada experiencias útiles. Puede que Dios haya colocado recursos económicos en sus manos o les haya concedido una capacidad particular para enseñar, administrar, servir, crear o acompañar personas. Quizá el mayor capital actual sea una historia de errores procesados que pueden evitar a otros atravesar los mismos caminos. No sé lo que pueda ser, pero no desprecien aquello que tienen, ni lo comparen con el capital de otros.

La parábola de los talentos debería haber destruido hace mucho tiempo nuestra obsesión con la comparación. El señor conocía perfectamente la capacidad de cada siervo y

entregó cinco talentos a uno, dos a otro y uno al tercero. La cantidad era diferente, la responsabilidad era personal.

El siervo que recibió dos, no necesitaba producir cinco para escuchar la aprobación de su señor. Debía administrar dos. Su fidelidad no sería evaluada mediante el capital ajeno. Cuánta vida desperdiciamos nosotros deseando inversiones que no nos corresponden. Miramos la influencia de otros, sus oportunidades o capacidades y comenzamos a imaginar qué haríamos si tuviéramos aquello que ellos poseen. Mientras tanto, nuestro propio talento permanece enterrado.

Tal vez no necesitamos más capital. Necesitamos invertir aquello que ya recibimos. Moisés preguntó qué ocurriría si el pueblo no le creía y Dios respondió con una pregunta aparentemente sencilla: “*¿Qué es eso que tienes en tu mano?*” (Éxodo 4:2). Una vara, nada impresionante, solo era el instrumento cotidiano de un pastor del desierto. Sin embargo, cuando aquello que Moisés tenía fue colocado bajo la instrucción de Dios, la misma vara apareció repetidamente relacionada con acontecimientos extraordinarios.

No era la vara, era la administración bajo el gobierno divino. Quizá hemos pasado demasiado tiempo pidiendo a Dios otras cosas mientras ignoramos aquello que ya colocó en nuestras manos. Esperamos una oportunidad más grande, una plataforma diferente o recursos superiores para comenzar a vivir con propósito. Pero las inversiones eternas muchas veces comienzan con preguntas sencillas. ¿A quién podemos formar? ¿Qué verdad debemos guardar y transmitir? ¿Dónde

está avanzando el Reino y cómo podemos participar? ¿Qué recurso permanece inmóvil en nuestras manos cuando podríamos estar produciendo fruto? ¿Qué actividad consume una parte enorme de nuestra vida y ofrece un retorno demasiado pequeño?

No necesitamos responder todas estas preguntas en un solo día. Algunas demandarán oración, consejo y tiempo. Pero sería peligroso terminar este libro, colocarlo en una biblioteca y continuar administrando exactamente de la misma manera sin permitir que ninguna pregunta nos acompañe. La verdad solamente admirada produce poco, necesita convertirse en decisión.

Santiago escribió: “*Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos*” (Santiago 1:22). El engaño consiste en creer que haber comprendido algo equivale a haberlo vivido. Podemos terminar este libro acerca de inversiones eternas y sentirnos profundamente inspirados, eso no significa que invertiremos mejor. La inspiración necesita atravesar nuestras decisiones.

Tal vez debamos revisar nuestra agenda. Quizá sea necesario comenzar una conversación que venimos postergando o tomar la decisión de formar intencionalmente a alguien. Puede que descubramos recursos que deberían comenzar a participar de una asignación del Reino o reconozcamos que hemos estado vendiendo demasiado barato una verdad que Dios nos permitió comprender.

Cada persona tendrá una respuesta diferente, porque cada uno administra una vida diferente, pero todos compartimos una certeza. El período de inversión terminará. Un día realizaremos nuestra última actividad, tendremos nuestra última conversación y tomaremos nuestra última decisión terrenal. Probablemente no sabremos que es la última. La mayoría de las personas no vive sus horas finales con un reloj visible anunciando cuánto falta, simplemente llegará el cierre.

Entonces dejaremos aquello que acumulamos. Otros ocuparán los espacios donde vivimos, utilizarán objetos que considerábamos nuestros y tomarán decisiones acerca de cosas que hoy protegemos cuidadosamente. Nuestros nombres permanecerán durante algún tiempo en la memoria de quienes nos amaron y, con el paso de las generaciones, incluso muchos de esos recuerdos comenzarán a desaparecer.

***“Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar” (1 Timoteo 6:7).*** Nada de las cosas temporales. Pero eso no significa que llegaremos sin historia, las obras serán probadas, las inversiones eternas permanecerán. Aquello que fue realizado en Cristo, conforme a Su propósito y mediante Su gracia, no desaparecerá simplemente porque nuestro cuerpo regrese al polvo. Existe un Reino que no puede ser conmovido y hemos recibido el privilegio de participar de sus intereses durante un breve período de administración terrenal. Entonces el balance será observado desde una perspectiva perfecta.

Quizá descubramos que algunas cosas por las que sufrimos tanto eran mucho más pequeñas de lo que imaginábamos y que ciertas obediencias aparentemente insignificantes poseían un peso eterno extraordinario. Tal vez comprendamos el alcance de palabras que habíamos olvidado y veamos frutos de semillas cuya cosecha nunca presenciarnos.

También puede que algunas inversiones no permanezcan. El fuego probará la obra. Por eso hoy todavía tenemos la oportunidad de revisar. No para vivir con miedo, sino para vivir con sabiduría. Moisés pidió aprender a contar los días. Pablo decidió olvidar lo que quedaba atrás y extenderse a lo que estaba delante. Jesús dijo que debía hacer las obras del Padre mientras era de día, porque la noche venía cuando nadie podía trabajar. Todos comprendieron el valor del período asignado, nosotros también deberíamos comprenderlo.

No sé cuántos días me quedan, ustedes tampoco saben cuántos días de vida les quedan. Pero hoy estamos aquí, todavía podemos amar, todavía podemos servir, todavía podemos aprender, corregir, entregar, formar y obedecer. Todavía existe capital en nuestras manos, y mientras exista, podemos invertir.

Tal vez la pregunta final de este libro no debería ser cuánto hemos acumulado ni cuántas cosas conseguimos realizar. Quizá debamos formular una pregunta mucho más sencilla y, al mismo tiempo, profundamente incómoda. ¿En

qué estamos convirtiendo nuestra vida? Porque eso es invertir. Tomar algo que poseemos hoy y colocarlo en un lugar esperando que mañana exista un resultado.

Cada día hacemos exactamente eso. Invertimos horas en algo, entregamos atención a alguien, utilizamos fuerzas para construir determinadas cosas, estamos convirtiendo nuestra vida en resultados. La única diferencia es que algunas personas lo hacen conscientemente y otras descubrirán demasiado tarde dónde colocaron su capital.

Yo no quiero llegar al final simplemente habiendo gastado la vida. Quiero invertirla, deseo que mis años, con todas sus limitaciones y errores, puedan participar de algo que continúe cuando yo ya no esté. Quiero colocar tiempo en personas, fuerzas en el Reino y pensamiento en verdades que merecen ser transmitidas. No porque imagine que puedo construir eternidad mediante mis obras, sino porque Cristo ya me introdujo en una vida eterna y me concedió el privilegio de administrar temporalmente aquello que recibí.

Un día cerraré los ojos, mi período de inversión habrá terminado. Entonces ya no necesitaré calcular, estaré delante de Aquel que conoce perfectamente cada movimiento, cada motivación y cada semilla. No espero presentarle una vida perfecta, pero espero presentarme confiando completamente en Su perfección y en Su gracia. Pero deseo profundamente que, cuando el fuego haya realizado su obra y todo aquello que solamente pertenecía al tiempo haya desaparecido, todavía quede algo.

Algo que permaneció, algo que Su gracia produjo, algo que tuvo valor para el Reino. Porque finalmente habremos comprendido que nunca se trató de vivir más años que otros, se trató de decidir dónde colocar los años que recibimos. La vida es limitada, pero la eternidad no. Por eso debemos invertir sabiamente.



# RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal \*\*www.osvaldorebolleda.com\*\*](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## **Doctor y maestro de la Palabra**

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

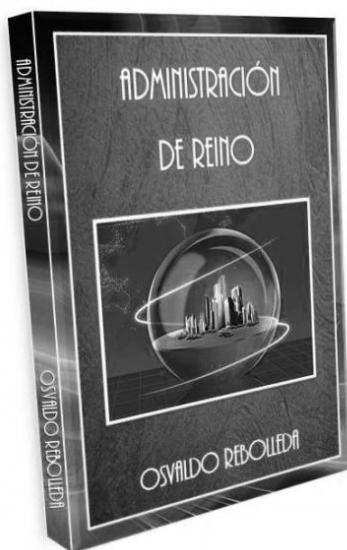
**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de**

**La Universidad teológica de Estados Unidos.**

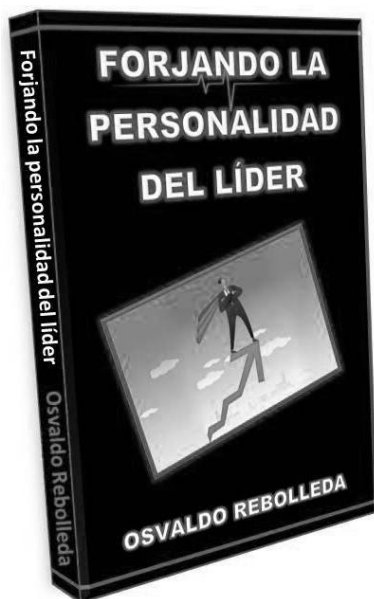
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

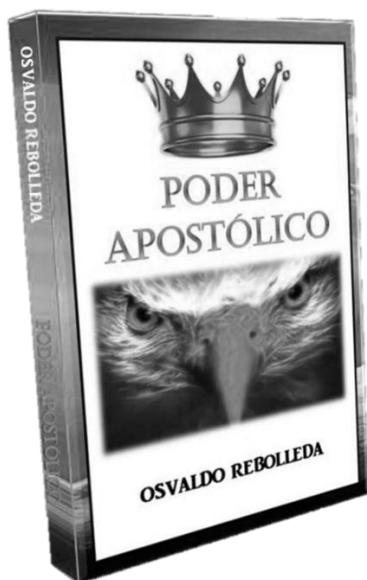
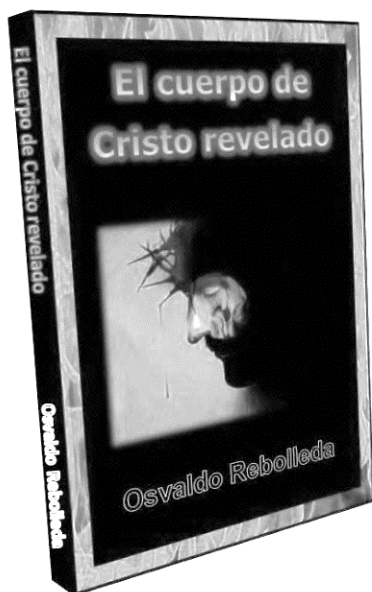
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

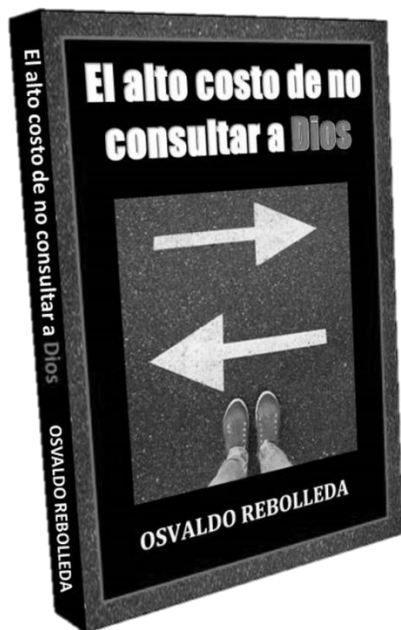


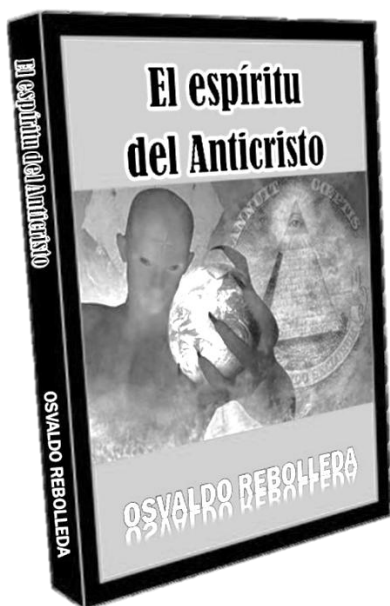
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



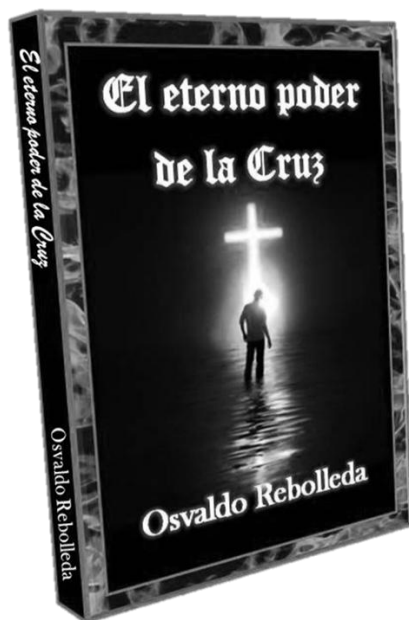
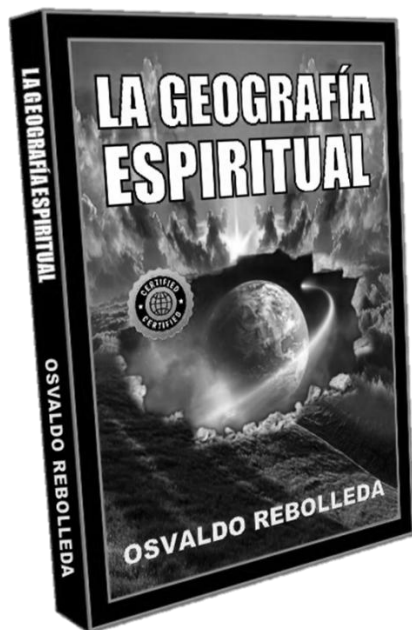


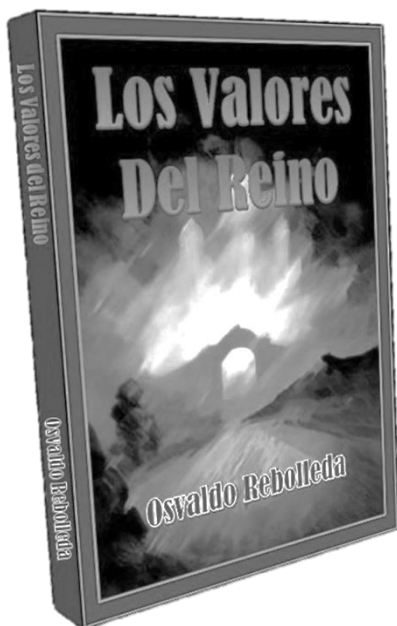
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

